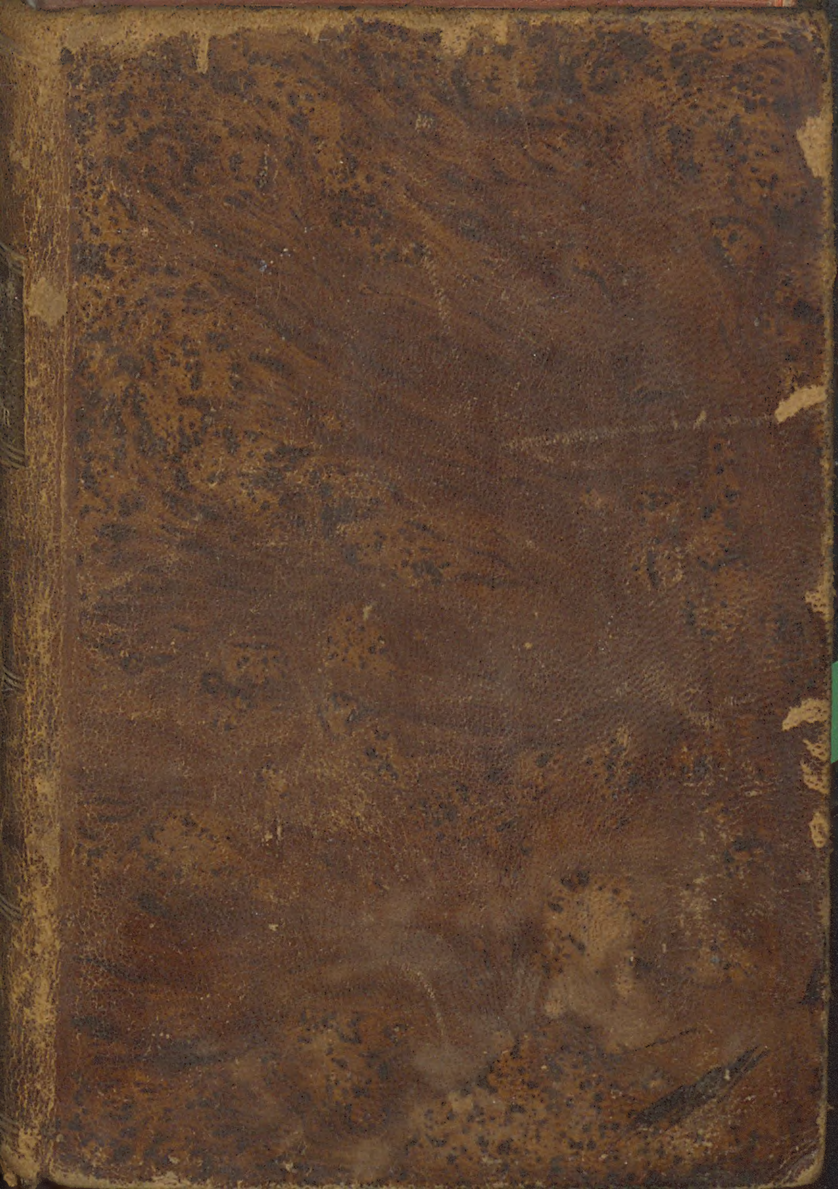
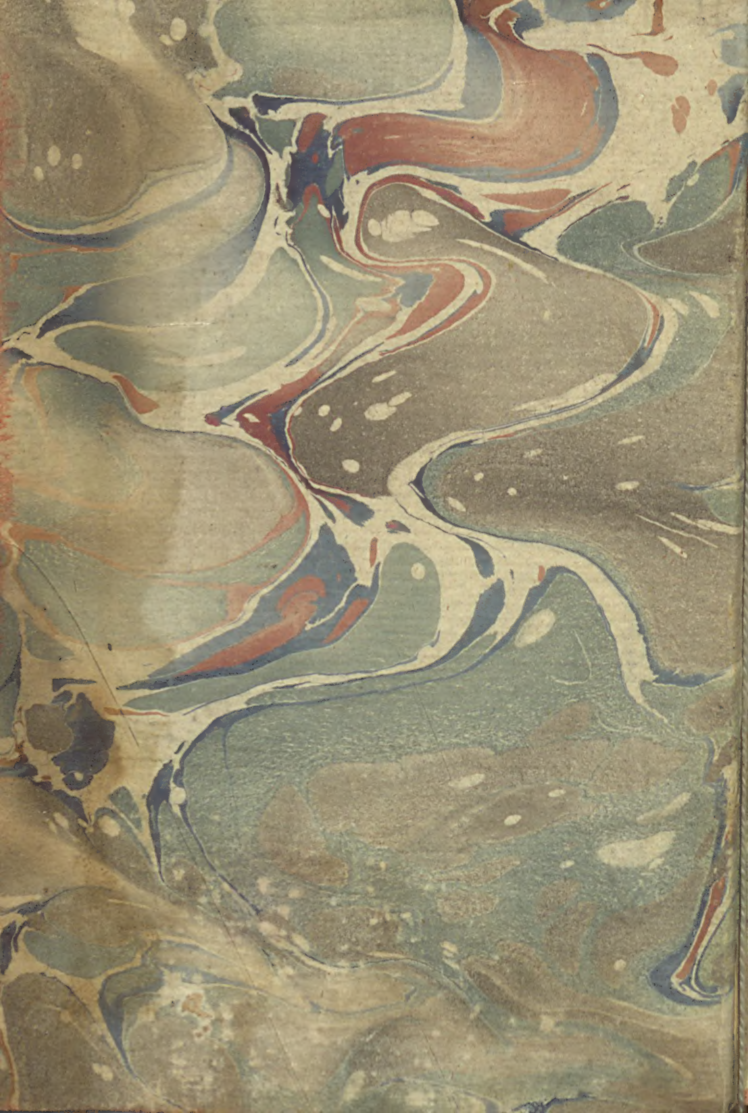
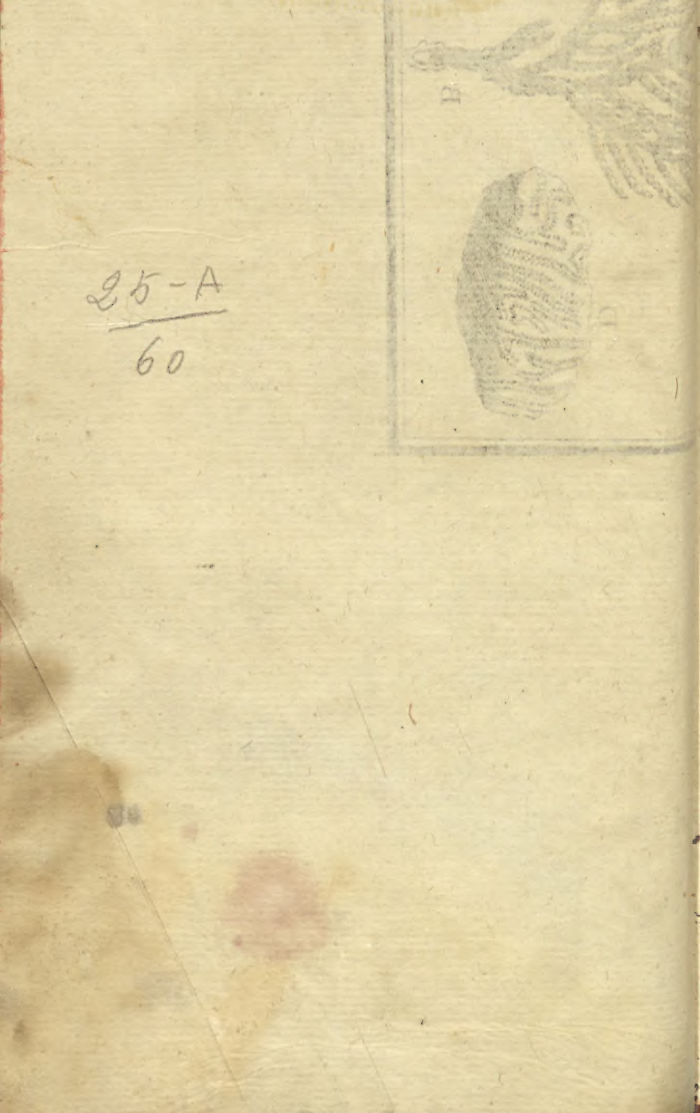








EL ESPÍRITU CONSOLADOR,

Ó REFLEXIONES

sobre algunas palabras del Espíritu Santo, muy propias para consolar las almas afligidas:

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR DON MANUEL VELA Y OLMO.

TERCERA EDICION.

PARTE PRIMERA,

que contiene las reflexiones para todos los dias del mes.

TOMO PRIMERO.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS, *plazuela del Angel.*

1820.

Se hallará en la librería de Brún, *frente á las gradas de San Felipe el Real.*

Ut possimus & ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur & ipsi à Deo. 2. Cor. 1. 4.

EL TRADUCTOR.

No hay ningun hombre en este mundo, sea de la clase ó condicion que quiera, que no tenga mucho que padecer y sufrir. El mismo Dios, que por su infinita misericordia no pierde jamas de vista los altos é incomprehensibles designios de santificacion que tiene sobre nosotros, lo ha dispuesto y ordenado así, para darnos aun en esto mismo una prueba eficaz de la ternura con que nos ama. Es verdad que el hombre, dominado de su amor propio, y poseido siempre de aquel

espíritu de sedicion que le es innato, como conseqüencia indispensable de la primera culpa, parece como que intenta levantarse muchas veces contra el mismo que le aflige, ó á lo ménos sufre con impaciencia aquellos trabajos que Dios le envia, quizá como el único y seguro medio de obrar su salvacion; pero á pesar de su resistencia llegará el dia en que se le descubra la economía de esta providencia admirable, y besará con amor y reconocimiento aquella misma mano que ahora le castiga. El camino del sufrimiento es el camino del Cielo, y para entrar en el Reyno de Dios es necesario haber pasado ántes por muchas tribulaciones, como decia el Apóstol.

Los Santos no de otro modo me-

recieron la corona y la recompensa que Dios les tenia prometida, y que nos ofrece tambien á nosotros, que correspondiendo á los designios de su infinita misericordia, y padeciendo con humildad y resignacion aquellas afliciones y trabajos que les envió miéntras vivieron en este mundo, haciendo siempre de su cuerpo, como exhortaba San Bernardo, una hostia y sacrificio agradable á Dios. María Santísima, no obstante su qualidad de Madre de Dios, la santidad de Dios, la santidad de su vida, y el gran cúmulo de gracias y privilegios de que fue dotada su alma, no fue exenta de padecer, y sufrió en este mundo las mayores penas y aflicciones; pero qué hay que admirarse de esto, quando sabe-

mos que el mismo Jesu-Christo, el mismo Hijo de Dios, justo, santo é impecable, de quien decia el mismo Dios que era su Hijo amado, que tenia en él todas sus delicias, ántes de entrar en el Reyno de su Padre dió su vida clavado en una cruz y en medio de los mas crueles tormentos? A vista de esto no parece vergonzoso el persuadir á un Christiano la necesidad de padecer? No hay que cansarse: el camino del Cielo es el de la tribulacion: la corona de la inmortalidad no está prometida sino á los que se unen con Jesu-Christo, á los que se crucifiquen y mueran con él.

Siendo pues indispensable al Christiano la necesidad de vivir rodeado de trabajos y miserias, qué otro par-

tido le resta que el de sufrir con paciencia y resignacion, sometiéndose con humildad á la conducta de un Padre lleno de ternura y compasion, que le castiga y le aflige únicamente por el amor excesivo que le tiene? Puede acaso un Padre amoroso y tierno levantar el azote contra un hijo querido sino á impulsos del amor? Si á pesar de nuestra rebeldía la voluntad de Dios ha de tener su efecto, y hemos de permanecer, mal que nos pese, en aquel estado de afliccion en que su infinita providencia nos ha colocado; por qué pues no haremos, en quanto esté de nuestra parte, este sacrificio voluntario, aliviando, mediante nuestra conformidad con Dios, el peso de las mismas cadenas que

nos aprisionan? Aquellas mismas penas á que el Señor nos sujeta en este mundo son las que mas nos convienen para nuestra santificacion; y sería ciertamente una pretension vana y temeraria de parte de los hombres, un atentado contra el ser supremo y altos designios de su infinita sabiduría el intentar privarle de la eleccion del sacrificio que le será mas agradable. Siempre ha sido Dios un Señor zeloso de sus atributos; y no consentirá jamas que las criaturas le defrauden, ni en la mas pequeña parte, los derechos de su soberanía.

Pero no, no se diga por esto que Dios es un Señor inexorable, que se complace con ver padecer á sus criaturas, y que se deleita en castigarlas. No por cierto: una tal conduc-

ta es privativa únicamente de los hijos de los hombres. Dios es un Padre lleno de misericordia y de bondad, que conoce nuestras necesidades, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene: lo que exige de nosotros es, que le pidamos; pero que sea con amor y confianza: que le miremos como el único recurso, capaz de dar alivio y consuelo á las penas que padecemos; pero que acompañe siempre á nuestra esperanza una voluntad pronta, humilde y síncera de sufrir con resignacion y paciencia en aquel estado en que nos ha puesto su infinita sabiduría, persuadiéndonos eficazmente de que aquello es lo que mas conviene á nuestra santificacion, y lo mas conforme á su voluntad soberana.

Este es el objeto que se propuso el Autor de la Obra que damos al público. Conociendo bien que el hombre miéntras vive en este mundo miserable no se vé jamas libre de una infinidad de penas y trabajos, que le rodean siempre en qualquiera situacion en que se halle: viendo con dolor y sentimiento que muchos infelices, iludidos por los atractivos de este mundo engañoso, solo consiguen hacer sus penas mas amargas y aumentar el peso de sus fatigas en donde creen encontrar el alivio de sus males: y sabiendo, como verdad infalible verificada en sí propio, que solo Dios es el verdadero consuelo y nuestro único recurso, dispuso sus reflexiones con ánimo de inspirar á los Christianos estas seludables máxi-

mas, excitándoles á la resignacion en-medio de sus penas, y manifestándoles la necesidad de pedir y clamar á Dios como á la fuente de todas las gracias. El autor así en esta primera parte de sus reflexiones distributivas para todos los dias del mes, como en la segunda, en la qual trata de los sentimientos afectuosos de una alma con su Dios, llenó sin duda el objeto que se propuso. En una y otra parte se dexa conocer aquella uncion divina, que derramándose dulcemente sobre el corazon le cautiva y penetra de aquellos mismos afectos que se le pretenden inspirar. Hemos procurado en quanto ha estado de nuestra parte el guardar en la traduccion aquella misma viveza y expresion que encierra el original;

pero no es fácil haberlo conseguido, así como no lo es el presentar con igual eficacia y energía los afectos que nacen de otro corazon.

EL ESPIRITU CONSOLADOR,

Ó REFLEXIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS DEL ESPÍRITU SANTO, MUY PROPIAS PARA CONSOLAR LAS ALMAS AFLIGIDAS.

DIA PRIMERO.

Venite ad me omnes, qui laboratis, & onerati estis, & ego recifiam vos. Matth. 11.

Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos. Isai. 66.

O vosotros los que trabajais, y os sentis cargados con el peso de vuestras miserias! venid á mí, que yo os aliviaré.

Así como una madre tierna acaricia á sus hijos, así yo os consolaré.

Este mundo es como un grande y dilatado calvario, en el que cada uno lleva su cruz. No solamente el

pobre cubierto de llagas es el que puede exclamar y decir con Job, que la vida le sirve de carga: *Tædet animam meam vitæ meæ* (*Job.* 10.), sino que los grandes de la tierra, los Monarcas, y aun el mismo Salomon usó del mismo lenguage: *Tæduit me vitæ meæ* (*Eccles.* 2.). Las lágrimas anunciaron mi entrada en este mundo, las he derramado casi sin cesar en todo el curso de mis penosos años, las derramo bien amargas en este estado á que Dios por su infinita bondad me ha reducido, y estoi cierto de que seguiré lo mismo hasta exhalar el último aliento de mi vida. Pues en medio de esta necesidad de padecer y sufrir, indispensable á todos los hombres, en dónde hallaré yo consuelo?

¿Le encontraré acaso en mis amigos? Ah! cierto es que no: porque desde que he comenzado á ser infeliz, han juzgado tener un justo derecho para desconocerme y despreciarme. Mi adversidad los aparta de mí; y cuando me han abandonado no

me han dejado otra cosa que el pesar de haberlos yo tenido por fieles: amaban sin duda mas mi prosperidad que á mí mismo; y por otra parte, qué conversaciones me tienen de ordinario aquellos que en mi triste situacion me vienen á visitar? Unos discursos vagos que dexan á mi corazon todo el peso de la angustia que padece: discursos que no sirven sino de renovar las llagas que ellos mismos al parecer quisieran curar: discursos, que léjos de moderar mi dolor, despiertan muchas veces, á pesar de mí mismo, el furor y la cólera contra aquellos que le han causado; y discursos finalmente tales, como los que Job escuchaba de la boca de sus amigos. Por esto él concluia de todo lo que le decian, que le hablaban mucho, pero que no le daban consuelo, que no eran sino consoladores molestos y pesados: *Verbosi amici consolatores onerosi* (*Job.* 16, 21, 2.).

La razon á lo menos no me servirá de algun socorro? Ay de mí!

que siento igualmente que Job, que nada podré hallar dentro de mi mismo que me alivie y me consuele: *Ecce non est auxilium mihi in me* (*Job.* 6.). En los males de la vida, especialmente si son vivos y penetrantes, apénas la razon puede hacer otra cosa que irritarlos mas por medio de la reflexion; y yo conozco que en efecto cuanto mas pienso en mi afliccion, mas tengo que padecer y sufrir. De todos los infelices aquel lo es mas á la verdad, que comprehende en toda su extension, y mejor que los otros, la desgracia que padece. Es cierto que la razon me dice, que las cosas de este mundo están sujetas á mil vicisitudes y mudanzas, que por lo mismo no debe entristecerme tanto su pérdida; pero con esta reflexion no consigo estimar ménos, ni dexo de sentir lo que he perdido. Tambien me dice la razon, que el que es verdaderamente sábio no necesita de otro que de sí mismo, aun en medio

de sus mas desgraciados sucesos; pero esta bella máxima no quita á mi alma sus sentimientos.

En fin, buscaré algun alivio á mis males en los placeres y diversiones del mundo? De ninguna manera, porque siguen contínuamente remordimientos, que aumentan mas y mas el peso de la afliccion y del dolor: por otra parte, la diversion se pasa, y la afliccion, como embargada por algunos instantes, vuelve inmediatamente con toda su amargura. Es de tal suerte la que yo padezco, que las diversiones mas agradables no serán capaces de darme el menor consuelo, y aquellas que diviertan mas á los otros, me servirán de una nueva pena por la violencia de mis suspiros. Apénas se habrá concluido la diversion, cuando mi dolor no deseará otra cosa que entregarse á la soledad, y desquitarse allí de la opresion en que habrá estado por espacio de algunas horas.

Dios es el que únicamente puede servirme de algun consuelo en medio de mis tribulaciones, y por lo mismo me convida repetidas veces en sus libros santos á que recurra á él con confianza; él mismo es el que me dice: Venid á mí todos los que os hallais fatigados con el peso de vuestros trabajos: venid á mí, contadme vuestras penas, y yo las aliviaré: me portaré con vosotros como una madre tierna y cariñosa, que ve llorar á un hijo querido entre sus brazos. Este mismo Señor se ha hecho llamar el Dios de la paz, el Dios de todo consuelo (*Philip.* 4. 2. *Cor.* 1.); porque en efecto solamente en él podrá encontrar una alma afligida la verdadera paz y el verdadero consuelo. El Profeta David decia y confesaba con reconocimiento (*Psalm.* 93.), que Dios le habia proporcionado los socorros convenientes en medio de sus mayores trabajos, y que siempre habia dado algun consuelo á su dolor. Ay de mí! Los Santos se manifestaban tan alegres, y sentian

tanto consuelo en sus tribulaciones, que ellos mismos no han podido ménos de declararlo, cuando alguna vez en sus escritos nos han hecho la espantosa relacion de sus sufrimientos; pero vos erais, ó Dios mio! el que viendo que ellos no buscaban para remedio de sus males consuelos humanos y terrenos, derramabais sobre sus trabajos aquella uncion divina, que los hacia infinitamente preciosos.

Dignaos, Señor, de derramarla sobre los mios: no quiero ni busco otro consolador que á vos mismo; y aunque es verdad que sufro y padezco mucho, es en vuestra presencia, y á vuestros pies. No rehuso, Padre mio, la cruz que me habeis cargado: únicamente os pido por vuestro amor el que me concedais la gracia de llevarla con alegría. Iluminad mi entendimiento, para que yo conozca todo el precio del favor que me dispensais en mi afliccion: llenad mi corazon de aquella uncion divina, que hace

gustar en medio de los mas vivos dolores unas dulzuras, que no puede dar el mundo, ni ha conocido jamás; que hace hallar la calma por medio de la tempestad, y que hace coger, para servirme de la expresion de san Agustin, entre las mismas espinas aquellas rosas inmortales con que vos quereis coronarme.

DIA DOS.

Communicantes Christi passionibus, gaudete. 1. Petr. 4.
Christo passo in carne, & vos eadem cogitatione armamini. Ibid.

Alegraos y regocijaos cuando seais participantes de los sufrimientos de Jesu-Christo.
Alentaos y fortaleceos con el pensamiento de que el mismo Señor ha padecido en su propia carne.

Qué bondad la de mi Dios, hacerme participante de los sufrimientos

del Salvador! El se conduce conmigo, como lo ha hecho con su propio Hijo. Toda su vida, como dice Tomas de Kempis, no fué sino una cruz y un continuado martirio: *Tota vita crux fuit, & martirium* (*Lib.* 2. *cap.* 12.). La escritura me le representa, miéntras estuvo en este mundo, siempre lleno de oprobios, y tratado como un vil gusano de la tierra (*Thren.* 3.) Cuando pienso, que la vida del mismo Hijo de Dios fué una vida toda de lágrimas, penas y dolores, podría yo desear pasar la mia en medio de la paz y las delicias? Seré yo acaso infeliz, teniendo una suerte semejante á la suya? No debe el discípulo ser sobre su maestro, ni el esclavo sobre su señor (*Matth.* 10.). El camino es penoso y dificil, es verdad; pero cuando pienso que el mismo Jesus le ha andado primero, y no se ha separado de él jamás, encuentro en esta consideracion una gran dulzura en mis trabajos.

El mismo Señor dice, que no re-

cibe en el número de sus discípulos sino á aquellos que están resueltos á llevar su cruz en pos de él, y á llevarla constantemente (*Luc.* 14.). El mundo habla á sus discípulos de placeres, honores y riquezas; pero el Hijo de Dios, cuya doctrina es opuesta directamente á la del mundo, no me habla sino de humillaciones, abnegacion y crucifixion. Los Santos juzgaban de la extension de su dicha por el peso de su cruz. Dos de los Discípulos de Jesu-Christo le suplicaron, que les concediese la gracia de estar sentados á su lado cuando fuese á su Reyno; pero el Señor les respondió, que ántes era necesario beber del cáliz que él mismo debia beber, y que para tener parte en su Reyno era necesario participar ántes de sus ignominias. La condicion es necesaria, pero tambien es justa, porque ninguno hasta ahora ha sido coronado, sin que primero haya combatido, y las primeras plazas del Reyno de los Cielos están re-

servadas para aquellos que se hayan señalado mas en el combate, haciéndose mas semejantes á su Maestro.

Nosotros somos en calidad de Christianos los hijos del calvario, como dice San Agustin: *Filii calvariæ*; es decir, que un Dios cubierto de llagas, derramando su preciosísima sangre, y espirando sobre una cruz, nos ha regenerado en cierto modo sobre el calvario, y dado una nueva vida: no es en este lugar en donde se gustan los placeres y satisfacciones terrenas, ni debemos considerar en él otra cosa que los sentimientos y deseos de nuestro Redentor, que solo tuvieron por objeto el menosprecio, el oprobio, el sufrimiento y la cruz. Debemos los Christianos, segun San Pablo (*Rom* 6.), ser ingertos sobre la semejanza de la muerte de Jesu-Christo, si queremos serlo algun dia sobre el modelo de su Resurreccion.

Por qué pues, ó alma mia, te entregas á la turbacion y á la tristeza?

Ah! bendice y alaba al Señor, miéntras dura la noche de la tribulacion, así como lo executabas durante el dia de la prosperidad. El te presenta la candela de la fe, para que te conduzcas en medio de las tinieblas que te cercan y rodean; y léjos de abandonarte á la tristeza y al dolor, no debes sino darle gracias, y adorar los designios de su infinita misericordia sobre tí. Cuando pasaba mi vida en la tranquilidad y el reposo, ciertamente que yo no era christiano sino en el nombre, porque ninguna cosa es mas opuesta á una vida christiana, que el vivir entre prosperidades y delicias: el camino de la cruz es el camino de la salvacion, y yo no dirigia mis pasos por él; pero, ó Salvador mio! infinitas gracias os doy porque al presente puedo decir con uno de vuestros Santos en ocasion en que se hallaba lleno de oprobios, que comienzo á ser vuestro discípulo, porque comienzo á tener parte en vuestras tribulaciones: *Nunc incipio Chris-*

ti esse discipulus (*S. Ign. Mart. in epistola ad Rom.*).

Mis parientes y mis amigos, como miraban con satisfaccion é interes elevarse mi fortuna, extenderse mi reputacion, y que se conservaba mi salud, me tienen ahora lástima, y se compadecen de la situacion en que me veo; pero, ó Señor! mas bien deberian darme el parabien y felicitarme, porque despues de haberme vos concedido por vuestra bondad la gracia de la fe, me dispensais aun la gracia de la adversidad (*Philip.* 1.). Los mismos Angeles, si fuesen capaces de sentimiento, me tendrían envidia, al ver que haciéndome participante de vuestra cruz, me dais la mas grande señal de distincion que vos mismo buscasteis en esta vida, y que habeis concedido á vuestros siervos.

O Verbo de Dios! que sois en los resplandores de la eternidad la imágen de vuestro Padre, y que os dignasteis haceros Hombre por nuestro amor, yo

convido á los Angeles y á los Santos á que os den gracias por mí del particular favor que me dispensais, haciéndome por mis sufrimientos vuestra imágen y semejanza en la tierra.

DIA TRES.

Gloriamur in tribulationibus. Rom. 5.
Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi. Galatas 6.

Os alabamos y glorificamos en medio de nuestras tribulaciones.
No permitais Señor, que yo me glorie de otra cosa que de la cruz de nuestro Señor Jesu-Christo.

La cruz que Dios me ha enviado es un don precioso de su mano, y el único que me da motivo de gloriarme. Qué gloria en efecto! En el instante en que el Padre celestial me hace entrar en participacion de la cruz de su Hijo, si acierto á llevar-

la con resignacion y humildad, me encuentro hecho á sus ojos un objeto de ternura y complacencia. Este divino Hijo fué su Hijo amado: *Filius dilectus*, porque se sujetó á nacer en la pobreza, á vivir en la ignominia, y á morir con aquel género de muerte que fuere mas del agrado de su Eterno Padre. Si participo de sus sufrimientos, me hago del número de aquellos bienaventurados de que habla San Pablo (*Rom.* 8.), que ha predestinado el Eterno Padre, para que sean conformes con la imágen de su Hijo; y entónces soy tambien del número de aquellos que deben regocijarse, como dice San Pedro (1. *Petr.* 4.), porque teniendo parte en los tormentos de Jesu-Christo, reposa en ellos todo lo que hay de honor, de gloria, de virtud divina, y aun el mismo espíritu de Dios.

Se tiene por un grande honor el poseer alguna parte de las reliquias de los Santos; pero la cruz que yo

llevo, cuando me han robado mis bienes, ó herido mi reputacion, cuando sufro y padezco los males del cuerpo ó las penas del espíritu, qué otra cosa es, sino una parte de la cruz del Hijo de Dios, que el mismo Dios se ha dignado enviarme, como un testimonio de su amor, y una señal de prediléccion?

Esta es la razon por qué San Pablo parece que no se gloría en sus escritos sino de la cruz del Señor, que tuvo la dicha de llevar: apénas se atreve á hablar de las maravillas que Dios ha obrado en su favor, ó por ministerio suyo; y si alguna vez habla del asunto, no es si no para humillarse y confundirse: pero qué extremos de alegría no manifiesta, cuando trata de sus sufrimientos, y de los trabajos que padeció por Jesu-Christo? Jamás conquistador alguno se ha gloriado tanto de las palmas que ha merecido por sus victorias, como San Pablo de las cadenas que habia sido cargado. Es verdad

que Pablo es el Apóstol de las Gentes, el vaso de la eleccion, y una de las fuertes columnas de la Iglesia; pero nada encuentra en esto que le dé motivo de elogiarse, ántes bien se admira de que Dios se haya servido de un instrumento tan flaco para repartir por el universo los tesoros de su gracia; pero Pablo es hecho prisionero por el Señor, prisionero por Jesus: *Vinctus in Domino* (*Philem.* 1.), *vinctus Christi Jesu* (*Ephes.* 3.). Y qué objetos tan viles son á sus ojos todas las riquezas y todos los honores de la tierra! Bajo el peso de las cadenas que le agovian San Pablo es rico, es Rey, y es todo lo que quiere ser: mira el estado en que se halla, como mas dichoso y digno de preferencia que la posesion de todos los Imperios.

Yo veo que todos los Santos han puesto su felicidad y su gloria en llevar la cruz de Jesu-Cristo, y que á imitacion de su Maestro hubieran preferido una corona de es-

pinas á todas las coronas de este mundo. San Paulino no hubiera trocado el estado de esclavitud, á que se habia reducido voluntariamente, por el del Señor á quien servia, y Santa Rosa de Lima no hubiera dado por una diadema la corona punteada que llevaba debaxo de su velo. Ha sido tan grande y excesivo en algunos Santos el amor de padecer y sufrir por Jesu-Cristo, que llegó hasta desear que se les dilatase la dicha de ir al Cielo, solo por gozar mas largo tiempo en esta vida de la gloria de un christiano, que participa de la cruz del Señor. Si alguno, decia San Juan Chrisóstomo, si alguno me diere á escoger entre todo el Cielo y la cadena con que fue ligado San Pablo, juzgaria la cadena digna de preferencia: *Si quis mihi daret totum Cœlum, aut Pauli catenam, ego illam præferrem* (*Homil. 8. in epist. ad Ephes.*).

Por lo que á mí toca, Señor, bien conozco que hasta aquí he sido

semejante á Simon Cirineo, á quien los Judios obligáron por fuerza á llevar vuestra cruz. Ah! si él hubiera conocido su dicha, hubiera sido necesario violentarle? Y si yo conociese la mia, encontraria alguna cosa en este mundo mas digna que ella? Por vuestra gracia, Señor, sostened mi debilidad y mi flaqueza: es verdad que no he tenido valor para ofrecerme voluntariamente á llevar vuestra cruz; pero puesto que quereis que yo la lleve, estoy conforme, y me someto humildemente á vuestra santa voluntad, y como me exhorta el Apóstol San Pedro, me doy el parabien, porque tengo parte en vuestro sufrimiento (1. *Petr.* 4). Quando mas gozo tenga en esta vida en llevar vuestra cruz, tanto mas participaré, como dice vuestro Apóstol, de aquel cúmulo de alegría que experimentarán vuestros siervos, quando se les manifieste vuestra gloria. No quiero ni deseo otra ambicion que la de llegar

quanto ántes á aquel glorioso cam-
po, en el que vuestros combates,
vuestras victorias, y vuestros infini-
tos méritos os eleváron en la eterni-
dad. O exemplar adorable! Sostenido
con vuestro socorro yo tambien
quiero combatir, vencer; subir al
calvario, y ser crucificado como
vos. La naturaleza, es verdad, tie-
ne horror al sufrimiento, y esta re-
solucion que yo abrazo me hace na-
turalmente estremecer; pero yo es-
pero que vuestra cruz renovará en
mí el prodigio que se obró por la
virtud milagrosa de aquel madero
que arrojó Moysés en las aguas del
Mará (1), haciéndolas en un ins-
tante por este medio dulces y agra-
dables.

(1) Las aguas que Moysés volvió dul-
ces echando en ellas de cierta madera que
Dios le manifestó, eran las de una fuente
que era amarga, y que Moysés llamó agu-
as del Mará, á causa de su amargura.

DIA QUARTO.

Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, & consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta. Hebr. 12.

Recogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini animis vestris deficientes. Ibid.

Corramos á toda priesa por la paciencia al combate que se nos ha propuesto: pongamos los ojos en Jesus, autor y consumador de nuestar fe, quien mirando únicamente al estado de gozo y alegría que se le habia ofrecido, padeció el cruel tormento de la cruz, despreciando la confusion, afrenta é ignominia.

Traed contínuamente á la memoria el duro y sangriento ataque que

sufrió el mismo Jesu-Cristo de los pecadores, para que de este modo no os desalanteis en el camino de la cruz.

La cruz, dice San Agustin, es la cátedra en donde nos enseña el Hijo de Dios la práctica de todas las virtudes: *Cathedra Magistri docentis*. En efecto, quando le veo morir sobre esta cruz por obedecer las ordenes de su Eterno Padre, en una desnudez absoluta, lleno de los mas generosos sentimientos en favor de los mismos verdugos que le arrancan la vida, pronto á padecer por la salud de los hombres, si así lo ordenase su Padre, una muerte aun mas dolorosa é ignominiosa, qué sentimientos nacen dentro de mi alma? A la verdad que si es dócil á las voces de la gracia, que la habla é instruye en este horroroso espectáculo, no podrá ménos de concebir unos sentimientos de la mas pronta obediencia á la voluntad de Dios, de

una profunda humildad, de una total abnegacion de sí misma, de una ardiente caridad por el próximo, y aun por aquellos que son mas indignos de mi amistad, y sobre todo, unos sentimientos del amor mas tierno por un Dios que me ama hasta morir por mí. Las llagas de que está cubierto el Hijo de Dios sobre la cruz, dice San Lorenzo Justiniano, los clavos que le fixan, y la lanza que traspasa su corazon, son otras tantas voces poderosas y penetrantes, que manifiestan el exceso con que debo amarle: *Clamant verbera clavi, lancea, ut toto corde diligatur.*

Pero aunque es verdad que debemos hacer todos los dias, como el Apóstol, un estudio sério de Jesus crucificado, para aprender la práctica de las virtudes (1. *Cor.* 2.); sin embargo nunca me es mas necesario este estudio, que quando me siento cargado con el peso de la cruz por medio de la tribulacion; entónces es quando la gracia me convida parti-

cularmente á que abra este gran libro, que fué abierto, hace mas de diez y siete siglos, á todos los hombres sobre el calvario, para que aprendiesen en él á no desfallecer en sus trabajos y aflicciones, y á que sufran, en quanto sea posible, con los mismos sentimientos con que padece todo un Hombre Dios, pendiente de aquel sagrado leño. Este es el libro en donde todos los Santos, baxo el peso de la cruz con que Dios les habia favorecido, leían y meditaban sin cesar con la mayor atencion. Santa Teresa dice (*In vita sua*, *cap.* 7.), que de allí sacaba toda su fortaleza en los terribles combates que Dios la enviaba, y el mayor elogio que hace la Iglesia de San Felipe, del Orden de los Servitas, es que miraba la cruz del Salvador como su libro por excelencia: *Suum appellabat librum* (*In legend. ejusd. Offic.*).

¡Oh, y qué feliz seria yo si la vista de Jesus en la cruz obrase en

mí aquella mudanza admirable; que se obró sobre el calvario en el alma de aquel criminal penitente, que padecia al mismo tiempo que él! Las perversas inclinaciones de este pecador se cambian de repente en sublimes deseos: se reconoce culpable, y sus lágrimas, mezcladas con la sangre de Jesus, le sirven de remedio soberano á las enfermedades de su alma: reconoce en el inocente que padece á su lado con tanta paciencia y constancia el modelo que debe seguir, y se conforma con él: se propone tener parte en el tormento que Jesus padece, y concibe una esperanza firme de tenerla tambien algun dia en sus triunfos. Poco pues me importa, que los hombres, los demonios, y todas las adversidades de la vida me crucifiquen, como yo no pierda un punto de vista á mi Salvador crucificado. Ah! haga el Señor resaltar desde su cruz alguna gota de su preciosa sangre, y yo sufriré con mucho gusto, y como su-

frian los Santos! Sea animado en mis tribulaciones con su exemplo, y desprendido de todas las cosas terrenas, y no suspiraré en adelante sino por los bienes infinitos del Cielo, cuya esperanza trae su origen de sus sacratísimas llagas.

No, Dios mio, no mas murmuraciones ni mas quejas en mis males, por grandes que sean: vos habeis sido mi guia en el camino de la salud, haciéndoos mi Salvador; y entiendo que yo no podré conseguirla, sino siguiéndoos en el camino de la cruz, llevándola con vos, y muriendo con vos cruficado. Estoy crucificado con Jesus, diré yo en adelante con San Pablo: *Christo confixus sum cruci* (*Galat.* 2.). He aquí todo mi consuelo y toda mi fortaleza; pero dignaos, Señor, añadir á la gracia que me haceis de ser crucificado con vos, la de que yo imite vuestra dulzura, vuestra paciencia, vuestra sumision, y vuestra constancia sobre la cruz. No quiero correspon-

der á los ultrages que me hagan, sino con beneficios. Os glorificaré por mi silencio, así como vos glorificasteis á vuesto Padre por el vuestro; y si es necesario alguna vez que yo hable, que no sean, Señor, sino palabras de paz, de caridad y de sumision. Pues que quereis que viva y muera pendiente de vuestra cruz; sea así, Dios mio: seré constante en permanecer en ella, á pesar de las repetidas instancias que me hagan los pecadores para que baxe. Vos no la desamparásteis sino despues de la muerte, y fué para cedérmela á mí. O Salvador mio! yo la acepto y la abrazo de todo mi corazon.

DIA CINCO.

Videte si est dolor, sicut dolor meus. Thren. 1.

Consilium malignatium obsedit me, foderunt manus meas & pedes meos... ipsi verò consideraverunt me, & inspexerunt me. Psalm. 21.

Reparad, y ved si hay algun dolor semejante al dolor que yo padezco. Me vi acometido de una tropa de malvados y furiosos, que horadaron mis pies y manos, y en este estado fui para ellos un espectáculo agradable.

Con razon se me ha dicho muchas veces, que en vano buscaba algun alivio á mis trabajos en las compañías del mundo, ó en la de mis amigos: ahora veo por mi propia experiencia, que el mundo, ocu-

pado todo de sí mismo y de sus placeres, se embaraza muy poco con los que viven en la afliccion, y que los amigos no toman toda la parte que se cree en las adversidades de sus amigos. Pues qué partido tomaré para encontrar algun consuelo enmedio de esta tribulacion que estoy sufriendo? El mejor sin duda será el retirarme de quando en quando, miéntras duráren estos dias de tristeza, al mas oculto retrete de mi casa; no para imitar á aquellas personas melancólicas y sombrías, que en qualquiera angustia que padecen buscan únicamente el retiro y la soledad; para entregarse allí á tristes y vanas reflexiones, de donde se sale con un espíritu turbulento, y el corazon mas llagado; sino para procurar alguna fuerza y consuelo á mis males de un objeto que verdaderamente puede dársele. Allí será en donde tomaré en mis manos un crucifixo, y en donde solo con mi Dios representado sobre su cruz re-

flexionaré, me instruiré, y aprenderé á sufrir con la paciencia, resignacion y constancia de una alma verdaderamente cristiana. Entónces hablaré, y me diré á mí mismo, ahora bien, ya estoy en la soledad; todo está en silencio al rededor de mí: mi puerta se ha cerrado por un poco de tiempo á todo amigo y á toda visita: nada puede distraerme; pues escuchemos en paz lo que me dice este Señor crucificado que tengo en mis manos, y la voz de la gracia que habla en él. Quién es este que ves tendido y clavado sobre esta cruz? Ay de mí! Quién ha de ser, sino el mas despreciado de todos los señores, el mas desconocido de todos los padres, el amigo mas abandonado, el esposo mas sin honra, y el mas perseguido de todos los justos? Quién ha de ser, sino todo un Dios hecho Hombre, entregado á toda la malignidad de los hombres, á todos los excesos del zelo y de la perfidia, á toda la violencia de la barbarie, á

todo el furor de los infiernos, y á toda la justicia del Cielo. Contempla esta sagrada cabeza coronada de espinas, este rostro cárdeno y magullado á fuerza de violentos golpes, esta boca empapada de hiel, estos pies y manos horadadas con clavos, este cuerpo todo cubierto de llagas, y este costado abierto con una lanza.

A vista de este sangriento espectáculo, tendrás valor en adelante para quejarte de tus males? Hay acaso alguna cosa en tus dolores, que pueda compararse con los que este Señor padece? Si las penas que ves padecer á tu Dios no disminuyen mucha parte de las tuyas, á lo ménos deben hacerlas mas suaves y llevaderas. Sufre, ó alma mia! con valor y por su amor algunos trabajos que él te envie, para que de este modo puedas tener con él alguna semejanza, y que á imitacion del Apóstol de todos los Santos lleves dentro de tí mismo la

imagen de su muerte: *Configuratus morti ejus* (*Philip.* 3.).

Yo siento, Señor, que mi corazon cobra un nuevo aliento con estas reflexiones, y que derraman sosobre mis males una uncion divina, que mitiga la mayor parte de su rigor. Es verdad que tengo una extrema repugnancia al sufrimiento; pero sin embargo experimento en este mismo instante, que mi corazon halla en él cierta complacencia, y como que le parece que ya no estaria contento sin padecer por vos. Ahora veo, Dios mio, cómo la virtud poderosa de vuestra cruz puede unir dentro de una misma alma la mayor alegría con la mayor sensibilidad ; y comprendo mejor que nunca como podian decir y exclamar los Santos, que se hallaban en el mayor júbilo en medio de sus mas grandes tribulaciones: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (2. *Corint.* 7.). Muchas veces habia oido decir, que por grande

que sea una desdicha, era mui poca cosa, y nada se ha perdido, teniendo un Crucifijo, y sabiendo hacer un buen uso de él; pero ahora mi propia esperiencia me hace conocer y sentir esta verdad.

Yo soi feliz, Salvador mio, sí, yo soi feliz en medio de las aflicciones que vos me enviais. Vos me habeis redimido con vuestra sangre y en vuestra cruz, y por lo mismo ya no encuentra mi alma otro consuelo que el de participar de la cruz de su Redentor. Es verdad que es poco semejante á vos por sus virtudes; pero no obstante halla un verdadero consuelo en pensar que os parece á lo menos en lo poco que sufre por vuestro amor. Haced, Señor, que yo padezca mis trabajos en reconocimiento de los vuestros, para que de este modo sean mas amables y llevaderos, y que los junte á los que vos padecisteis, durante vuestra vida, y en el monte calvario, para que así puedan servirme

de algun mérito delante de vos.

O sagradas llagas de mi Redentor! permitid que yo acerque á vos mis labios para que de esta suerte queden purificados de tantas quejas y murmuraciones como han formado en un tiempo, en que debian haber llenado de bendiciones á aquel que le enviaba sus males. Corazon adorable! cuanto mayores sean mis trabajos, tanto mas me estrecharé con vos, con la esperanza firme de que hareis pasar á mi corazon la fuerza y generosidad de vuestros sentimientos. Vos sereis siempre mi refugio en mis adversidades, me servireis de seguro y santo asilo, en donde aprenderé á padecer con resignacion y humildad.

O cruz de mi Dios! me sois demasiado saludable, para que yo no os abrace con alegría y con placer: es cierto que pareceis espantosa á los ojos de la naturaleza; pero cuán dulce y amable sois á los ojos de la fe! Acabad, Señor, á costa de mi salud,

de mi reputacion, de mis bienes, y aun de mi propia vida, la grande obra de mi santificacion. Vos sois el milagro de la fuerza del Todo-poderoso, el prodigio de su sabiduría y de sus misericordias, y vos sereis mi esperanza, mi apoyo, y toda mi gloria. Estoi pronto á vivir y morir en vuestros brazos como víctima del Señor. Ah! ojalá que él la purifique todos los dias mas y mas por el fuego de la tribulacion, como al fin la consuma en el fuego de su amor!

DIA SEIS.

Quod in præsenti est momentaneum & leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis. 2. Cor. 4.
Non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Rom. 6.

Los trabajos y tribulaciones que padecemos en esta vida no duran sino un momento, y son bien lijeras, y algun dia nos producirán un peso eterno de gloria, que es sobre toda medida.
Todo cuanto podemos sufrir en este mundo no tiene la menor proporcion con la gloria que resplandecerá en nosotros en la otra vida.

San Pablo, en el tiempo en que padecia las mas grandes tribulaciones, fue arrebatado hasta el tercer

Cielo, y concibió alguna idea de lo que era la eterna bienaventuranza; pues quién mejor que él podrá darnos alguna leccion sobre el aprecio que debemos hacer de nuestros trabajos, si los comparamos con la gloria de la otra vida? Es verdad que mis males son dolorosos, y duran largo tiempo; pero este mismo Santo me dice, que si los comparo con la bienaventuranza y con las delicias de la eternidad, no encontraré alguna proporcion entre estos bienes y los males que padezco, y que me veré obligado á confesar, que éstos son mui suaves, y de mui corta duracion.

Si la fe no me suministrase estos poderosos motivos para sostenerme en medio de mis trabajos, verdaderamente seria digno de compasion; porque en efecto no puede haber estado mas miserable que el de un hombre sin religion, ó el de un libertino, que es acometido de una enfermedad violenta, ó que se en-

cuentra en una grande afliccion: éste por decontado carece de todo consuelo esterior, porque sus amigos y conocidos, que son de ordinario los mismos compañeros en su vida licenciosa, le desconocen y abandonan al cuidado de aquellas personas, á quienes la beneficencia ó el interes tiene cerca de sí: es privado tambien de todo consuelo interior, y aun regularmente le desprecia, porque no llega á conocer su virtud y eficacia. Pero yo que tengo algun motivo para creer que vivo en la gracia y amistad de mi Dios, me consuelo con la dulce confianza de que ocuparé algun dia un lugar en el Reino de los Cielos; pues que esta recompensa tiene prometida á los que sufren y vierten amargas lágrimas en este mundo. Cuando en la triste situacion en que me veo abro los ojos á todo el resplandor que derraman las luces de la fe, me encuentro con un espectáculo, que me llena de un verdadero con-

suelo, como el que esperimentó en otro tiempo San Esteban, cuando espiraba á los golpes de sus enemigos: al mismo Dios tengo á mi lado, testigo de mis sufrimientos, que me señala como con el dedo el peso inmenso de gloria que me tiene preparado en la eternidad.

En lugar, pues, de hacer contínuas reflexiones, como hasta aquí, sobre el rigor y la duracion de los males que padezco, que no me servirán de otra cosa que de hacerme mas pesado el yugo de la adversidad, si deseo verdaderamente consolarme y fortalecerme, me entregaré á aquellos mismos pensamientos, que me llenarán de regocijo algun dia en la eternidad. Uno de los tormentos de los condenados será pensar, que gustos y placeres de un momento les han ocasionado una eternidad de horribles penas; y á los Santos les llenará de contento y satisfaccion el ver que por unos males pasageros se les da en recompen-

sa una dicha eterna. Si se considera bien la gloria de los Santos es necesario confesar que son cosas de mui corto momento cuanto han hecho y padecido para conseguirla: *Gratis datur*, dice San Agustin, *cuando tam grande est*, *quod emitur*. Los tormentos de los Mártires parecen espantosos, y sin embargo el Espíritu Santo los llama ligeres, *in paucis vexati*, á causa de los bienes infinitos que ellos mismos les procuran.

Qué juicio formaria yo de un hombre que se entregase á la mayor tristeza y desesperacion, solo porque otro le habia faltado á una pura etiqueta, que él creia que se le debia por consideracion á su persona, ó porque se le habia robado una corta porcion de tierra que poseia en un rincon del universo, cuando por otra parte era llamado á la posesion de un dilatado Imperio? Pues esta consideracion debo hacerme á mí mismo continuamente.

Cuantos mas pasos doi por el camino de la cruz, tanto mas terreno voi ganando en el Reino de los Cielos á que soi llamado; y no obstante me abandono á la desesperacion y el dolor, ó porque se me figura que no se hace de mí toda la estimacion esterior y mundana que yo quisiera, ó porque padezco la pérdida de unos cortos bienes, que miraré cuando esté en posesion de la eterna bienaventuranza, como miro hoi en dia el polvo que se lleva el viento.

Pero, ó Dios mio! qué Señor sois tan amable, y tan digno de ser servido! Se sirve al mundo á costa de los bienes, del reposo y de la salud; pero de ordinario ni tiene noticia de lo que se sufre por él, y se burla frecuentemente de las mismas desgracias que se padecen por agradarle. Es verdad que él promete mucho; mas qué recompensas son las que da? Tienen acaso alguna proporcion con lo que se le sacrifica?

Y cuando á él le fuere fácil dar esta recompensa: qué certeza tenemos de que la querria dar? Pero vos, Señor, cuando haceis entrar á vuestros siervos en alguna penosa carrera, vos mismo que estais al fin del campo de la pelea, les animais con una corona eterna en la mano. Espectador de las penas que padecen, vos mismo contais todos los instantes y los méritos que les produce su resignacion y humildad, y al fin llega el momento dichoso, en que desaparece todo el rigor y la duracion de los males, y les dais en premio toda una bienaventuranza eterna. Sí, Dios mio, por duras y largas que sean las pruebas que vos me ordenais, las padeceré por vos, y os serviré siempre por vos mismo, y por la recompensa que me teneis prometida.

DIA SIETE.

Si compatimur, ut & glorificemur. Roman. 8.

Si sustenibimus, & conregnabimus. 2. Tim. 2.

Si sufrimos con Jesucristo, seremos glorificados, y reinaremos con él.

El Hijo de Dios consiguió para nosotros el Reino de los Cielos por su cruz, pero fue con la condicion de que tambien nosotros habiamos de llevar la nuestra; y aunque es verdad que cuando se separó del mundo nos señaló el cielo por herencia, es necesario para entrar en posesion de ella aceptar primero aquella condicion; esto es, abrazar la cruz en que padeció y murió este mismo Señor. A todos nos llama y nos convida con el Reino de los Cielos, único fin á que debemos cami-

nar y dirigir todos nuestros pasos; pero para llegar á él es necesario tomar primero los medios, y uno de los mas poderosos es el de crucificarse con Jesucristo, y subir desde la cruz al cielo.

El Reino de los Cielos es la tierra de promision, cuya conquista es necesario hacer á fuerza de trabajos y victorias; y el mismo Rei, de quien hago profesion de ser vasallo, no ha entrado en ella de otra suerte. Si quiero reinar con él, debo antes trabajar y sufrir, pelear y vencer como él; porque la corona del cielo, como dice Tertuliano, no se colocará sobre la frente de estos felices del mundo, que viven coronados de flores en medio de los placeres, sino que está reservada para colocarse sobre aquellas cabezas, que el mundo habrá cubierto de ignominia, y sobre las de aquellos cristianos á quienes la calumnia habrá obligado á esconderse de los ojos de los hombres, y que ocultan con una

paciencia heróica dentro de su cuerpo, crucificado ya por la penitencia, un corazon herido por los tiros de la ingratitud, de la injusticia y de la malignidad de los hombres: *Corona premit vulnera.* No fue, pues, necesario que el mismo Jesucristo, antes de entrar en la gloria de su Padre, sufriese de esta suerte (*Luc.* 24.)? No hai duda, porque primero llevó sobre su cabeza una corona de espinas, que entrase en posesion de la corona de la eternidad.

No hai un justo motivo de admirarse, de que habiendo sido necesario que el hijo de Dios fuese humillado para entrar en posesion de la gloria, no tenga yo en medio de los trabajos que padezco otro sentimiento que para quejarme de que sufro mucho, sin tener en consideracion la recompensa que espero? Todos los dias me llama á reinar con él: y yo tambien lo deseo; pero este Reino, á que yo tengo designios de elevarme, se me dará por ventu-

ra en premio de un deseo ocioso y tranquilo? Es asi como entró en él el mismo Jesucristo? Y no será razon que á mí tambien me cueste alguna cosa? *Ad magnum aliquid pararari*, dice San Agustin, *noli mirari quia in laboribus*.

Un cortesano, á quien su Rei quisiera ponerle en la ocasion de merecer sus mas particulares favores, se quejaria si se le confiasen empresas dificiles, si se le espusiese á las contigencias de una guerra, ó si se le empeñase en negociaciones que pidiesen mucho cuidado y desvelos? Todo lo contrario: antes bien obedeceria con gusto, con reconocimiento y con valor; pero sobre todo, qué aliento no tomaria, si su Rei le trazase y facilitase por sí mismo y con su propio egemplo la conducta que debia observar; y si el mismo Soberano, exhortándole á sufrir las fatigas é incomodidades de una guerra, marchase delante de él, protestando que si le imitaba, te-

nia segura la recompensa que le habia prometido? Pues yo soi vasallo de un Rei, que quiere hacerme feliz con él, y veo en sus propios egemplos los medios de que me debo valer para ser elevado á los honores que tiene preparados: él mismo me ha trazado con su propia sangre el camino que debo seguir; y sin embargo no tengo aliento para caminar por él, como si sus egemplos no me hablasen bastante, y la recompensa que me tiene prometida no fuese capaz de escitar mi emulacion.

Pero, ó Redentor mio! ó Rei mio! podré yo quejarme de la parte que me dais en vuestro cáliz, cuando vos mismo le habeis bebido hasta las heces, solo porque á mí no me fuese tan amargo? Tendré yo por mucho trabajo y fatiga el subir con vos al calvario, haciendo allí una vida semejante á la vuestra, cuando mis propios sufrimientos me dan tan justo motivo de

esperar que algun dia triunfaré con vos, y participaré de vuestra gloria?

Mas, ay de mi! Cuándo llegará, Señor, aquel dichoso instante en que yo iré á reinar con vos? Levantado como estoi de la tierra, y puesto sobre esta cruz en que vos me habeis colocado, contemplo sin cesar el Cielo; pero él no se abre aun á mis deseos. Momento feliz, en que despues de este doloroso destierro pareceré delante del Señor (*Psalm.* 41.), estais aun mui distante? Ah! aun resta un poco de tiempo; pero el Señor que debe venir, vendrá, y no tardará, y pondrá fin á todos mis trabajos (*Hebr.* 10.). A la manera que un ciervo despues de una larga carrera busca la fuente para refrigerarse, así mi alma, fatigada con tantas penas como padece en este mundo, suspira por vos, ó Dios mio (*Psalm.* 41.)!

DIA OCHO.

Qui parcè seminat, parcè & metet, & qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus & metet. 2. Cor. 9.

Qui seminat in lacrymis, in exultatione metent: euntes ibant & flebant mittentes semina sua. Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos. Psam. 125.

El que siembra poco, no puede esperar una gran cosecha; y por el contrario, el que siembra mucho, cogerá frutos abundantes.

Los que siembran en esta vida en el dolor y lágrimas, recogerán en la otra sus frutos con gozo y alegría, y se les verá venir algun dia triunfantes, cargados con los frutos de sus penas.

Miéntras dura la vida se siembra; pero el fruto no se coge has-

ta despues de la muerte, y será tanto mas abundante, quanto haya sido mayor la pena y trabajo que se haya tenido en el tiempo de la simienza, en el que por lo comun los dias son tristes, sombríos y melancólicos, pero al fin llega la hora, en que se conoce què ha sido necesario aquel mal tiempo, para disfrutarlo despues alegre y sereno en los dias de la siega. Si por razon del mal tiempo se disminuye el trabajo, al fin se viene á parar en que la cosecha es corta y poco abundante, porque las lágrimas que en ella se derraman son las que de ordinario multiplican el buen grano; es decir, que quanto mas sufrámos y padezcamos en este mundo, tantos mas méritos tendremos para el otro.

Al juicio de todos los Santos, que ellos por si propios hiciéron la experiencia, el tiempo de la adversidad es el mas á propósito para juntar para la eternidad. Es verdad

que se adquieren grandes méritos quando se hacen muchas buenas obras, dice en particular San Buenaventura; pero aun son mncho mayores los que se consiguen quando se sufren con paciencia los trabajos que Dios envia: *Majoris meriti est adversa tolerare, quam bonis operibus insudare* (*De grad. virt.*) El bienaventurado Enrique de Suzon decia á una virtuosa doncella, que fué acometida de una enfermedad violenta, y que ántes habia tenido grandes deseos de hacer penitencias corporales, que la penitencia que hacia entónces le servia de mucho mas para el Cielo, que todas las que ántes habia deseado hacer.

Y en efecto, quántos méritos no puedo yo juntar en el tiempo de mi afliccion? El mérito de la fe, adorando aquel Ser Supremo, Señor de todas las cosas, quien únicamente tiene el derecho de querer ó no querer, sin que á ninguno tenga obligacion de dar cuenta de su volun-

tad, y que nos aflige y dispone de todas nuestras cosas solo por nuestro mayor bien: el mérito de la esperanza, despreciando cada dia mas y mas los bienes caducos y perecederos de esta vida, con la idea de los bienes eternos, y de la posesion del mismo Dios á quien espero: el mérito de la caridad, haciendo á Dios con un corazon generoso el sacrificio de cuanto tengo mas querido en este mundo, contentándome con perderlo todo, siempre que conserve yo en mi corazon los verdaderos sentimientos que debo á mi Dios: el mérito de la humildad, juzgandome digno y merecedor de todos los castigos, y bendiciendo la misericordia infinita de mi Dios, baxo los mas terribles golpes de su justicia: el mérito de la fidelidad, haciendome siempre mas exâcto en cumplir quanto sea del agrado y voluntad de Dios, y en evitar quanto pueda desagradarle, á pesar de la flaqueza y abatimiento á que

me arroja naturalmente la afliccion: el mérito de la paciencia, sofoncando con un ardor siempre nuevo los movimientos involuntarios de mi soberbia, que se levantan dentro de mi alma, y besando con dulzura y sin murmuracion la mano de un Dios, que me castiga por la de mi enemigo; y finalmente el mérito de todas las virtudes que llamo á mi socorro, cuyo exercicio reiterado á proporcion de las penas que padezco, me procurará en la casa de mi Padre celestial, en donde hay muchas moradas, un lugar distinguido (*Joannes* 14.)

Por esto, Señor, miro yo las adversidades que vos me enviais como una eredad, que si la cultivo, como debo, me produce contínuamente copiosos y abundantes frutos, de los que cada dia y aun cada instante puedo formar un tesoro, que vos mismo me guardárais como en depósito, segun la expresion de vuestro Apóstol (2. *Timot.* 1.) y me

conserváraís con cuidado hasta la mas pequeña parte. Alguna vez permitis que mis males me den algun descanso, y entónces casi olvido del todo quantas lágrimas me han hecho derramar; pero, Señor, si he vertido estas lágrimas á vuestros pies, no las olvideis vos, para que de este modo pueda yo encontrar algun dia en vuestras manos todas las riquezas espirituales que me han hecho adquirir; riquezas con las que compraré de vos, conforme á una expresion de vuestros libros santos, grandes bienes de los bienes infinitos de la eternidad.

No, Señor, vos no dexais sin recompensa el mas corto mérito adquirido por vuestros siervos en medio de la tribulacion. Vos mismo les veis con gusto sufrir en esta vida algunas penas, y ofrecéroslas juntamente con las que padeció vuestro Hijo Jesus por nuestro amor, á causa del precio infinito que da esta union á sus sufrimientos. Os com-

placeis vos mismo en escucharlos quando os bendicen y dan gracias en sus trabajos, y que os suplican les envieis cada dia nuevas penas y tormentos, si fuera de vuestro agrado el que aun padezcan y padezcan mas; porque de esta suerte se hacen cada dia mas dignos de la gloria que les teneis preparada; y que vos mismo habeis como ligado el mérito del sufrimiento. Este pensamienme llena de consuelo, así como tambien consolaba al Profeta en medio de sus trabajos (*Psalm.* 118.). En esta firme esperanza encuentro abundantemente, como él, el medio de fortalecerme en todas mis desgracias.

DIA NUEVE.

A tristitia festinat mors. Eccles. 38. *Ecce Salvator tuus venit; ecce merces ejus cum eo.* Isai. 62.

La tristeza acorta los dias de la vida. He aquí á tu Salvador, que viene y

trae consigo la recompensa que quiere darte.

Las aflicciones que Dios me ha enviado han hecho en mí una impresion tan viva, que ya siento que mis dias se abrevian, y que mi muerte se acerca: gracias sean dadas á mi Dios por todo. Este pensamiento, léjos de hacerme desfallecer, y de dar un nuevo peso á mi tristeza, me reanima y llena de la mayor alegría, porque acortando mi vida mis trabajos (*Apoc.* 7.), me acerco cada dia mas á aquella morada eterna, en donde ni abrá mas hambre que acongoje, ni mas sed que atormente, ni mas estimacion que incomode, y en donde gozaré finalmente de la sólida y verdadera felicidad. Mi muerte se acerca, que es lo mismo que decir, que ya está próxîmo el dia en que veré á mi Salvador, y me dará la recompensa que tiene prometida en el Evan-

gelio á los que lloran y sufren persecucion por la justicia.

Quejarse por que se camina á los últimos de la vida, seria lo mismo que acongojarse porque van á tener fin los males que uno padece. Desear tener una vida larga, decia San Agustin, no es otra cosa que desear sufrir y padecer largo tiempo: *Quid est diu vivere, nisi diu torqueri?* La muerte, segun San Ambrosio, no se debe considerar como una nueva pena, sino ántes bien como un remedio que sirve de terminar todos los trabajos: *Remedium, non pœna.* Los que la miran como un mal, deberian considerar á lo ménos que es el último de todos, y que un mal que es necesario para llegar á la posesion eterna de todos los bienes, debe ser muy llevadero (*Flores enviq. de gran.*). He leido en cierta parte, que un cazador se encontró en una ocasion en un bosque con un pobre todo cubierto de llagas, que estaba cantando, y que

admirado de la alegría de aquel hombre, quando por otra parte le miraba en un estado tan miserable, le preguntó la causa; á lo que el pobre le respondió: el mismo estado en que me veis os lo dice: mi muerte se acerca, ella va á poner fin á mis trabajos, y gozaré bien presto de la vista de mi Salvador.

Es verdad que un cristiano, por mas justo que sea, tiene cierto horror natural á la muerte; pero lo que á ella debe suceder no es capaz de disminuir mucho este horror? Ah! Por lo que á mi toca, Señor, yo os protesto que en medio de mis dolores mas crueles, que insensiblemente y contra mi voluntad irritan mi sangre, y me llevan poco á poco á la sepultura, no quiero ocuparme sino de este pensamiento, que aunque verdaderamente no quita del todo la repugnancia de la naturaleza, á lo ménos contribuye mucho á vencerla fácilmente: *Yo gozaré bien presto de la presencia de*

mi Salvador: el dia se acerca, en que parecerè delante de él.

O Salvador mio! quán formidable es este dia á los que durante su vida han cometido, como yo, tantos pecados! Pero yo espero que mis trabajos me han servido y aun me sirven para expiarlos por vuestra gracia, y confio principalmente en vuestra misericordia, y en los méritos de quantas penas y tormentos padecisteis por mí. Animado con esta confianza, ni quiero ni formo otros deseos que de no vivir mas, y estar con vos (*Philip.* 1.) Sí, Dios mio: lo mejor es morir, como deseaba vuestro Apóstol. Mi alma, así como la Esposa de los Cánticos, mira con tédio la vida de este mundo, no tanto por las aflicciones que padece, como por el deseo de gozar de la presencia de su amado (*Psalm.* 34.). Quién me diera tener alas, como la paloma! Entónces sí que volaria y me remontaria hasta vos, para reposar en vues-

tro seno despues de tantas penas.

Venid, Señor Jesus: *Veni Domine Jesus* (*Apocal.* 22.). Esta es la oracion que os hacia en otro tiempo vuestro Discipulo mas querido, cuyo amor probasteis largo tiempo por lo mucho que dilatasteis su muerte. Le misma os hago yo, Señor, con toda la sinceridad de mi alma: puedan los ardientes deseos que tengo de ver á mi Salvador, á quien aun no conozco sino por su poder y sus virtudes, por sus beneficios é infinitas bondades que ha derramado sobre mí, acabar quanto ántes lo que mis aflicciones tardan demasiado en executar.

Miéntras llega este feliz momento me ocuparé frecuentemente de los mismos sentimientos que tenia el Profeta Rey, quando deseaba con tanto ardor volver á ver vuestro tabernáculo. Diré contínuamente, y exclamaré con él (*Psalm.* 85.) Quán amables son vuestros tabernáculos, ó Dios mio! Mi alma no puede resistir

el ardor con que suspira por la casa del Señor. Mi corazon anegado hasta este dia en un mar de tristeza, y mi carne oprimida por la fuerza del dolor, se transportan de alegría quando pienso en mi Dios y en los bienes que me prepara. El pájaro y la tortolilla saben encontrar un lugar seguro para poner á sus hijuelos al abrigo de las injurias del tiempo: y seria posible, ó Dios mio y Rey mio, que en medio de mis mayores penas no pudiese yo hallar un asilo cerca de vos? Dichoso aquel que en sus tribulaciones pone en vos toda su confianza, y el que en este valle de lágrimas, en que le habeis colocado, sabe hacerse superior á sus trabajos por una esperanza viva. Espero en vos, Señor, que me hareis sentir los efectos de vuestra misericordia, y que aumentareis mis fuerzas para que pueda padecer y sufrir hasta aquel dichoso dia en que arribe á la santa Sion, en donde gozaré finalmente de vuestra divina presencia.

DIA DIEZ.

Non exies inde (ex carcere) donet reddas novissimum quadrantem. Mat. 5.

Non intrabit im eam (Hierusalem cœlestem) aliquod coinquinatum. Apoc. 21.

No tienes que pensar que saldrás de la prision, sino despues de haber satisfecho hasta el último maravedí.

Ninguna cosa manchada entrará en la celestial Jerusalén.

La Religion me enseña, que si aun despues de mi muerte me restasen algunas deudas que pagar á la Justicia Divina, las he de satisfacer en el Purgatorio, prision pasagera, es verdad; pero de donde no se sale, sino despues de haber pagado hasta

lo mas mínimo, y en donde hasta dar una satisfaccion completa reglada por la divina Justicia, se padecen los mas crueles tormentos. San Cesario de Arlés dice, que la menor pena que se padece en aquel lugar es mas grande que lo mas terrible que se puede sufrir y aun imaginarse en esta vida: *Quam quidquid potest in hoc sæculo pœnarum cogitari, sentiri* (Hom. 8.). Muy raro es el que despues de su muerte no desciende á este lugar de expiacion; pero no obstante hay medios para no ir allá, ó para quedar corto tiempo. Entre estos debo colocar mis aflicciones, porque la misma Religion me asegura, que si yo sé sobrellevarlas con paciencia y en espíritu de penitencia, me servirán para satisfacer en esta vida todas mis deudas.

Dios no castiga dos veces un mismo pecado: me envia aflicciones y trabajos con el designio de que los acepte con humildad y resignacion,

como en justo castigo de mis culpas; y si me conformo con estos designios de su infinita misericordia, no hay duda que en la otra vida exîgirá mucho ménos de mí. Quitad el orin á la plata, dice el Sabio (*Prov.* 25.) y se hará de ella un vaso muy puro. Así es, como es necesario que mi alma sea purificada de sus manchas ántes de presentarse al convite del Rey de los Cielos: si ella lo estuviese en esta vida por el fuego de la tribulacion, no tendrá necesidad de las llamas del Purgatorio.

De dos males es necesario siempre elegir el menor, como dice el Autor de la Imitacion de Jesu-Christo (*lib.* 3. *cap.* 12.). Si te quejas de que padeces mucho en este mundo, cómo, añade, podrás sufrir las penas del Purgatorio? Es verdad que hace muchos años que estoy padeciendo; pero estos años, si yo sé aprovecharme de ellos, equivaldrán puede ser á siglos enteros, qne tendria

que padecer en la otra vida, porque Dios al presente usa siempre de clemencia, y perdona con facilidad; pero llegará el dia en que será necesario satisfacer con todo rigor, por lo mismo que pude satisfacer á poca costa y con poco trabajo miéntras estuve en este mundo, y no lo executé. Dignaos pues, Señor, exclamaré freqüentemente con San Agustin, de borrar por todos los medios que juzgareis convenientes todo lo que aun quedase de manchado dentro de mi alma, para que despues de la muerte nada le reste que purgar: *Deleantur hic peccata mea, ne emundatorio illo igne egeant.*

Si estoy poseido del verdadero espíritu del cristianismo, mi alma, semejante á la Esposa Sagrada, debe estar inquieta y con una impaciencia santa por ver á su amado. Mas para saber si tengo motivo de esperar que le veré inmediatamente, ó á corto tiempo despues de mi muer-

te, no hay sino preguntárselo á mis penas y aflicciones: ellas mismas me dirán que sirviendo de purificar siempre mas y mas mis culpas, contribuyen á procurarme la dicha de verle despues de mi muerte mucho mas presto que le veria, si al presente pasase mi vida con tranquilidad y reposo.

En qué afliccion no manifiesta estár en esta vida una alma, á quien se la dilata el gozo de un bien, á que mira como su propia felicidad! Y qué bien es este, que con tan vivos deseos solicita? Supongamos que se trate de un Imperio: todo esto es nada en la realicad; pero de esto puedo yo venir en conocimiento de quán agudos serán los dolores de mi alma en el Purgatorio, si tengo la desgracia de estar detenido en él, al verse privada por algun tiempo del gozo, del único y solo bien que puede desearse, y que merece el nombre de bien, de la posesion de vos mis-

mo, ó Dios mio! felicidad soberana, para que fuí criado. Un solo instante de dilacion me parecerá un siglo, y esta sola pena será mil veces mas dura para mí que todas las otras.

Vuestros Santos, quando aun vivian sobre la tierra, hubieran comprado por todos los suplicios del mundo la dicha que vos concedisteis á alguno de gozar por algunos momentos de vuestra presencia. O Salvador mio! en vez de permitir que despues de mi muerte me sea dilatada la dicha de veros, enviadme en esta vida todos los tormentos que soy capaz de sufrir, que yo los acepto desde ahora con alegría y reconocimiento; pero concededme, Señor, la gracia de padecerlos con aquel espíritu de sumision y penitencia que los hace meritorios á vuestros ojos.

DIA ONCE.

Peccavi, & verè dilipui, & ut eram dignus non recipi. Job. 33.

Ipse castigavit nos propter iniquitates nostras, & ipse salvabit nos propter misericordiam suam. Job. 13.

Pequé, y pequé verdaderamente, y no he sido castigado como merecia.

El mismo Dios que nos ha castigado nuestras iniquidades, él mismo nos salvará por su gran misericordia.

Yo he pecado y muchas veces desde que estoy sobre la tierra; y he pecado gravemente: segun esto mil veces he merecido el infierno. Y siendo esto cierto, cómo puedo yo quejarme de algunas penas tempora-

les y pasageras? Un condenado se tendria por muy dichoso, si no tuviese que padecer sino estas penas, que yo miro como intolerables. Si yo estuviese actualmente en este lugar, y Dios me preguntase lo que querria padecer sobre la tierra para salir de él, los mas sangrientos ultrajes, y aun los mas crueles tormentos que los Tiranos hiciéron padecer á los Mártires, me parecerian penas bien ligeras. Debo, pues, confesar en medio de mis trabajos, á exemplo de tantos Santos, que habian ofendido al Señor mucho ménos que yo; sí, debo confesar lleno de consuelo, y con todos los sentimientos de reconocimiento hácia la bondad de Dios, que todo quanto puedo sufrir en esta vida no es nada absolutamente en comparacion de lo que he merecido sufrir en la otra.

Es verdad, que tengo motivo para esperar que mis peccados me han sido perdonados en el tribunal

de la penitencia; pero en este sagrado tribunal no se me ha librado enteramente de la pena que merecian mis culpas, porque el Soberano Juez lleno de misericordia ácia los pecadores sinceramente contritos, no hace sino conmutar la pena eterna que he merecido en una pena temporal. Pero esta pena temporal, cómo la he satisfecho yo hasta este dia? He rezado algunas oraciones, y he dado cumplimiento á algunas obras satisfactorias, que me han impuesto en el Sacramento los Ministros de la reconciliacion, es verdad; pero esto es bastante? Yo veo que los Santos añadian á esta pena tan ligera en sí misma, que les imponia su confesor, los ayunos y austeridades: yo deberia, pues, como ellos, y con mucha mas razon, satisfacer mis culpas por diversos exercicios de penitencia christiana: deberia hacerlo, no hay duda, y no lo procuraria, ó no tendria bastante valor para executarlo; y ve aquí

que mi Dios me envia, por un efecto de su misericordia, estas afliccio-nes, para que sobrellevadas en espíritu de penitencia, suplan á lo que yo deberia hacer, y no haria.

Ah! si yo tuviera una justa idea de Dios, de sus grandezas y de sus perfecciones: si yo comprehendiese bien lo que es el pecado, y el carácter de rebeldía é ingratitud que lleva consigo, léjos de quejarme de lo que padezco, encontraria que es demasiado poco para reparar por el sufrimiento, y en quanto estuviese de mi parte, los ultrages que he hecho á Dios, para restituirle por este medio, si fuese posible, otra tanta gloria como le he robado por el pecado; y diria con San Bernardo: todas las afliccicnes son fáciles de llevar, quando pienso en las culpas que me han sido perdonadas: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad præteritam culpam, quæ remittitur.*

Yo he merecido, Señor, por mis

iniquidades llevar por toda una eternidad todo el peso de vuestras venganzas: justo es que experimente algunos de sus efectos, durante el corto espacio de tiempo que aun me resta sobre la tierra. Si vuestros castigos me parecen muy rigurosos en esta vida, en donde no castigais sino por misericordia, y por un poco de tiempo, qué seria, si yo estuviese ya en los infiernos, en donde vuestro brazo se dexaria caer sobre mí por la justicia? Justicia, que no podrian jamas aplacar mis lágrimas, ni mis llantos.

Servíos, pues, ó Dios mio! servíos para hacerme expiar mis pecados de los elementos, de las enfermedades, de los amigos y enemigos, de mis parientes y extraños, como os servisteis en otro tiempo del Asyrio para castigar á Israel, y de la iniquidad de Absalon para castigar á David. Será una gracia que vos me hareis, y que no concedeis á todos. En consideracion á los tor-

mentos, que vuestro divino Hijo padeció sobre el calvario para obtener mi perdon, á los quales yo junto los mios, dignaos, pues, de concedérmela: espero que en lugar de las maldiciones que los tormentos espantosos del infierno me harian vomitar contra vos por toda una eternidad, si me hubieseis ya castigado, como lo merezco, cantaré eternamente con los Angeles y los Santos vuestras misericordias en los Cielos.

DIA DOCE.

Merito hæc patimur, quia peccavimus. Genes. 42.
Digna factis recipimus. Luc. 23.

Merecemos sufrir todas estas penas, porque hemos pecado.
Recibimos el castigo que es debido á nuestros delitos.

Dios envia algunas veces á los pecadores en esta vida muy grandes tribulaciones; pero entre aquellos á

quienes Dios dispensa esta gracia hay algunos que se entregan á la desesperacion, no viendo en los males que padecen, sino preludios del infierno que han merecido, y en Dios sino un Juez justamente irritado, que esperando que abra debaxo de sus pasos los abismos voraces de la eternidad, dé principio en este mundo á su venganza, por el abuso que han hecho de sus misericordias: pero no es así como la Escritura y el exemplo de tantos pecadores sinceramente contritos y arrepentidos sobre su cruz, les enseñan á pensar en sus aflicciones. Estos han sido como yo grandes pecadores, y Dios por medio de todos estos trabajos quiere hacer de ellos y de mí grandes Santos.

No cesaré, pues, de imitar sobre mi cruz á aquel criminal que murió al lado del Salvador, y á quien este mismo Señor prometió el Paraiso, porque confesó con un sincero arrepentimiento, que merecia

justamente el tormento que padecia. Imitaré á los hermanos de Joseph, que se acordaron en sus adversidades de los malos tratamientos que le habian hecho, y adoraron la Justicia de Dios, que les perseguia. Manasés reconoció y detestó de la misma manera su impiedad en los horrores de un calabozo, y Nabucodonosor en la soledad de los bosques, en donde fue reducido á la condicion de las bestias. El Hijo Pródigo no pensó sériamente en volver á la casa de su padre, sino quando vió suceder la mas extrema indigencia á aquella prosperidad, que él pensaba estable y permanente.

David, oprimido de ultrages por Semey, pensaba, dice San Gregorio, en el adulterio que habia cometido; y nosotros vemos en los Salmos los sentimientos de penitencia con que recibia las diferentes aflicciones que Dios le enviaba en castigo de sus iniquidades. El mismo San Gregorio (*Lib.* 9. *epist.* 15.),

atormentado de la gota escribia á un Obispo de Siracusa, que padecia la misma enfermedad: Qué tenemos que hacer en nuestros mas vivos dolores, sino acordarnos de nuestras culpas, y dar gracias á Dios por los males con que nos aflige? Esta es una señal cierta de que Dios no nos abandona. Santa Teresa fue tambien probada por muchas enfermedades y penas interiores; pero las hallaba fáciles de soportar, quando pensaba en la vida tibia y relaxada que habia llevado en el servicio de Dios, durante algunos años. Todos estos exemplos me manifiestan, y enseñan á todos los pecadores que viven en el sufrimiento, el uso que debemos hacer de nuestra cruz, y el espíritu con que debemos llevarla.

Yo no veo sino una suerte de infelices, que tengan motivo para entregarse á la desesperacion en su desgracia; estos son los condenados; son desdichados por su culpa, y lo serán para siempre. Pero en esta vi-

da no; Dios mio, no, jamás hay motivo para desesperar: la misma desesperacion seria á vuestros ojos un crímen aun mas grande que los que ántes se habian cometido. Un christiano que piensa que vos no habeis permitido que se vea reducido á una afrentosa indigencia, sino porque ha prodigado sus bienes en el desórden, ó que contraiga enfermedades corporales, que no tienen remedio, sino porque ha vivido por espacio de algunos años en el libertinage, debe ver en todos estos males grandes bienes, pues que vuestro designio, quando vos las permitis, es, como nos dice San Gregorio, el de reducirlos á vuestro amor: *Mala quæ nos hic præmunt ad Deum ire compellunt.* Vos mismo les advertis por los golpes que descargais sobre los pecadores, que trabajen en evitar los males infinitos y eternos. Vuestra Justicia les persigue, es verdad; pero no es una justicia inexorable, como la

que exerceis en el infierno , sino una justicia llena de misericordia, que castiga en esta vida para no castigar en la otra: *Justitia parcens*, dice San Agustin. En su mano está aplacar vuestra justicia , recurriendo á vuestra misericordia , y el de servirse de los males del tiempo para evitar los de la eternidad.

Permitid , Señor , que yo os dirija la súplica, que os hacia en otro tiempo un Profeta (*Isai.* 26.) ; exerced vuestros juicios sobre la tierra, y sus habitantes aprenderán á ser justos : os buscarán en sus males presentes , y vos les instruireis por la afliccion que les obligará á que os pidan con humildad. Esto mismo que yo os pido por los pecadores, de que el mundo está lleno , habeis vos tenido la bondad de hacerlo conmigo: y ruego á los Angeles y á los Santos el que os dén gracias por mí.

Sí , Dios mio , yo os doy gracias por el estado miserable á que habeis reducido mi cuerpo , porque

habeis tenido compasion de las miserias de mi alma. Detesto de las iniquidades que he cometido, y os doy gracias porque me las haceis expiar, por las aflicciones, que ellas mismas me han causado. Vos no habeis visto en mí por mucho tiempo sino un corazon ingrato y rebelde; pero veisle aquí finalmente convertido por medio de la adversidad, y con el socorro de vuestra gracia, en un corazon dócil, contrito y humillado. Vos no queriais mis pecados, pero quán misericordioso sois en haber querido los efectos! La copa amarga en que me haceis beber, despues de haber bebido tan largo tiempo en la copa encantadora de los placeres, es semejante á aquellas que vió en otro tiempo vuestro Discípulo amado (*Apocal.* 15.); aunque estaban llenas de vuestra cólera, ellas eran de oro.

DIA TRECE.

Immunditia tua execrabilis, quia mundare te volui, & non es munda. Ezech. 24.

Inimici tui coangustabunt te undique, eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ. Luc. 19.

Eres á mis ojos un objeto de execracion, porque he querido purificarte, y no has sido purificada.

Tus enemigos te estrecharán por todas partes, porque no has querido conocer el tiempo en que has sido visitada.

Me parece que, á Dios gracias, no soy yo en mi adversidad del número de estos pecadores endurecidos, semejantes á los habitadores de la Jerusalén, de que habla la Escritura, que fueron siempre insensibles á to-

dos los medios que empleó la misericordia para convertirlos, ni del número de aquellos, que léjos de aprovecharse del tiempo de la adversidad para volverse al Señor, no se ocupan sino del sentimiento de no poder contentar como antes sus pasiones, y se atraen siempre mas y mas los golpes de la justicia de Dios, cuando deberian pensar en aplacarla. Se miran como hombres dignos de compasion; y lo son sin duda, pero no tanto por el peso de los males que padecen, como por el endurecimiento en que perseveran, á pesar de los contínuos avisos que les da la adversidad. Esta es, puede ser, el último medio que Dios ha resuelto emplear en su misericordia para su conversion, y es, segun San Agustin, una voz que les hace entender, que siendo dóciles á las instrucciones que ella les dé, puede esperar volver á entrar en su deber: *Vocat per flagellum.*

Si me encuentro alguna vez con

uno de estos pecadores, que consuman su reprobacion sobre su cruz, á exemplo de aquel criminal, que murió al lado del Salvador sobre el calvario, blasfemando sobre la suya, y desde el calvario mismo bajó á los infiernos, le haria presentes en su afliccion las reflexiones que la gracia de Dios me ha hecho hacer á mí mismo en los primeros dias de la mia.

Respondedme, hermano mio, le diria yo: ántes que estuvieseis en el estado deplorable en que os hallais, qué es lo que la gracia del Señor podia hacer para volveros a él, que no haya hecho? Jamas habeis querido darle una libre entrada en vuestro corazon. En vano la conciencia es turbada con sus remordimientos, porque vos no procurabais sino sofocarlos en medio de los placeres. Ningun reconocimiento habeis manifestado á Dios por los beneficios que os ha dispensado, porque únicamente cuidabais de las ventajas

que os producian vuestras propias iniquidades: la vergüenza del pecado nada podia sobre vos, porque la costumbre os le habia hecho familiar. Si el temor de los castigos de la otra vida os sorprehendia alguna vez, era bien presto disipado con el gozo de los bienes de ésta, y aun puede ser que hayais dicho alguna vez con el impío (*Eccles.* 5.): yo he pecado; y qué mal me ha venido de esto? No habia otro medio para poder hacer en vos de una alma criminal, una alma penitente, que el de la tribulacion, y Dios os la ha enviado por su infinita misericordia.

Pues qué, sereis vos, hermano mio, bastante duro para no aprovecharos de este tiempo de salud? Mirad que Dios, por irritado que esté, no por eso es implacable, y que si es un Juez severo y terrible, tambien es un padre que abraza con gusto á un hijo rebelde, que se reconoce culpable, y viene á llorar

sus extravíos entre los brazos de su padre. Ah! temed, y temblad no seais hecho á sus ojos uno de aquellos objetos de horror y de execracion, para los que tiene reservados su cólera suplicios espantosos y eternos, tanto mas merecido, quanto ès infinita la paciencia que ha exercido con vos, que semejante á la insensible Jerusalén, que no quiso aprovecharse del tiempo en que su Dios la visitó, no seais por último entregado, como ella, á los crueles y desapiadados enemigos, que desde largo tiempo no respiran sino vuestra pérdida, ó que semejante á Faraon, endurecido á pesar de las amenazas del Profeta, y de las plagas con que Dios le castigó, no os traguen los abismos en el tiempo y á la hora en que vos ménos lo penseis.

O Dios mio! qué estado tan lastimoso el de aquellos pecadores, á quienes la adversidad ni alumbra el entendimiento, ni muda el corazon! Padecen sin algun mérito, y sin al-

gun consuelo. Dan principio á su condenacion en este mundo con las mismas penas que padecen, y son infelices en esta vida para serlo aun mas en la otra. Pero cuán grande es mi dicha de no haber sido indócil como ellos! Era necesario para mí este tiempo de enfermedad larga y dolorosa, este tiempo de reputacion herida, y este tiempo de abandono de parte de las criaturas, para que vuestra gracia consiguiese en fin su efecto.

Bendigo mis aflicciones, que de esclavo del pecado me han facilitado la conquista de vuestra gracia: las adoro, segun el pensamiento de un Padre de la Iglesia, como otros tantos Sacramentos: *Adoro tormenta tanquam Sacramenta.* No es la materia de que se sirve en los Sacramentos la que me los hace dignos de veneracion, sino la excelencia de los bienes que me confieren; ni tampoco los trabajos de esta vida en sí mismos son los que me obligan á que

yo los reciba con estimacion y alegría: ay de mí! Señor, nada tienen que no sea desabrido, sino el fruto que han producido en mí. Despues de haber errado mucho tiempo en el camino largo de la iniquidad, he vuelto á entrar al reflexo de vuestra luz en el camino estrecho de la salud, por el que caminaré, segun espero, hasta el último instante de mi vida.

DIA CATORCE.

Ubi sunt Dei eorum, in quibus habebant fiduciam?... Surgant, & opitulentur vobis, & in necessitate vos protegant. Videte quod ego sim solus. Deuter. 32.

Jugum enim meum suave est, & onus meum leve. Matth. 11.

En dónde están los Dioses, en que habian colocado toda su confianza? Que se levanten, y vengan á vuestro socorro, y que os protejan en vuestras necesidades. Re-

conoced que yo soy el solo Dios. Mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

Muchos motivos me han obligado á abandonar el servicio del mundo para entrar en el servicio de Dios, sobre todo sus perfecciones y sus beneficios; pero lo que no ha contribuido poco á producir este efecto dichoso, ha sido la reflexion que he hecho sobre la diferencia que hay entre la conducta que observa Dios, y la que observa el mundo con sus servidores quando están en el sufrimiento.

Qué socorros me daba el mundo cuando yo le servia, si me hallaba en alguna afliccion? Desde el mismo instante en que ya no podia contribuir mas á sus placeres, olvidaba todos mis servicios. Si alguna vez tomaba mi defensa contra la injusticia, era únicamente miéntras encontraba algun interes en esto; pero si entreveía que él corria algun pe-

ligro, era de cobre y bronce para mí. Ni un solo sentimiento de gratitud le movia á hablar en mi favor; y yo mismo le he visto mil veces, añadiendo la injusticia á la ingratitud, y hablando contra sus mismos pensamientos, tomar el partido de mis acusadores.

En los primeros dias de una enfermedad, el mundo, á quien habeis servido con tanto ardor, y que bajo el pretexto de amaros, busca mas su propio provecho que vuestra amistad, parecerá, solo por cumplir con lo que se llama deber de buena crianza, que toma alguna parte en vuestra situacion. Pero se aumenta el mal? es de mucha duracion? Cesaron todas sus atenciones, ya no sois mirado sino como un hombre que no merece ni aun que se piense en él: los tiempos se han mudado. Es acaso uno digno de atencion, quando se encuentra en un estado en que ya no inspira sino compasion y lástima? Un hombre era el

favorito en todas las asambleas y diversiones del mundo; pero acaba de desgraciarse su fortuna: los amigos que el mundo le habia procurado, se retiran de miedo de escuchar sus gemidos, que claman por una mano socorredora. Estarán quizá en una partida de diversion á la hora misma en que su antiguo amigo agoviado con el peso de su enfermedad exhalará el último aliento. Qué señor el mundo tan digno de ser servido! Puede darse otro mas duro? Que se adoren al presente las divinidades de este mundo engañador y pérfido, que se ponga en ellas toda la confianza: divinidades sin inteligencia para comprehender, sin razon para sentir, y que no tienen manos sino para lanzar rayos sobre los que lo han sacrificado todo por agradarle.

Pero vos, Señor, nunca teneis mas atencion y bondad por vuestros servidores y vuestros amigos, que quando están en la afliccion. Vos so-

lo sois un amigo muy tierno para sufrir por largo tiempo las quejas de un desdichado. De ninguna manera le dexais vos de socorrer y de consolar. Siempre estais á su lado en la tribulacion, dice vuestro Profeta (*Psalm.* 90.), ó para facilitarle recursos en sus necesidades, ó para hacer brillar á sus ojos la luz despues de las tinieblas; pronto siempre para recibir sus lágrimas en vuestro seno, y para derramar consuelos sobre su corazon, al mismo tiempo que su cuerpo está mas abatido por el dolor.

Yo padezco, decia uno de vuestros mas grandes siervos: *Patior* (2. *Timot.* 1.); pero yo estoy contento en mis sufrimientos: *Sed non confundor.* Las penas que padezco por el amor de mi Dios están escritas en el libro de la vida, y van haciendo un fondo, que fructifica entre sus manos: *Scio cui credidi.* Qué pueden temer vuestros amigos en medio de los mas grandes peligros? Vos,

Señor, les habeis confiado al cuidado de vuestros ángeles (*Psalm.* 90.), á los que les habeis ordenado, que les acompañen y guarden por todas partes. Servidores de Dios, mantenéos firmes en la tempestad mas violenta, que Jesus está sobre las aguas con vosotros!

O Señor divino! Vos sí que mereceis por vos mismo ser servido, porque vos sois el poder, la sabiduría, la equidad, y la bondad misma. Pero como vos nunca dais á conocer mejor á vuestros siervos que sois poderoso y sábio, equitativo y bueno, que cuando están en la afliccion, por esto mismo nunca se hallan mas contentos que quando están cerca de vos. Por lo que á mí toca, Señor, á exemplo del Profeta Rey, á quien probasteis por medio de tantas adversidades, me confieso á vuestros pies, y en presencia de vuestros ángeles. O, quién pudiera ser oido de todos los hombres! Sí (*Psalm.* 83.), un solo dia en vues-

tra casa es para mí mas dulce; infinitamente mas dulce que mil que pase en otra parte. Mas quiero estar obscuro y despreciado en la casa de mi Dios, que ser honrado y distinguido entre los pecadores.

DIA QUINCE.

Ecce peccatores, & abundantes in hoc sæculo obtinuerunt divitias. Ps. 72.
Dejecisti eos dum allevarentur... subito defecerunt... velut somnium. Ibid.

Ved cómo los pecadores viven en este mundo en la abundancia, y poseen grandes bienes!
O Señor! quanto mas pensaban elevarse, mas trabajábais vos en su propia ruina. Su fortuna desaparecerá de repente, y pasará como un sueño.

Es necesario confesarlo: muchas veces he sido sorprehendido al ver tanto número de pecadores en la prosperidad, miéntras que miraba

por otra parte tantos justos que pasaban su vida en los trabajos. Decia yo con el Profeta (*Psalm.* 72.), que pareció tambien admirarse de esto mismo en uno de sus cánticos, aunque, como se advierte despues, únicamente se propuso nuestra instruccion: en vano es que yo purifique mi corazon, y no tenga trato ni comercio sino con almas inocentes. Pero me retractaba en el instante, y me decia con el mismo Profeta (*Ibid.*): Haria una injuria á los que sirven á Dios, si hablase de esta suerte. Adoremos los ocultos designios de la Providencia, que en vano me lisongearia yo poderlos penetrar por sola mi reflexion. Básteme, para que mi admiracion cese, el concebir quál será el fin de los pecadores: esta fortuna, que parece tan estable y permanente, caerá en el momento en que ménos lo piensen, pasará como un sueño (*Ibid.*); y entónces á qué punto de desolacion no los veré yo reducidos? Su humillacion será propor-

cionada á la elevacion de que disfrutan al presente.

Jeremías, manifestándonos la flaqueza de la razon humana, hace tambien la pregunta que es tan natural á todos los hombres. Por qué, dice él (*Jerem.* 12.), los malos gozan de tanta prosperidad en su vida, y los que violan la ley de Dios son felices? Pero en seguida los mira el Profeta como víctimas, que se engordan y preparan para el dia en que deben ser degolladas. La abundancia en que viven les mantiene el luxo, y los homenages que reciben sostienen su orgullo; pero viene la muerte de improviso, se abre el infierno y los sepulta, sin que tengan tiempo para reconocerse.

San Gregorio (*Moral. lib.* 4. 6. *c.* 4.) los compara á un hombre que pasa por unos bellos prados, cuando le conducen á un espantoso calabozo: las prosperidades temporales pasarán á ser desdichas eternas. Y este mismo Santo (*Ibid. lib.* 16. *cap.* 9.)

compara al Señor que niega á los buenos los bienes de la tierra, miéntras que los concede abundantemente á los malos, á un médico que nada rehusa á los enfermos desesperados, pero que niega constantemente á los otros todo lo que les puede ser dañoso. Hijo mio, decia Abraham al Rico avariento (*Luc.* 6.), acordaos de que fuiste colmado de bienes durante vuestra vida, miéntras que Lázaro no tuvo sino males, y pasó su vida llena de trabajos. Esta es la razon por qué este vive hoy en el consuelo y alegría, y vos en los tormentos.

Guardaos, pues, dice el Espíritu Santo á los que viven en la mediocridad ó en la indigencia, guardaos de murmurar contra la Providencia, ó de envidiar la suerte del pecador, que veis prosperar en sus proyectos: dentro de un momento quizá no existirá ya mas este pecador, que se os presenta tan colmado de bienes y de gloria: se buscará el lugar en que estaba, sin poder hallar ni aun un ras-

tro de él. Pero al contrario, los que hubieren visto la prosperidad del pecado, sin quejarse y sin envidiar su suerte, poseerán la tierra que Dios les tiene preparada por herencia, y gustarán las dulzuras de una larga paz: *Hereditabunt terram, & delectabuntur in multitudine pacis.*

Debo, pues, bendecir á Dios, porque me ha puesto en un estado que no puede llamarse infeliz si no á los ojos del mundo. De quántos peligros no me habré librado? En vano, si yo estuviera en la prosperidad, formaria muchas veces resoluciones de ser fiel á mi Dios hasta la muerte. Ay de mí! poco á poco caeria en la relaxacion. Es muy raro, dice San Bernardo (*de Consid. lib.* 2. *cap.* 12.), hallar justos que sean constantes en su fidelidad, y que no vengan á parar en una vida tibia y delicada quando viven en la abundancia: sin que ellos mismos lo perciban, su alma se evapora y se derrite, digámoslo así, insensiblemente,

como la cera cerca del fuego, ó como la nieve á los rayos del sol. Qué deberian ser á sus ojos los diferentes bienes de que gozasen? Lo que los bienes de una posada; en donde no se está sino de paso: si se deleitan y ocupan con ellos, olvidan poco á poco el camino que tienen que hacer: deberian mirarlos como otros tantos pasos, que no sirven sino de hacer mas dificil y mas lenta la jornada que tienen que andar. No obstante, si no se usa de mucha vigilancia y cautela, se desea llevar un peso que al fin pueda venir á oprimirle. Salomon fue por mucho tiempo el mas sábio y el mas feliz de todos los mortales. Quizá no hubiera llegado el caso de darnos en su persona el exemplo mas horroroso de los riesgos de la prosperidad, si hubiese sido bastante feliz en juzgarse digno de padecer.

O Dios mio! Por qué he de ser yo zeloso de la dicha de los pecadores, quando es tan frágil, quando

tantos accidentes imprevistos pueden destruirla, y pasa en un momento! Si se dan al cuerpo comodidades y regalos, quántas penas no se ocasionan al espíritu? Penas sin mérito alguno delante de Vos, y que merecen vuestra reprobacion. La pasion que se tiene por estos bienes que hacen felices, se aumenta á medida que se lisonjea; y toda pasion viene por fin á causar el tormento de aquel que es su esclavo. Qué dicha es la de aquel que se apega á lo que se debe dexar bien presto, y que le hace olvidar el fin principal para que ha sido criado?

El estado de afliccion en que yo estoy no es por ventura mas digno de preferencia? Sí, Dios mio. Me sirve para desprenderme de la tierra, para mantenerme en la fidelidad que os debo, y para elevar mis pensamientos al Cielo, para el que Vos me habeis criado. A quién buscaré yo en medio de mi afliccion (*Psal.* 38.)? Quién podrá ser mi esperanza sino

es Vos? No, jamás hubo sed que fuese tan ardiente como los movimientos que me llevan á Vos (*Psalm.* 41.). O Dios! que sois el autor de mis penas, porque quereis serlo tambien de mi salud: ó Dios! que sois en medio de mis trabajos mi vida y toda mi fortaleza.

DIA DIEZ Y SEIS.

Multæ tribulationes justorum. Ps. 33.
Abraham... per multas tribulationes probatus, amicus Dei efectus est. Sic Isac, sic Jacob, sic Moyses, & omnes, qui placuerunt Deo, per multas tribulationes transierunt. Judith. 8.

Muchas son las tribulaciones que los justos padecen.
Abrahan fué probado por muchas tribulaciones ántes de ser amigo de Dios. Lo mismo Isac, Jacob, Moysés, y en una palabra, todos los que han sido agradables á

los ojos de Dios, han tenido ántes muchas adversidades que sufrir.

La historia santa y los anales de la Iglesia me hacen ver que no ha habido ni una sola alma justa á la que Dios no haya probado al fuego de la tribulacion. Qué santidad mas eminente despues de la de Jesus, que la de su Madre Santísima? Sin embargo, con qué cuchillo de dolor no fue traspasada su alma durante su vida, y sobre todo en la muerte de su Hijo? Jesuchristo decia, que el Bautista era el mas grande de los hijos de los hombres, y este Santo tuvo que padecer, y al fin murió en medio de los hierros (*Matth.* 11.). Ninguno ha habido de los Profetas que no haya sufrido muchas persecuciones. El mundo se regocijaba miéntras que los Apóstoles, como el Salvador se lo habia predicho (*Joann.* 16.), estaban en la tristeza. El Apóstol de las Gentes hace en su

segunda carta á los de Corintio una larga y lastimosa relacion de todos los trabajos que habia padecido.

Quando discurro por todo lo que se ha escrito de la vida de los Santos, los veo por todas partes, ó heridos por los tiros de la injusticia y de la calumnia, ú oprimidos con el peso de sus enfermedades, ó asaltados por las mas violentas tentaciones: al mismo tiempo advierto, que quando la historia de la vida y acciones de algun Santo tiene mas extension que las de los otros, consiste regularmente en que ha sido necesario que el historiador refiera mayor número de victorias que este Santo ha conseguido sobre sí mismo y sobre las pasiones de los hombres: no debo pues admirarme de que Dios me envie tantas aflicciones. Desearé yo que me trate de una manera diferente que á su Madre, á sus Profetas, á sus Apóstoles y á sus amigos? Yo no soy un santo, y Dios me envia aflicciones para

que lo sea : y si ya he llegado á algun grado de santidad, me las envia para que me perfeccione mas y mas.

En el estado de afliccion en que me veo, me parece algunas veces que ningun hombre se ha visto en semejante situacion ; pero no tengo para cobrar aliento sino traer á la memoria quanto puedo haber visto de semejante en las vidas de los Santos, porque en esto, así como en todas las demas cosas, nada hay de nuevo debaxo del Sol, y de que no se puedan traer exemplos.

Job pasó desde un palacio á un muladar, y fue cubierto de llagas desde los pies hasta la cabeza: San Clemente de Ancira sufrió un martirio de diez y ocho años: Santa Clara fue afligida con enfermedades durante veinte y dos años, y San Francisco de Asis por espacio de veinte y cinco : Santa Lidavina permaneció sobre una cama treinta y ocho años, y San Ser-

vulo estuvo paralítico toda su vida.

Jacob tuvo mucho que sufrir con las disensiones que hubo entre sus hijos. La calumnia arrojó á Joseph á un calabozo: David fue destronado por su própio hijo: Elías fue perseguido violentamente por Jezabel: San Atanásio perseguido por los Arrianos, fue obligado á huir á diversos lugares, y permaneció oculto por espacio de quatro meses dentro del sepulcro de su padre: Santa Isabel de Turingia fue echada de su palacio, despojada de todos sus bienes y cargada de ultrages: Santa Catalina de Génova se vió desamparada de aquellos mismos que la eran mas precisos para las necesidades de su alma.

Tentaciones contra la pureza obligaron á San Benito á arrojarse en las espinas, y á San Francisco de Asis á revolcarse sobre la nieve. El mismo San Pablo, por mas que fuese el Grande Apostol, no estuvo exento de ellas, como lo refier-

en una de sus cartas: San Francisco de Sales fue tentado de desesperacion con respecto á su salvacion: San Ignacio de Loyola y Santa Juana Francisca de Chantal experimentaron todo el rigor de las penas que traen consigo los escrúpulos: San Gerónimo y San Bernardo hablan de los combates que tenian que sufrir contra las distracciones en sus exercicios de piedad; y Santa Teresa estuvo por espacio de diez y ocho años en los desiertos mas áridos de la vida interior.

Vuestros Santos, ó Dios mio! tenian los mismos trabajos, las mismas enfermedades, y las mismas tentaciones que yo; pero ellos se aprovechaban mejor que yo de los socorros que vos dispensais siempre á las almas afligidas. Ellos adquirian todos los dias por su paciencia y por su sumision nuevos méritos sobre su cruz; y yo quizá me condeno cada dia mas sobre la mia. No lo permitais, Señor: os lo pido por

sus méritos y su intercesion : no permitais que yo venga á perderme en un camino que les ha conducido al término feliz de los escogidos. Haced por vuestra gracia que mi conducta en medio de mis penas participe alguna cosa de la maravilla de aquella zarza ardiendo, que no se consumia, y de los tres niños de Israél, que no fueron ofendidos de las llamas del horno, ni cesaron de cantar vuestras alabanzas. No os pido, Señor, que me concedais el don de profecía, ni el don de los milagros que habeis concedido á alguno de vuestros Santos, sino que me deis así como á ellos el don de paciencia, el don de sumision, pues me concedereis en esto mas que si me diereis el de resucitar los muertos.

DIA DIEZ Y SIETE.

Non contristabit justum quidquid ei acciderit. Prov. 12.

Lætati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala. Psalm. 89.

El justo no será afligido por mas desgracias que le sucedan.

Los dias, Señor, de nuestra humillacion, y aquellos en que nos habeis enviado adversidades, han sido para nosotros dias de júbilo y alegria.

Si mi corazon estuviere penetrado de una fe bastante viva, no solamente encontraria bien presto consuelo en mis aflicciones, sino que aun las sufriria con alegria. La historia de la vida de los Santos nos ha hecho ver que los sufrimientos parecian tener para ellos un gus-

to delicioso. A ellos les sucedia como á nosotros, y aun quizá mas, accidentes desgraciados, y no obstante esto llevaban siempre la alegría en su corazon y pintada sobre la frente, como si todos los dias hubieran sido para ellos dias de fiesta y de regocijo. Esto es lo que particularmente se notó en un San Martin, en San Antonio, en San Francisco y en Santo Domingo. Se puede juzgar del placer que encontraban en padecer y sufrir por algunas de sus palabras y de sus acciones.

Yo veo en los Salmos á un Profeta que gime baxo el peso de sus adversidades; pero que parece no hablar de ellas sino para enseñar á los que están como él, en el sufrimiento á alabar á Dios, y á bendecirle como él. Tobías en su falta de vista no se entristeció jamás, dice la Escritura (*Tob.* 2.), ni murmuró contra su Dios, sino que permaneció firme y constante en el temor del Señor, dándole gracias todos los

dias de su vida. San Andres llegó á percibir la cruz en que debia ser crucificado, y exclamó al instante con el mayor exceso de alegría: O cruz! mi esperanza y mi amor: *O bona crux*! quánto tiempo hace que no he deseado otra cosa en esta vida que á vos! *diù desiderata.* Os he buscado con ardor y sin cesar en la Judea, y entre las naciones mas bárbaras, *sine intermissione quæsita.* Pero al fin ya se cumplieron mis deseos, y tendré la dicha de morir en vuestros brazos, *& aliquando cupienti animo præparata.*

San Ignacio, Obispo de Antioquía, estando al punto de partir de Siria para ir á Roma, en donde debia ser expuesto á las bestias en el anfiteatro, escribia á los Romanos: Dios quiere que yo sea el despojo de las bestias que me tienen preparadas, y que las encuentre llenas de furor contra mí: yo las provocaré para que me despedacen quanto ántes, y no me traten como á algunos

Mártires, á quienes no se atrevieron á tocar: si rehusaren devorarme, yo las sabré obligar, irritándolas yo mismo. Qué importa que los fuegos, las cruces, las bestias, las fatigas, los tormentos, la pérdida de mis miembros; los suplicios mas crueles, en fin, que todo lo que sea mas capaz de saciar la rabia de los demonios venga á cargar sobre mí! Con tal que yo goze de Jesucristo, me tengo mil veces por mas dichoso muriendo por él, que reynando sobre el mundo entero. Ojalá que yo lo pierda todo por poseer este único tesoro de mi alma!

La primera palabra que salió de la boca de San Cipriano quando oyó pronunciar el decreto de su muerte fue la que emplea frecuentemente la Iglesia en sus oficios: *Deo gratias*, demos gracias á Dios; y dió una suma de dinero al verdugo que le debia cortar la cabeza. El Venerable Beda cantaba en el tiempo de sus mas vivos dolores el cántico de

alabanzas de que usa la Iglesia al fin de cada Salmo. San Roman, despedazado con garfios de hierro y cubierto de llagas, daba gracias á Dios de que se hallaba en un estado en que podia alabarle, segun él decia, por un grande número de bocas.

El Salvador preguntó á San Juan de la Cruz, que qué recompensa deseaba por todas las penas que padecia en su servicio; y el Santo le respondió: Señor, ser despreciado, y padecer por vuestro amor: *Pati & contemni pro te.* Dios derrama sus consuelos en el alma del Apóstol de las Indias, y este Apóstol le conjura para que detenga su curso: *Satis est, Domine.* Pero hallándose en medio de los trabajos y oprobios exclamó: Ah! Mas, aun mas, Señor: *Amplius, Domine.*

Una vida sin sufrimiento hubiera sido para Santa Teresa un suplicio: O padecer ó morir, decia esta Santa: *Aut pati, aut mori.* Santa Magdalena de Pacis pedia á Dios

que si dilataba sus dias, dilatase tambien sus trabajos y su martirio: *Non mori, sed pati.* Tres suertes de tormentos fueron puestos á la vista de la bienaventurada Margarita de Saboya, para que escogiese entre ellos; pero no se contentó hasta que se la concedió la gracia de padecerlos todos. Tambien á Santa Catalina de Sena se la dió á escoger entre una corona de oro, y otra corona de espinas; pero inmediatamente fue ésta el objeto de sus deseos.

Ninguno hay sino vos, ó Jesus mio! que así pueda hacer hallar dulzuras, en donde nosotros no vemos sino amarguras y trabajos. Vos mismo habeis dicho que vuestro yugo es dulce, y es preciso que así sea, pues que en vuestro servicio quanto mas se sufre mas se quiere sufrir. Desde que por el mas admirable de todos los prodigios os hicisteis vos el hombre de dolores, y manifestasteis tanto placer en sufrir por los hombres, los trabajos han mudado

de naturaleza, y han llegado á ser placeres divinos. Quando un corazon está bien abrasado de vuestro amor, este corazon suspira, no por las penas que padece, sino por el deseo de que se le aumenten mas y mas. No hay sino vos, como decia San Luis en medio de los hierros, que seais un Señor bastante grande para haceros amar y bendecir, quando los otros señores se hacen temer y respetar. O Señor divino! Yo os seguiré por todas partes (*Matth.* 8.: si, yo lo espero; es necesario ir con vos al calvario. Qué tengo que desear en el Cielo, ni qué hay que pueda buscar sobre la tierra sino á vos (*Psalm.* 72.)? Vos sois el Dios de mi corazon, y mi herencia para siempre.

DIA DIEZ Y OCHO.

Omne gaudium existimate, fratres, cum in tentationes varias incideritis. Jacob. 1.

Ibant gaudentes à conspectu consilii,

quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. Act. 5.

Estad persuadidos, hermanos mios, de que teneis todo motivo de alegría y regocijo, cuando seais probados por diferentes modos.

Quando salieron los Apóstoles de la asamblea de los Judíos iban llenos de alegría por haber sido dignos de padecer por el nombre de Jesus.

Tenia yo alguna dificultad en comprehender lo que se me dice de la alegría que experimentaban los Santos en sus sufrimientos. Quando se me hace ver á los Apóstoles que salen de la asamblea de los Judíos como en triunfo, porque han tenido ultrages que padecer por el nombre de Jesus; quando se me hace entender que San Procopio dixo á sus verdugos, que nada habia para él tan agradable como los tormentos que padecia: *Quid jucundius quam pati propter Christum?* Y que los Santos

hermanos Marco y Marcelino exclamaron, que los suplicios eran para ellos un convite delicioso: *Nunquam tam jucunde epulati sumus*. Paréceme que se me habla de una cosa que es enteramente sobre mí, y de que soy absolutamente incapaz. Pero ya comprendo hoy de donde viene mi error: nace sin duda de que yo confundo esta alegría de que gozaban los Santos en medio de sus tormentos con una alegría natural y toda humana.

Pero no, esta alegría no puede tener nada de humana y de natural, porque somos demasiado enemigos del dolor. Es sin duda de la misma naturaleza que la que resulta del perdon de las injurias. Quando Dios nos manda que amemos á aquellos que nos han heeho algun insulto ó algun ultrage, no exîge de nosotros que sea con un amor de ternura y de confianza tal como el que tendriamos por un amigo, sino que nos habla de un amor sobrenatural, que solo por consideracion á Dios nos

empeña, á pesar de nuestra repugnancia natural á rogar por él, y á socorrerle en sus necesidades. Del mismo modo, cuando se me dice debo regocijarme en mis sufrimientos, no se habla de una alegría como la que yo tendria en un estado de prosperidad: no se trata de que reciba una noticia agradable, ni de que yo vea despojarme de mis bienes con la misma satisfaccion que si se me diese una rica herencia: se me habla, sí, de una alegría sobrenatural, como el placer que concibe una alma cristiana afligida, que reflexîonando sobre las ventajas y beneficios que le proporciona el estado de afliccion en que se halla, y despues de haber llegado á conocer todo su precio, no quisiera, aun quando estuviese en su mano, mudar de situacion. Esta alma está como hechizada de ver que por sus sufrimientos la voluntad de Dios se cumple en ella, que en lo mismo que padece halla muchos medios de ex-

piar sus culpas, de dar á Dios un testimonio de su fidelidad y de su amor, y de adquirir virtudes para el Cielo; y finalmente, que los mismos trabajos que padece, apartándola del mundo y de las ocasiones de pecar, la mantienen en la gracia y amistad de su Dios.

Nos es tan natural amar las riquezas, la salud y los honores. como lo es á un arroyo el seguir su corriente; pero el amor á los sufrimientos jamás fue un sentimiento de la naturaleza. Estos dos términos se oponen entre sí. Sea yo pues dócil en medio de la afliccion á la gracia del Señor: entre yo en los sentimientos de resignacion y paciencia que ella misma me inspira, que entonces, entónces hallaré delicias, como dice Isaias (*Isaiæ* 51.), en la soledad mas espantosa, y cantaré allí cánticos de alabanzas. El placer que yo hallaré en padecer y sufrir no estará en los sentidos, que temen por el contrario todo lo que les es violen-

to, sino que estará en otra cosa que sea superior á ellos mismos; estará, sí, en mi voluntad sometida á la voluntad de Dios; en mi corazon, que participará en alguna manera del placer que Dios recibe en verme sufrir por su amor; en mi entendimiento, que reflexîonará sobre la dicha de estar unido á la cruz con Jesus, que ha prometido dar parte en sus consuelos á los que la hayan tenido en sus oprobrios. Será este un placer, una alegría y una paz, que solo el Espíritu Santo puede darla como dice San Pablo: *Pax & gaudium in Spiritu Sancto* (*Rom.* 14); y que él mismo gustaba en todos sus sufrimientos. De tal modo son superiores mis trabajos á mis propias fuerzas, escribia á los de Corinto, que la vida me sirve de horror; pero no obstante, á pesar de todo esto, les añadia, estoy en un extremo de alegría: *Superabundo gaudio in omni tribulatione* (*Ibid.* 7.)

O Dios Todopoderoso, que obrais

todos los dias prodigios en el órden de la naturaleza, y que no los haceis ménos grandes en el órden de la gracia! Vos sois el que nos haceis amable el yugo mas duro, y ligera la carga mas pesada. Vuestros Santos nunca estaban mas afligidos que quando miraban sus trabajos al punto de acabarse; nó porque en ellos, así como en mí, no padeciese la parte inferior en medio de la tribulacion, sino porque en ellos, mucho mejor que en mí, la parte superior iluminada con las luces de la fe, se regocijaba y triunfaba. Este es el efecto de vuestra gracia, con cuyo socorro, segun la expresion de vuestros libros santos, se saca miel aun de las mismas piedras (*Deuteron.* 32.), y aceyte de la roca mas dura. Yo os pido, Señor, con instancia estas luces y estos socorros que vos dispensais á vuestros siervos afligidos; producirán en mí, á pesar de la sensibilidad y repugnancia natural, una paz, que es sobre

todo lo que se puede pensar: esta paz que deseaba el Apóstol á los Filipenses (*Philip.* 4.), y que es, segun les decia, en los mas grandes males la defensa del corazon y del espíritu.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Quia aceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te. Tob. 12.
Nam virtus in infirmitate perficitur. 2. Cor. 12.

Porque fuisteis agradable á Dios, fué necesario probaros por medio de la tentacion.
La virtud se perfecciona en la enfermedad.

Tobias era un hombre justo, que se dedicó á la práctica de las buenas obras. Por esto se hizo cada dia mas digno de las gracias del Señor, y fueron muchas las que recibió; pero entre ellas fué una muy particular, que sin duda no esperaba. Dios permitió que perdiera la vista, y aunque á los ojos de los

hombres era este un grande trabajo, sin embargo en esta afliccion le concedió Dios una grande y muy particular gracia, pues como despues le manifestó el Angel que le curó, no le hubiera venido aquel trabajo si no hubiese sido agradable á los ojos de Dios. El Angel le queria dar á entender en esto, que si hubiera sido ménos virtuoso, no le hubiera Dios puesto en aquella ocasion de serlo mas; porque es necesario padecer una grande adversidad para llegar á ser perfecto, y que no era bastante que sirviese á Dios en el exercicio de las virtudes que se practican comunmente, sino que el Señor habia querido recibir pruebas aun mas fuertes de su fidelidad y de su amor en el exercicio de las virtudes que se practican en medio de la afliccion.

No es pues necesario que yo espere ser libre de las enfermedades, de los trabajos, ni de las diferentes desgracias que se padecen en esta vida, porque me he dedicado síncera y

cordialmente al servicio de Dios. El esperarlo seria no comprehender la conducta de Dios sobre sus elogios. En los principios de una conversion disimula el Señor nuestra flaqueza, y cuida de nosotros. Como hijos tiernos recien nacidos en la virtud, *modo geniti infantes*, tenemos necesidad de la leche del consuelo, y nos la da; pero con el tiempo necesitamos de un alimento del todo diferente, sin el que quedariamos débiles y enfermos. A mí me ha dado del alimento que da á sus amigos, y del que tengo una idea en la hiel que fué presentada á Jesus sobre el calvario. Me hace beber en este torrente de aflicciones, en donde el modelo de los afligidos ha bebido largos tragos ántes de subir á su gloria. Por lo mismo asegurémonos y consolémonos en medio de tantos combates á que nos tenemos que entregar por la virtud, y tomemos aliento baxo el peso de tantas cruces como llevamos, pensando que es ne-

cesario que Dios tenga sobre nosotros grandes designios de santificacion.

En la flaqueza, decia el Apóstol, es decir, en las penas y adversidades es en donde se fortalece y perfecciona la virtud. El mismo, despues de habernos hablado de las miserias, de los oprobios, de las persecuciones, y de las penas extremadas que padecia por Jesu-Christo, añade: cuando estoy mas flaco, entonces es quando soy mas fuerte: *Cum infirmo, tum potens sum* (2. *Cor.* 12). Os lo digo sin temor de engañarme, escribia San Gregorio á una persona virtuosa (*lib.* 6. *ep.* 27.), si Dios os ahorra las persecuciones, no podreis lisonjearos de tener una gran virtud: *Ego fidenter dico, quia minus piè vivis, si minus persecutionem patieris.*

No obstante que la Escritura nos advierte que debemos disponernos para sufrir desde el mismo instante en que nos dediquemos seriamente al servicio de Dios, he oido

muchas veces decir á algunos, que han conocido á muchas personas muy virtuosas que vivian en la mayor tranquilidad, y aun en la abundancia, estimados por todas partes, y á quienes todo prosperaba; pero estas personas no eran sin duda bien conocidas de los que hablaban de esta suerte, porque los calabozos, las atroces calumnias, y los sangrientos ultrages no son necesariamente la herencia de las almas santas, sino que basta que Dios de una manera ú otra les haga llevar su cruz. Qué importa que muchas veces se presente el exterior de una gran calma, si al mismo tiempo suele padecer el interior una gran borrasca? El cuerpo que disfruta una salud robusta encierra muchas veces el entendimiento mas turbado, y el corazon mas llagado. Si las aflicciones no vienen de parte de los elementos, vendrán de parte de los hombres, y en defecto de esto los espíritus tentadores harán derramar muchas lágri-

mas. Todos los violentos combates que se padecen en el camino de la virtud no siempre se ven ni se saben; lo que sí es cierto, segun la doctrina de los Santos, fundada en su propia experiencia, y como dice el Autor de la imitacion de Jesu-Cristo (*lib.* 3. *cap.* 3.), que Dios es un Señor que no dexa un punto de reposo á los que le sirven, y que los prueba fuertemente: *Fortis probator omnium devotorum.* De aquí es, que estos cristianos, aunque por otra parte muy sabios y de una conducta regular, pero que no conocen sino aquellos cortos trabajos y enfermedades, que son como inseparables de la humanidad, y que, como dice San Agustin, reposan llenos de tranquilidad y sosiego en el seno de su familia, disfrutando agradablemente aquello mismo que han adquirido, *in œdificio suo*, *in prædiolo suo*, no pasan los límites de una virtud comun; virtud que en las circunstancias críticas y delica-

das, puede con facilidad relaxarse.

En efecto, advertia yo, ó Jesus y Salvador mio! á pocos dias de haberme vos clavado á vuestra cruz, que el mundo comenzaba á ser crucificado para mí, y que yo comenzaba á serlo para el mundo. Practicaba de una manera diferentes las virtudes que deben distinguir á vuestros ojos á un verdadero cristiano. Las aguas de la adversidad han hecho poco á poco con mi alma lo mismo que hicieron las aguas del diluvio con vuestra arca. La han elevado sobre todo lo que hay sobre la tierra: *Elevaverunt arcam in sublime à terra* (*Gen.* 7.) Este amor puro de que se me hablaba, y que yo miraba ántes de mis aflicciones como una montaña inaccesible, se presenta cada dia mas fácil delante de mi vista. Ay de mí Señor! que yo no llegaré á poseerlo enteramente sino en el Cielo. Pero gracias á las adversidades que vos me habeis enviado, y que hacen á mi alma cada

dia mas libre y desprendida de ías cosas de esta vida, yo estoy en el verdadero camino que me conduce á él. Pueda yo con vuestros socorro, que imploro, llegar á conseguirlo en esta vida del modo que sea mas posible á mi flaqueza.

DIA VEINTE.

Qui non est tentatus, quid scit? Eccle. 34.
Vexatio intellectum dabit. Isai. 28.

Qué sabe el que no ha sido probado por la tentacion?
La tribulacion iluminará su entendimiento.

Naturalmente me inclino á agradar al mundo y á seguir sus gustos y caprichos: pero de algunos años á esta parte me ha dado á conocer la adversidad en diferentes ocasiones quan poco merece mi estima-

cion y confianza. Ingratitudes de parte de un amigo, que me ha faltado en mis necesidades; una enfermedad, durante la qual me he visto abandonado de aquellos mismos que yo creia serme mas aficionados; discursos injuriosos que se han tenido contra mí, y que de ninguna manera merecia; una esperanza lisonjera que se ha disipado de repente por el capricho de aquel mismo que la habia hecho nacer, y que podia facilmente cumplirla; todo esto me ha instruido mejor que los discursos mas patéticos de cómo se debe pensar del mundo, de sus amistades y de sus juicios. Entónces era, sí, bien me acuerdo, cuando estando á mis solas, y reflexionando sobre mis males, exclamaba yo: Qué señor y qué amigo el mundo! Ingrato, injusto, pérfido, quién podrá fiarse de tí? Qué insensato he sido yo de no creer lo que se me decia de tus inconstancias! Era necesaria aun mi experiencia para instruirme! Yo te

abandono, y voy á colocar mi esperanza y mi corazon en otra parte.

Pero á quién he entregado yo este corazon, que por una parte no puede vivir sin afectos, y por otra el mundo es indigno de ellos? Quién, pues, tiene esta confianza que los hombres no merecen? Vos solo, ó Dios mio! os habeis hecho el objeto de mi amor. O Señor amable, amigo síncero, fiel y constante, vos sois todo mi apoyo: únicamente habeis permitido, como me dice San Agustin, que el mundo sea para mí una fuente de males, por separarme de él enteramente, y para que yo no tuviese otro dueño ni otro amigo que vos: *Abundant mala in mundo: ut non ametur mundus* (*Serm.* 80.) Así como la paloma, que no hallando ningun lugar sobre la tierra en donde reposar, buscó su refugio dentro de la arca.

Tambien me ha hecho conocer la adversidad cuan vanos y frágiles son los bienes de este mundo, y que es necesario buscar otros que no me puedan

ser robados. Los bienes de este mundo apegan demasiado á esta vida, y nos impiden el suspirar por el Cielo; Dios que lo ve, y que nos ama, permite que las haciendas queden áridas y estériles, y que las heredades se arruinen ó se usurpen. Las freqüentes pérdidas que se van haciendo de estos bienes disgustan y separan insensiblemente de todo lo que es temporal, y de este modo no se aplica á ellos mas cuidado que aquel que la obligacion exîge: quanto con menos codicia se miren, tanto mas presto se hacen indiferentes, y entonces se levantan los ojos al Cielo, y nos acordamos de que aquella es la única herencia á que somos llamados, y ya no se desea otra cosa que ella.

San Agustin decia á su amigo Romanciano, que habia caido de un alto punto de fortuna y de crédito (*lib. 1. cont. Acad.*): Si estuvieseis aun en estado de dar expectáculos al pueblo; si os hallaseis aun aloxado en sober-

bios palacios; si vuestra mesa fuese siempre magníficamente servida; si todo el mundo os mirase como en otro tiempo como á su Protector; y si aun gozaseis de toda suerte de prosperidades, quién se atreviera á deciros que hay otra vida, y que ella sola puede haceros feliz? Pero las adversidades os han instruido mas perfectamente que todos los hombres lo hubieran podido hacer. Habeis visto por vuestra propia experiencia que los bienes de este mundo son inciertos y sujetos á mil mudanzas, y nosotros podremos servirnos en adelante de vuestro exemplo para persuadir á los demas.

Yo mismo, Señor, he hecho alguna vez esta experiencia que hizo el amigo de San Agustin, quando vivia como él en medio del mundo y de la prosperidad, decia á la verdad muchas veces con Salomon, hablando en general de las cosas de esta vida, que todo era vanidad, *omnia vanitas*; pero solamente la afliccion es la que me

ha hecho formar el mismo júicio de cada cosa en particular, y que me ha obligado á decir sobre cada una: esto no es sino vanidád, *& hoc vanitas est.* Era necesaria una hiel amarga aun mas eficaz que la que abrió los ojos á Tobías para curar la ceguera de mi alma. Dia felíz aquel en que la afliccion, rompiendo mis ídolos delante de mi vista, me dixo como Daniel á los Babilonios: mira y considera si estos objetos son dignos de tus adoraciones. Semejante á Jonás, yo no he pensado eficazmente en llenar vuestros designios hasta que aquel dia, que me parecia mas florido, fué para mí trocado por la tempestad en una obscura noche.

Os doy gracias, Señor, por las instrucciones que me habeis dado por medio de la afliccion, y porque desde que he entrado en vuestro servicio no ha dexado de instruirme. Apenas paso algun dia sin sufrir, unas veces un desprecio que se me ha hecho, y otras un derecho que se me disputa.

Ahora comprehendo cada dia mejor, que es necesario no aficionarse á nada de este mundo: que contar sobre los hombres es apoyarse sobre unas cañas frágiles que hieren al mismo tiempo que se rompen; y que no hay locura igual á la de estos cristianos que prefieren la esclavitud de Babilonia á la santa libertad de que se goza en Jerusalén. O Jerusalén! si yo llegase á olvidarte por entregarme aun á las alegrias perversas del mundo; si yo colocase mi proteccion y mi confianza en otro que en el Dios poderoso y amable á quien tú sirves (*Psalm.* 136.) que mi lengua se junte á mi paladar, y mi mano derecha me quede inútil.

DIA VEINTE Y UNO.

Infirmitas gravis sobriam facit animam. Eccle. 31.

Bonum mihi quia humiliasti me. Ps. 118.

Una enfermedad grave hace al alma sobria.

Señor, quántos bienes me ha procurado el estado de humillacion en que me habeis puesto!

Referia yo un dia mis aflicciones á una persona piadosa que parecia tomar parte en ellas, y que me escuchaba con paciencia; pero habiéndole yo dicho al concluir la relacion, que me parecia que si Dios me hubiese dexado estos bienes, este puesto honroso, esta salud que habia perdido, hubiera hecho mejor uso de estas cosas que otros muchos á quienes Dios se las conserva. Ah! exclamó él entónces, frívolos proyectos de vuestra imaginacion, para ilusion de vuestro entendimiento. El Padre que teneis en los Cielos sabe los verdaderos medios de conservar á sus hijos en la obediencia, y los emplea siempre para su mayor bien, os conoce, y sabe mejor que vos lo que os es útil ó dañoso: ha visto con relacion á las diferentes ventajas que vos deseariais

con vuestras varias inclinaciones, que no serian para vos sino motivos de vuestra mayor ruina, y os ama demasiado para concederoslas. Por medio de estas aflicciones que os envia, y que se suceden unas á otras, previene muchos pecados y vuestra propia pérdida; por lo mismo cuida de separar las causas para evitar los efectos. El único motivo por que deberiais desear los honores, las riquezas y la salud, deberia ser para servirle y agradarle; pero creedme, no es este el uso que vos hariais de ellas.

Yo entonces reflexîoné un poco sobre mi mismo, y comprehendí, exâminando mis inclinaciones y la conducta que habia observado muchas veces, que muy freqüentemente lo que nos parece una dureza de parte de Dios para con nosotros, es, como dice Tertuliano, un particular favor que nos hace: *Quod sævissimum existimas, gratia est.* En efecto, una buena salud me hubiera hecho bien presto olvidar en medio de

las diversiones del mundo, que por fuerte y robusta que fuese, podia en un momento pasar á la sepultura. Tal es la inclinacion que siento por ellas, que me hubiera luego excedido de los límites de la sobriedad y de la moderacion. La autoridad me hubiera hecho poco á poco fiero, inhumano y despreciador de mi próximo. Quando yo estaba en el grado de honor de que he caido, quántos combates no tuve que sufrir contra la vanidad y el orgullo? Quizá por último me hubiera rendido á ellos; y ahora conozco que el estado de humillacion en que estoy ha sido para mí el preservativo del pecado. Pues si con tantos medios de salud como me proporciona la adversidad, si separado como estoy de las ocasiones peligrosas, tengo aun tan poca virtud, y me lleva muchas veces mi inconsideracion hasta poner mi salud en peligro: qué pues seria, si Dios me hubiese dexado en medio de estos lazos, de los que aun la mis-

ma virtud, por mas firme que sea, se libra con tanta dificultad?

Se dice que la penitencia es como una sal que mantiene á una alma en la gracia de Dios, y lo mismo se debe decir del sufrimiento. Si yo fuera felíz segun el mundo, me aficionaría á las cosas de esta vida, y me haria semejante á aquel Pueblo querido que abandonó á Dios su Criador, y se apartó de Dios su Salvador, porque habia sido criado, como díce la Escritura, en la prosperidad: *Impinguatus dereliquit Deum factorem suum, & recessit à Deo salutari suo* (*Deut*, 32.) El sufrimiento mantíene esta servidumbre dichosa á que debemos reducírnos con el Apóstol, para ser algun día glorificados (1. *Cor*. 9.). Por este medio se hace de nuestro cuerpo una hostia viva, que segun el mismo Santo, debemos sin cesar ofrecer á Dios. Una vida de trabajos es una vida de sacrificios, y como debe ser una vida cristiana. Los sacrificios son forzados, es

verdad; pero la sumision los hace voluntarios. Si no estuviésemos en un estado de afliccion, Dios nos dexaria de exîgirlos. Y se los hariamos nosotros? Un hombre á quien consume insensiblemente una fiebre lenta, puede mirar sus riquezas con aficion y apego? En qué viene á parar la ambicion quando se ve abandonada de todos los hombres? Quando la carne está subyugada por el dolor hay menos que temer que se rebele, y quando el espiritu está cercado de pensamientos tristes y sombríos hay menos recelo de que conciba una accion criminal. Los freqüentes y violentos asaltos del espíritu tentador hacen que una alma se mantenga siempre alerta, semejante á una ciudad sitiada por un poderoso enemigo que redobla sus guardas para impedir un asalto.

Los Santos dudaban mucho de mantenerse en la perseverancia quando estaban algun tiempo sin aflicciones, de lo que se quejaban tiernamen

te á Dios. O Dios mio! exclamaba, como dice Rufino, un virtuoso Eremita (*in vita PP.*), qué desgraciado que soy! un año que hace que no sé lo que es enfermedad; será acaso porque me habreis abandonado? Sabian que la santidad no se acomoda con una gran salud y una gran prosperidad, y que los trabajos ponen á la alma á cubierto de las tempestades que causan las pasiones. Este hombre, dice San Agustin; es un malvado en la salud, y seria un santo en la enfermedad: *Sceleratè sanu est, sanctius ægrotaret.* Un ciego rogaba á San Ubaldo, que le restituyese la vista. No, hijo mio, le respondió el Santo; recobrando la vista del cuerpo, perderias la del alma. San Geronimo dice, que un Solitario atormentado por una fiebre lenta instaba al Santo Abad Juan el Egypciaco para que le curase. Vos quereis, le respondió deshaceros de una cosa que os es necesaria. Asi como el cuerpo se limpia por medio de los purgantes, así el alma se purifica

de sus defectos por las aflicciones.

Señor; las cruces que vos me haceis llevar producen en mi favor contra los espíritus de las tinieblas los dos efectos que produxo contra ellos la cruz en que vos habeis expirado. Confunden y hacen huir sus esperanzas. Cómo podrian ellos esperar que un corazon penetrado de dolor se preste á las perversas inclinaciones que le inspiran, ó que yo aun amase á un mundo de quien no he experimentado sino ingratitudes é injusticias? Qué dirijan en adelante sus tiros contra estos infelices del mundo tan fáciles de vencer; pero yo que estoy armado, por decirlo así, de las cruces con que vos me honrais, y con las que vos me protegeis, lejos de temer sus ataques, me atrevo á provocarlos al combate. Quanto mas pesadas sean las cruees con que vos me cargeis, mas yo bendeciré los socorros que me deis contra los poderosos enemigos que sin cesar maquinan mi perdicion; y segun el con-

sejo que fué dado á Heliodoro (2. *Machab.* 3.) castigado por vuestros Angeles, miraré siempre mis aflicciones como otros tantos motivos de cantar vuestras alabanzas y de rendiros acciones de gracias.

DIA VEINTE Y DOS.

Quem diligit Dominus corripit Prov. 3. *Flagellat omnem filium, quem recipit.* Hebr. 12.

El Señor castiga á aquel que ama. Descarga sus azotes sobre los que recibe en el número de sus hijos.

Un pensamiento muy propio para consolarme en mis aflicciones es el que freqüentemente se repite en los libros santos; á saber, que Dios es un Padre que no exerce sus rigores con sus hijos sino porque los quiere corregir, que los ama á pesar de sus defectos, y que no los castiga

despues de sus faltas sino por amor. Que si sus hijos llevan una vida sábia y reglada, no por eso dexa de usar con ellos alguna vez de severidad, ya rehusándoles lo que desean, y ya quitándoles aquello que mas estiman, porque ve que aquello que es el objeto de su deseo ó de su aficion, seria para ellos un verdadero mal, á causa de su poca experiencia, ó por razon del mal uso que podrian hacer de ello.

El amor humano adula al objeto amado, y es muy ingenioso en excusar sus defectos: no piensa sino en procurarle distinciones, riquezas y placeres, sin exâminar si las conseqüencias serán ó no funestas. Un ciego guia á otro ciego (*Matth.* 15.), adónde irán á parar sus pasos? Pero el amor divino es el solo amor sábio y prudente. Léjos de lisonjear y de excusar los defectos de su objeto amado, trabaja y busca los medios de corregirlos. En los tesoros de su infinita misericordia hecha mano de las aflic-

ciones mas propias para obrar este saludable efecto. En vano el objeto amado grita en el dolor y vierte amargas lágrimas, el amor divino corta hasta lo vivo para procurar una curacion necesaria; pero llegará el dia en que se besará con reconocimiento aquella mano que parecia en otro tiempo tan cruel.

Dios que nos ama, no nos concede de ninguna manera lo que puede sernos perjudicial. Nos rehusa, y muchas veces nos roba los bienes porque serian causa de nuestra pérdida. Su conducta es verdad que sorprehende; pero á nosotros nos es ventajosa, y esto basta. Algun dia la comprehenderemos y la colmaremos de bendiciones. Quando en medio de mis aflicciones murmuro de la conducta que Dios observa sobre mí, soy semejante á un niño, que no teniendo bastante razon para juzgar de las cosas que pueden hacerle mal, se quejase de que su padre le quitaba de las manos una espada con que pudiera he-

tirse. Es, pues, necesario arrojarse entre los brazos de nuestro Padre celestial, que tiene mas en su corazon nuestro interés que nosotros mismos. Yo soy flaco, y tengo malas inclinaciones, no tendria valor para resistirlas si el enemigo me atacase, y mi Padre, lleno de amor y de atenciones por mí, me aparta por medio de las aflicciones, de los peligros y precipicios á que me conduciria infaliblemente el enemigo. El Señor, como decia la Esposa de Tobias el jóven (*Tob.* 3.), no se alegra con vernos padecer, sino que lo permite para que por este medio podamos llegar á conseguir la corona inmortal que nos prepara.

O Padre mio! Quando yo vivia en medio de las alegrias criminales del mundo, vos no reconociais en mí vuestra hechura. Yo no sentia mi desdicha; pero me habeis herido con estos golpes de misericordia que despiertan las almas dormidas, y que han vuelto á traer á la casa paterna á

un hijo pródigo, indócil é ingrato. Dignaos, Señor, de conduciros siempre conmigo de este mismo modo en adelante. Visitadme segun la expresion de vuestro Profeta, por medio de la adversidad á medida que viereis multiplicarse mis infidelidades. No me castigeis como á aquellos pecadores de quienes habla el Apóstol (*Rom.* 1.), que abandonais á los deseos desarreglados de su corazon; sino castigadme como á hijo vuestro, que se separa de su deber. Sí, Dios mio, os acordais de vuestra misericordía quando exerceis sobre ellos vuestra venganza, y en los castigos que les haceis sufrir, vuestro corazon conduce vuestro brazo.

O Dios mio! qué decreto tan terrible seria para mí si me dixeseis lo que en otro tiempo á la insensible Jerusalen por un Profeta (*Ezech.* 16)! *Auferetur zelus meus à te, & quiescam nec irascar amplius.* El zelo que yo tenia por tu salud se resfrió ya y se apagó: tu no seras mas en esta vida el ob-

jeto de mi justicia. Esta palabra me hace temblar así como lo hacia á San Bernardo. Si no soy mas el objeto de vuestro zelo y de vuestra justicia (*In cantic. c.* 48.), tampoco pues lo soy de vuestro amor: *Si zelus deseruit, & amor.* Soy indigno de ser amado, si lo soy de ser castigado: *Non amore dignus, qui indignus casgatione.* Padre de misericordias! yo os lo pido, sí; os ruego que me castigueis tantas vezes como lo merezca: *Volo irascaris mihi, Pater misericordiarum.*

Rehusad, ó Dios mio! quitadme todo lo que pueda disminuir vuestro amor en mi corazon. Por alcanzar el menor grado de aumento de este amor estoy pronto con el socorro de vuestra gracia, á hacer los mas grandes sacrificios. Sabiduría eterna! mis luces no son delante de vos sino tinieblas: conducidme segun vuestros designios, y no segun mis deseos. Qualesquiera que sean mis repugnancias y las murmuraciones de la natura-

leza, negad, cortad, diré siempre: mi Padrd es el que hace todo esto, un buen Padre, el mejor de los padres: sí, yo le amo en medio de la severidad con que me trata: es verdad que ignoro las razones de su conducta; pero yo las adoro, y le suplico que no me trate de otra suerte.

DIA VEINTE Y TRES.

Vasa figuli probat fornax, & homines justos tentacio tribulationis Eccl. 27.
In igne probatur aurum & argentum; homines vero receptibiles in camino humiliationis. Eccl. 2.

Los justos son probados en la tribulacion, así como los vasos del alfarero en el horno.
El oro y la plata se prueban en el fuego, y aquellos á quienes Dios recibe en el número de sus siervos en el horno de la humillacion.

Quando pasaba mis dias en la paz y en las delicias, me era fácil bendecir al Señor, y decirle que le ama-

ba; pero quizá no amaba yo entónces á mi Bienhechor sino á causa de sus beneficios; semejante á aquellos amigos que no prestan sus oficios gratuitamente. En ciertos momentos de fervor, quando por otra parte todo prospera segun los deseos, se canta con alegría el cántico del amor divino. Ah! se dice entónces, fuerte es el amor como la misma muerte, desafia á los peligros, vence las dificultades, las aguas mas vehementes de la tribulacion no serán capaces de extinguir sus llamas (*Cant.* 8.) Pero ay de mí! Apenas el Dios á quien se protesta amar de todo su corazon se encamina al jardin de su agonía, quando ya se duerme. Antes se le habia dicho con el Príncipe de los Apóstoles, que se estaba pronto á seguirle á todas partes, aunque fuese necesario ir con él á la muerte, y quando se trata de dar testimonio de su amor, marchando á su lado para subir con él al calvario, no se le sigue sino de léjos.

En el tiempo de la afliccion es en el que debo mas particularmente exercitar mi amor para con Dios. Semejante á las estrellas es en medio de la obscuridad en donde se deben manifestar sus fuegos. Dios, dice San Gregorio, me envia la afliccion como para preguntarme de su parte si le amo verdaderamente, y si ha sido síncera la protexta que le he hecho muchas veces de que yo no amaba sino á él. *Pœna interrogat, si veraciter quis Deum amat.* Porque si en mis sufrimientos murmuro contra su providencia, si vuelvo mal por mal á aquellos de quienes se sirve Dios para afligirme, si abandono mis exercicios de piedad porque no encuentro en ellos sino sequedad y disgusto, ó porque Dios no me manifiesta oir las súplicas que le hago de que me libre de un trabajo ó de una enfermedad, cómo tendré yo atrevimiento para decirle: Vos sabeis, Señor, que yo os amo? El amor se prueba por una entera sumision del entendimiento y del

corazon á su voluntad, por rigurosa que parezca, por los sentimientos de paz y caridad para con los mismos autores de nuestros males, y por una fidelidad constante en hacer lo que Dios nos mande, á pesar de la severa conducta que parece que observa con nosotros.

Nunca resplandeció mas el amor que Abrahan tenia con Dios, que quando se sometió á hacerle el sacrificio mas duro para el corazon de un padre. Isaac estaba ya sobre la hoguera, y levantado el brazo de su pedre Abrahan. Basta, le dixo entónces el Señor, basta; ya no quiero otra prueba de tus sentimientos por mí: *Nunc cognovi quod times Deum* (*Gen.* 22.) El demonio no encontraba nada de maravilloso en la santidad de Job, porque Dios le bendecia en todos sus proyectos: permítele Dios affigir á Job. A qué estado tan lastimoso no le reduxo? Ninguna otra cosa le quedó á Job de todos sus bienes que los labios al rededor de los dientes, *tan-*

tummodo labia circa dentes. Y Job se sirve de este único bien que le queda para alabar á Dios en su mas grande tribulacion, así como le habia alabado en la prosperidad. Un Padre anciano del desierto decia á uno de sus mas amados discípulos que estaba enfermo: hijo mio, esta enfermedad, si sois de hierro os hará perder el orin; si sois de oro, os prueba y os purifica, y os da un nuevo lustre á los ojos de Dios; así, bendecidle y dadle gracias.

Vuestro Divino Hijo, ó Dios mio! no tuvo otra señal mas evidente para manifestar al mundo el amor que os tenia, que su sumision á los sufrimientos mas duros, y á la muerte mas cruel: esta fué la sola razon que dió á sus Apóstoles de su apresuramiento por ir al Jardin de las Olivas, para comenzar allí á sufrir los dolores que debia padecer durante el curso de su Pasion: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, surgite, eamus* (*Joann.* 14.) Su exemplo será en adelante la regla de mi conducta, y el

motivo que le animaba todo mi consuelo en mis males. O Dios mio, á qué estado tan desgraciado habeis permitido que yo llegue? Puede haber angustia mas natural ni mas justa que la mia? Pero yo me someto á ella, porque os amo. Será necesario vivir aun largo tiempo sobre esta cruz? Será menester morir en ella? Pues, Señor, estoy contento con todo le que ordeneis, porque yo os amo. Yo msmo tendré sobre mi cruz la ventaja de que mi amor por vos será mas puro. En las obras de piedad, y aun en las mismas prácticas de austeridad, si no se exercitan con cuidado, se busca uno freqüentemente á sí mismo, y se encuentra ántes que á vos. Pero sobre mi cruz estaré en un estado de inmolacion; en donde reducido á vos solo, colocaré toda mi dicha y mi gloria en vivir y morir vuestra víctima.

DIA VEINTE Y QUATRO.

Sicut Domino placuit ita factum est. Sit nomen Domini benedíctum. Job. 1.
Dominus est: quod bonum est in oculis suis faciat. 1. Reg. 3.

Todo ha sucedido como ha sido del agrado de Dios. Sea el nombre del Señor bendito.
Dios es el Dueño y Señor absolutó: pues que todo se haga segun fuere mas conforme á su voluntad.

Nada se hace sobre la tierra sino por voluntad ó permision de Dios. Qué veo yo en el órden de las estaciones, y en los diversos acaecimientos de la vida sino la voluntad de Dios que se cumple? El nos ha dicho, y lo repite en sus libros santos, que es el que ha hecho las tinieblas y la luz, la dicha y la desgracia (*Amos* 5. *Eccl.* 11.) Un solo cabello de mi ca-

beza no puede caer sin órden suya (*Matth.* 10.) Mis enemigos nada podrian contra mí sino se les hubiese dado de lo alto: *Nisi datum esset desuper* (*Joann.* 19.) Asi que Dios permite que se me roben los bienes, y quiere la pérdida de mi libertad, de mi quietud, de mi reputacion y de mi salud; pero yo debo poner toda mi confianza en decir con Job, que de un grande en la opulencia fué hecho el hombre mas pobre y miserable; ó con Helí, á quienes se le anunciaban grandes desdichas: que el Señor sea bendito: yo me someto á todo lo que permite, á todo lo que ordena: él es el Señor; á mí me toca obedecer y adorar su voluntad.

Quando estoy en la afliccion, y la voluntad de Dios es contraria á la mia, el espíritu tentador me hace prorumpir en quejas y murmuraciones: pero qué ventajas saco yo de esto? Las quejas y las murmuraciones son el distintivo de un espíritu rebelde y de un corazon indocil. No debo, pues,

esperar que Dios me consuele y me sostenga; me abandonará á mi dolor: y sin su socorro, á qué me veré yo reducido? La voluntad de Dios se hará por mas que yo resistia, sufriré contra mi voluntad; pero sufriré como un réprobo, como un hombre que se condena en una situacion en que tantos otros, expiando sus culpas, adquieren los mas grandes méritos, se hacen todos los dias objetos mas agradables á los ojos del Señor; y hallan un verdadero consuelo con decir: Padre nuestro, que estás en los Cielos, hágase en todo vuestra voluntad. Dios me hiere, es cierto; pero de la mano de un tal Padre pueden venir golpes que no me sean saludables? Y si yo lo comprendo así, tendré valor para murmurar? Señor, decia David, vos me habeis expuesto á los insultos de los insensatos (*Psal* 38.), pero yo callé, no he abierto mi boca para quejarme, porque erais vos el que me heriais.

Si yo tengo esta perfecta sumision

gozaré de la felicidad de los justos sobre la tierra, que, como dice San Pablo, no consiste en comer y beber (*Rom.* 14.), sino en la justicia, en la paz, y en la alegría en el Espíritu Santo. Esta sumision establece nuestro contento y regocijo en el de Dios. Se reciben las aflicciones como un favor á causa de la mano que las envia. Una disposicion tan santa quita todo lo que puede alterar la paz del alma. Los justos, decia Santa Catalina de Sena, son como Jesu-Christo, que jamas perdió la bienaventuranza de su alma por grandes que fueron sus penas. Del mismo modo, qualquiera que sea la adversidad que sobrevenga á los justos, el cumplimiento de la voluntad de Dios es siempre para ellos un motivo de alegría. Severo Sulpicio refiere de San Martin, que no le vió jamas ningun movimiento de pesar, y que manifestó siempre mucha alegría sobre su rostro. Esto era, añade, porque todo lo que le sucedia lo miraba como en

viado de la mano de Dios.

Si el espíritu tentador no me incita á las murmuraciones, me mueve á los ménos á exâminar la razon que Dios puede tener para afligirme: quisiera empeñarme en que yo dixese en mí mismo lo que él dixo á Adan quando buscaba medios de perderle: *Cur præcepit Deus* (*Gen.* 3.)? Por que ha querido Dios probarme de esta suerte? Por qué me ha puesto en esta situacion tan crítica y delicada? Pero no, viviendo baxo la mano de un Dios, que es la equidad misma, nada tengo que decir sino lo que decia David ultrajado por Semey: *Præcipit* (2. *Reg.* 16.), Dios lo quiere, Dios lo permite. No quiere el pecado de Semey, que me carga de maldiciones, solamente lo permite, pero quiere mi afliccion (*Ibid.*) Y quál es el hombre tan temerario que se atreva á pedir á Dios cuenta de su voluntad?

Qué! quando Dios me dice: Yo quiero que pierdas estas esperanzas que te lisonjean, que tu cuerpo gima

baxo el peso de esta enfermedad habitual, ó que te se mueva este pleyto, que te dará vivas inquietudes, me atreveré yo á preguntarle, por qué se conduce así conmigo? Y esperaré para someterme á su voluntad, que él se explique? Ah! Si un hombre á quien guia la Sabiduría no puede querer nada que no sea bueno, qué debo yo pensar de un Dios infinitamente sabio? Para asegurarme de que una cosa está bien hecha, no será bastante decir que Dios es el Autor? No conservaré yo la idea de la Sabiduría infinita, encerrada en la idea que debo tener de Dios sino quando la fortuna, la salud, la reputacion y todo salga segun mis deseos? Le trataré yo como hacen los Paganos con sus Dioses, que, como dice Tertuliano, les despojan de su divinidad quando les miran como autores de sus desgracias? Los servidores del mundo se someten ciegamente á todos sus caprichos, por dura que sea la sumision en muchas circunstancias; y

Dios será el solo Señor, de quien yo no querré sufrir nada, sin que primero sepa por qué quiere mis sufrimientos?

Yo acepto, pues, ó Dios mio! con una entera sumision todas estas diferentes adversidades que me enviais; las recibo con reconocimiento, persuadido de que viniendo de vos, que sois la misma bondad, serán para mí un gran bien. Adoro vuestros designios sobre mí, aunque no siem- los comprenda, porque sé en general que queriendo mis aflicciones, vos quereis mi salud, mi perfeccion y vuestra gloria, y esto basta para consolarme. Se acabarán presto mis trabajos? dudarán aun largo tiempo? No pretendo saberlo, Señor. Contento en el estado en que vos me quereis, no fundo mi dicha sobre los bienes de esta vida, que naturalmente yo deseo, sino sobre el cumplimiento de vuestra voluntad.

DIA VEINTE Y CINCO.

Calicem quem dedit mihi Pater non bibam illum? Joann. 18.
Pater, non mea voluntas, sed tua fiat. Luc. 22.

Qué, no beberé yo el cáliz que mi Padre me ha preparado?
Padre mio, que se cumpla vuestra voluntad, y no la mia.

Parece que uno de los Apóstoles queria disuadir á Jesus de que bebiese el cáliz de su pasion. Qué! le dixo entónces Jesus, mi Padre es el que me envia este cáliz, y rehusaré yo beberle? Al contrario, ahora es necesario mas que nunca que yo le manifieste mi amor, sometiéndome á su voluntad. No habla ni una sola palabra de Judas, que le entrega á sus enemigos, despues de haber sido del número de sus íntimos amigos,

ni de los Fariseos envidiosos, que han conseguido sus fines en las conjuraciones formadas contra su persona, ni de los Judios ingratos entre los que ha curado enfermos, dado vista á ciegos, y resucitado muertos, y que sin embargo piden su muerte: él sabe bien que todos estos no son sino executores de la voluntad de su Padre, y que lo que hacen por envidia ó por ódio, lo ha ordenado el Padre Eterno para la redencion de los hombres. No considera el Señor sino esta voluntad adorable, y es bastante. Que su Padre le ordene éste ó el otro género de suplicios, de ignominias ó de muerte que mas le agrade, cuéstele lo que le costare, él no pide sino el cumplimiento de su voluntad.

He aqui el modelo que me propongo seguir en mis aflicciones. Adonde irian á parar todas las reflexiones que hago sobre la inconstancia, ingratitud é injusticia de los hombres que me faltan en mis necesidades, y me

hacen, á lo que yo creo, tanto mal como yo les he hecho bien; sobre la diferencia que hay entre el estado doloroso en que hoy me veo, y el grado de fortuna de que he caido; y sobre la duracion de una pena á la que no encuentro ni remedio ni fin? Levantemos los ojos al Cielo: el cáliz que tengo que beber me viene de la mano de mi Padre Celestial: *Calicem quem dedit mihi Pater.* Si él hubiera querido apartar léjos de mí esta afliccion, lo hubiera hecho; y quando no lo ha executado, es pues necesario que la quiera: y siendo así, qué tengo yo que hacer sino resignarme á su voluntad? Le representaré acaso que es injusta? que ignora lo que es útil ó necesario? ó que me impone unos sufrimientos que son sobre mis fuerzas? Me atreveré yo á decirlo? Tendré valor ni aun para pensarlo?

Dios es mi Padre, y un Padre que me ama con ardor, sinceridad y ternura. No puedo dudarlo. Quántas puebas sensibles no me ha dado de su

amor? El es el que me dice: Yo soy, hijo mio, el que os envia esta enfermedad, esta pena, esta pérdida de bienes, y os pido que sufrais esta aflicción por mi amor. Si vos fueseis el árbitro de vuestra conducta, os perderiais sin remedio. Abandonaos á la mia, pues que yo os amo mas que lo que pensais, y quanto mayor es vuestra afliccion, tantó es mayor el cuidado que tengo de vos. En efecto: no me habla Dios de esta suerte por la voz de la fe y de la gracia quando yo padezco? Ah! quando lo que exîge de mí fuera la cosa mas penosa del mundo, no debería yo someterme voluntariamente, y reputarme feliz por hallarme en un estado en que ha querido colocarme, y en el que puedo serle agradable?

O Dios mio! que se cumpla vuestra voluntad y no la mia: *Non mea voluntas, sed tua fiat.* Me convengo en sufrir todo lo que querais que yo sufra, como vos querais, tantas vezes, y por tanto tiempo como querais: vos

me hàbeis dado la salud y la paz, y vos me las habeis quitado; pues que vuestro santo nombre sea bendito. Vos, Señor, me disteis los bienes, y me parece que yo no abusaba de ellos; y sin embargo os habeis servido de mis enemigos para robármelos, atraedlos por vuestra gracia á vuestro amor: pero vos, Dios mio, seais por todo bendito para siempre. Quando pienso en lo negro de las injurias que se me han hecho, la naturaleza se rebela dentro de mí mismo, y digo con David perseguido por su propio hijo, y vendido por Achitophel (*Psalm.* 54.): si fuera á lo ménos un enemigo declarado el que se ha valido de semejantes medios para perderme, hallaria mas soportable mi desdicha. Pero no, yo aparto de mi espíritu esta reflexîon, para no reconocer otro autor de mis males que á vos mismo. Por grandes y penosos que sean, veo, adoro y amo en ellos vuestra voluntad, y á exemplo del mismo Santo Rey, á la tarde, a la mañana, al medio dia, y á todas horas

cantaré vuestras alabanzas (*Ibid.*) Yo descansaré de todo sobre vuestros cuidados; en nada me faltareis vos; y si alguna vez abandonais al justo á la tempestad, vos por último le haceis volver á hallar la calma.

Haced, ó Padre mio! por vuestra gracia que yo no sepa querer ó no querer sino lo que fuere mas conforme á vuestra voluntad, porque me trae mil ventajas el sujetarme de tal suerte á vos, que yo no funde en otro mi esperanza (*Psalm.* 71.) Ay de mí! yo lo confieso: si en medio de la necesidad en que me veo de sufrir, estuviesen á mi eleccion los trabajos, escogeria siempre el mas ligero. Pero no, que sea la mano de mi Padre la que me crucifique: la cruz que vos me envieis, será, puede ser, la mas espantosa delante de mis ojos; pero yo lo conozco y lo confieso, tambien será la mas conveniente á mis necesidades, á mi salud y á mi perfeccion. Si me consultase á mi mismo, quisiera mejor las penas del cuerpo que las del espíritu, una

enfermedad violenta de algunos dias, que enfermedades habituales: estimaria mas que Vos empleaseis para conducirme al calvario y crucificarme otras personas que me fuesen ménos queridas, ántes que valeros de las que me son mas amadas, y á quienes he hecho los mas grandes servicios; pero, Señor, que se haga en todo no lo que yo quiera, sino lo que vos querais: *Non quod ego volo, sed quod tu* (*Marc.* 14) Y no solamente con el socorro de vuestra gracia quiero lo que vos quereis; sino que lo quiero con todas las circunstancias y de la manera que sea conforme á vuestra santa voluntad: *Non sicut ego volo, sed sicut tu.* (*Matth.* 26).

DIA VEINTE Y SEIS.

Si patienter sustinetis, hæc est gratia apud Deum. 1. Pet. 2.
Induite vos ergo sicut electi Dei, sancti & dilecti, benignitatem, patientiam. Coloss. 3.

Si sufris con paciencia vuestros trabajos, merecereis delante de Dios.
Revestios pues de dulzura y paciencia como elegidos de Dios, santos y queridos.

Quántos méritos no podria yo adquirir en mis males si los sufriese con paciencia? El mérito de la resignacion en medio de las aflicciones, sobre todo si son muy sensibles, es tan grande á los ojos de Dios, que San Juan Chrisóstomo no dudó afirmar, que es igual al mérito de un Mártir. Una lengua, dice este Santo, que bendice á Dios en la adversidad, en nada

cede á la de los Mártires: *Non est inferior lingua martyrum* (*Hom.* 8. *in epist. ad Coloss.*) San Gregorio dice tambien, que para ser mártir no es necesario el hierro y el fuego Aquel es verdaderamente mártir que en sus tribulaciones conserva toda su paciencia: *Sine ferro & flamma martyres esse possumus, si patientian veraciter conservamus* (*lib.* 1. *Dialog.*) San Juan vió una multitud innumerable de personas de todas naciones que llevaban palmas en las manos; no solamente las llevaban los mártires, sino todos los que habian sufrido grandes tribulaciones: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna* (*Apocal.* 7.) Por lo mismo, qualquiera que sea la diferencia entre un acto de caridad que nos conduce á dar la vida por Jesu-Cristo, y el mismo acto que impele á la práctica de una virtud heroyca con el fin de agradarle, á uno y á otro les corresponde el mismo grado de gloria esencial; asi á estos héroes christianos que han hecho triunfar la fe sobre los ca-

dalsos, como á aquellos que la han hecho triunfar por las virtudes que han practicado en situaciones de tanta afliccion para ellos, que hubieran preferido los cadalsos á los males que sufrian.

Expectáculo por cierto admirable; y que arrebata, el que da un mártir que publíca las grandezas y las misericordias de Dios sobre un potro en que está tendido, y en donde la crueldad le atormenta! Pero expectáculo no ménos digno de mi admiracion el que da un christiano á quien dolores agudos tienen, digámoslo así, clavado en el potro de una cama meses enteros, y que conserva siempre la misma tranquilidad, y la misma sumision á la voluntad de Dios. Nada hay mas horrible que el suplicio del fuego; mas á lo ménos es corto. Pero qué suplicio aquel que padece un christiano que, ultrajado, humillado, perseguido por todas partes, se ve obligado á sufocar sin cesar las llamas de ódio y de venganza que, á pesar suyo, se levantan

dentro de su alma, y quisieran salir á fuera! La victoria que consigue un mártir es ciertamente muy gloriosa, pero en fin, como dice San Cipriano, no le cuesta de ordinario sino algunos momentos de combate (*lib.* 2. *epist.* 9.): pero un christiano que tiene sin cesar que combatir con sufrimientos que no sabe quando se acabarán, gana todos los dias por sus nuevas victorias nuevas coronas: *Semel vincit qui statim patitur; at qui semper manens in pœnis congreditur cum dolore, nec vincitur, quotidie coronatur.*

Un Mártir, á la verdad da á Dios una gran gloria; pero qué gloria no le da tambien un hombre sufrido, que es el primero á inspirar á los que se compadecen de sus males los sentimientos de resignacion de que está lleno? Que forzado á hablar de aquellos que han podido contribuir á su desgracia; no dice sino lo que no puede callar, y se explica siempre de manera que da á conocer que les perdona, y que léjos de dexarse abatir por las repetidas

pruebas del Señor, es fiel á sus exercicios de piedad tanto como su estado lo permite. Un hombre de esta clase hace por su conducta la apología de la providencia de Dios, y del poder de su gracia. Entónces es quando se dice, llenando al Señor de bendiciones, que en efecto es necesario que su yugo sea dulce y suave, pues que se besa la mano que le impone en aquel mismo tiempo en que es mas duro. Yo veo que los idólatras aprendian tanto á conocer al verdadero Dios por la paciencia que manifestaban los Apóstoles en medio de las persecuciones, como por los prodigios que obraban. Así San Pablo no da sino el segundo lugar á los prodigios quando habla de las señales por las que se debe conocer y distinguir el que es enviado de Dios: *In omni patientia, in signis & prodigiis* (2. *Cor.* 12). Id, decia al célebre Anacoreta Abraham, el Obispo que le enviaba á predicar el Evangelio á los Infieles, id, convertid á este pueblo por vuestra dulzura en medio de las pe-

nas y trabajos mas que por qualquier otro camino.

Vos mismo, Salvador divino, vos habeis atraido al Universo á vuestro amor, mas por la virtud de vuestra Cruz que por vuestra predicacion. Oh, y de quanto consuelo es para mí el pensar que puedo ser tan agradable á vuestros ojos en este lecho de dolor en que vos me teneis, como si por la fe fuese extendido sobre un potró! Quisiera tener la salud suficiente para ir á trabajar en gloria vuestra en los exercicios de zelo; y vos quereis que os glorifique en el exercicio de la paciencia. Qué importa la manera con que contribuya á vuestra gloria como yo contribuya en efecto? No quiero glorificaros ni hacerme santo sino por los medios que vos escogiereis; pero yo os pido esta paciencia que me es necesaria, para que haciendo vuestra voluntad, reciba el efecto de vuestras promesas (*Hebr.* 10).

O Dios mio! que quisisteis en esta vida, como dice Tertuliano, saciarnos

del placer de la paciencia: *Saginari voluptate patientiæ (in lib. de Pat.)* Vos sabeis quan incapaz soy de sufrir por mí mismo en paz: facilitadme por vuestra gracia lo que me es naturalmente imposible. Os tributo el reconocimiento mas vivo por tantas penas como sufristeis en este mundo con tanta paciencia por mi amor: Yo quiero, segun la expresion del mismo Padre, pagaros, practicando en mis males esta misma paciencia de que me habeis dado tan grande exemplo: *Amemus patientiam Christi; rependamus illi quam pro nobis ipse dependit.*

DIA VEINTE Y SIETE.

Sentite de Domino in bonitate. Sap. 1. *Ipse cognovit figmentum nostrum. Recordatus est quoniam pulvis sumus.* Psalm. 102.

Pensad siempre del Señor de una manera conforme á su bondad.
El mismo sabe el lodo dé que nos formó, y tiene siempre presente que no somos sino polvo.

Yo no sé por qué me figuro que pierdo todo el fruto que puedo sacar de mis aflicciones, porque soy extremamente sensible á la pena, al desprecio, á la humillacion, y que no me sucede sufrir algun vivo dolor sin dar exteriormente alguna señal de impaciencia, aunque involuntaria? Sin duda yo no pienso de Dios de una manera conforme á su bondad. Conociendo, dice el Prefeta (*Psalm.* 102.),

la materia de que nos ha formado, usa con nosotros de la misma compasion y ternura que un padre con su propio hijo. Un buen padre no gradua de falta en sus hijos lo que sabe ciertamente que no viene de su voluntad. Dios, Juez lleno de clemencia, no se descubre cada dia contra los que se atreven á ofenderle; y castigará por ventura á los que léjos de pretender esto no quisieran sentir nada dentro de sí mismos que se opusiese á su divina voluntad? Es al mismo tiempo un Juez lleno de equidad; pues cómo exigirá de mí lo que me es imposible?

No, no, la repugnancia y la sensibilidad natural no me hacen desagradable á los ojos de Dios, antes bien me son necesarias, porque de esta suerte tengo ocasion de merecer: si se quitase la repugnancia y la sensibilidad, faltaria la pena, no habria combate, y por conseqüencia faltaria el motivo de pedir la corona. Quando se dice que los Santos

se hallaban contentos en la tribulacion, no se quiere decir que fuesen insensibles, sino que se pretende exhortar con su exemplo á sobrellevar con valor, y con aquella alegría sobrenatural que la gracia inspira quando se la llama á su socorro, siendo dócil á su voz, la repugnancia natural á los sufrimientos del cuerpo, y la sensibilidad natural á las penas del espíritu, á fin de hacer á Dios unos sacrificios mas grandes y generosos. Un christiano acaba de recibir una terrible afrenta de parte de un hombre; de quien no tenia motivo para esperar sino las mas grandes señales de reconocimiento, y le es sumamente sensible: nada hay en esto que deba sorprehender; pero supongamos que tolera esta afrenta con tanta paciencia, que casi podria decirse que es insensible. Ah! es forzoso que este christiano no sea de una virtud eminente, y ninguno puede llegar á comprehender la recompensa que le prepara en el Cielo aquel

que tiene prometido no dexar sin premio un solo vaso de agua que se dé en su nombre.

Tampoco, debo mirar como faltas estas impaciencias repentinas que me arranca la vivacidad del dolor, ó que se escapan á mi fragilidad en medio de un cúmulo de penas. Un christiano no es un Angel, y muchas veces la carne y la sangre previenen en él contra su voluntad al entendimiento y la razon. Esto puede y debe humillarme delante de Dios, que ve en mí tantas miserias; debe obligarme á decir con el Apóstol, pensando en la feliz morada de la eternidad: Qué hombre tan desgraciado que soy! quién me librará de este cuerpo de muerte (*Rom.* 7.)? Pero no siendo Dios ofendido, porque no hay sino la voluntad que le ofenda, de qué podré yo turbarme? Lo mismo digo, y aun con mas razon de estos profundos gemidos, que me salen alguna vez quando recibo la noticia de la muerte de una persona á quien amaba, ó que era necesaria á mi falta

de medios, ó de estos gritos en que prorrumpo en lo mas vivo de una enfermedad aguda, gritos y gemidos que vienen de la humanidad sola, y no del despecho, de la cólera, ó de algun otro principio vicioso.

Yo veo en la Escritura que Job hacia á los que le visitaban una pintura muy enérgica de sus males, y sorprenden á la verdad ciertas expresiones de que se vale para dar á conocer quanto era lo que padecia. Sin embargo, el Espíritu Santo asegura en tres ó quatro lugares del libro que lleva su nombre, que de ninguna manera faltó al respeto y á la sumision que debia á Dios. Tampoco Santa Teresa ofendia á Dios quando en una grande afliccion formaba aquellas quejas de que habla ella misma en el libro de sus Fundaciones. Se dice de Santa Catalina de Génova, que algunas veces á la violencia de sus dolores prorrumpia en los mas terribles gritos, pero que siempre los acompañaba con actos los mas

generosos de una alma que bendice á Dios por todo, y no quiere sino la execucion de su voluntad. Dios no exîge de nosotros que imitemos á aquel solitario que hacia tranquilamente soguilla de esparto mientras se le cortaba una pierna. Los que encuentran reprehensibles las lágrimas, los sollozos y los gritos en ciertas circunstancias, quieren comparar al Señor á estos padres sin piedad, que llevan á mal que sus hijos lloren y griten quando se les castiga. Ah! que grite la lengua en hora buena, dice con este motivo San Juan Crisóstomo, como el corazon esté siempre lleno del amor de su Dios: *Lingua clamet, sed cor amet.*

O Jesus! Vos mismo nos habeis manifestado en el jardin de las Olivas, por la súplica que hicisteis á vuestro Padre de que apartase léjos de vos el cáliz de vuestra pasion, que mi repugnancia natural al sufrimiento no me hace de ninguna manera culpable, sino que ántes bien es pa-

ra mí un nuevo motivo de mérito, si yo sé permanecer inviolablemente sometido á Dios. Aunque vos hicisteis esta súplica á vuestro Padre, sin embargo, vos no teniais una voluntad eficaz de evitar la muerte; vos mismo estabais determinado á morir; pero queriais darme á entender, que si vuestra Divinidad que daba un precio infinito á vuestros sufrimientos, no os quitaba el sentimiento, yo que no soy sino flaqueza y miseria, no debo de ninguna manera sorprehenderme de que los mios me parezcan tan sensibles.

DIA VEINTE Y OCHO.

Invoca me in die tribulationes? eruam te Psalm. 49.

In tribulatione invocasti me, & liberavi te. Psalm. 80.

Recurrid á mí en el tiempo de la tribulacion, y yo os libraré de ella.

Porque me invocasteis en vuestra a-

fliccion, yo la separé de vosotros.

Ninguna cosa mas freqüente en los libros santos que convidarnos el Señor á implorar su socorro en nuestras aflicciones, para que consigamos el que nos libre de ellas. Dios, bien al contrario de los ricos y de los grandes de este mundo, no teme baxarse, descendiendo hasta nosotros para oir nuestras súplicas. Como atiende al mas pequeño grano de arena igualmente que sobre las mas altas montañas, y tiene tanto cuidado de los lirios del campo como de los cedros del Líbano: del mismo modo escucha el Señor y con tanto placer las súplicas que le hace el hombre mas vil y despreciable segun el mundo, como oye los conciertos de alabanzas que le dan los Angeles en el Cielo.

Yo no he visto á ningun rico quejarse de que los pobres no vayan á exponerle sus necesidades y miserias, y Dios se queja en la Escritura de que no

se cuida de esto, ni se procura pedirle algun alivio en medio de tantas necesidades y miserias como se padecen. Léjos de que pueda temer el ofenderle presentándome delante de él para manifestarle mis penas, sino le hablo de ellas, él se ofende; porque esto proviene ó de no reconocerle por lo que es, ó no tener en él la confianza que se merece. El Señor sabe bien el estado de humillacion en que yo estoy, *Scio tribulationem tuam* (*Apoc.* 2.); pues que él mismo es el que la ha permitido: *Afflixi te* (*Nah.* 11.); pero si mi confianza no le dice nada, me castiga conduciéndose conmigo como si efectivamente nada supiese. Bien sabia Jesus lo que deseaba el Ciego de Jericó; pero si este no le hubiese pedido, nada hubiera alcanzado. Jesus afectó no saber que Lázaro estaba tocado de una enfermedad mortal sino quando sus hermanas le rogaron que fuese á visitarle.

Dios no derramó sus bendiciones sobre el matrimonio de Tobias con

Sara sino despues de habérselo pedido, y pedido repetidas veces. El Profeta nos hace en el Salmo 106 una pintura bien lastimosa de las calamidades que los Israelitas padecieron en el desierto y en sus diferentes cautividades, y allí se ve que siempre debieron á la súplica el fin de los trabajos que padecian. Daniel oró en el lago de los leones: Manasés en su prision. Ezequias sobre su lecho de dolores, y Dios les oyó. Job rogó sobre el muladar en que estaba cubierto de llagas, y Dios le restituyó el doble de lo que el demonio le habia robado: *Addidit Dominus duplicia* (*Job* 42.) El Centurion, el Leproso, la Cananea, y la mayor parte de las personas en cuyo favor el Hijo de Dios obró curaciones milagrosas, no las consiguieron sino por medio de la oracion.

No es necesario finalmente que yo ponga la eficacia de mis súplicas en largos discursos sobre mis necesidades. Jesus me dice expresamente en San Mateo, que no debo imitar en esto á

los Paganos (*Matth.* 6.). Lo que Dios exîge de mí para concederme lo que le pido es, que le ruegue con humildad, con atencion, con confianza y perseverancia: fuera de que en un estado de dolor y de angustia son imposibles las largas súplicas, y que entónces apenas es uno capaz de otra cosa que de freqüentes aspiraciones del corazon hácia Dios. Aquellas palabras que Jesus decia y repetia en el huerto en que tuvo principio su pasion: Padre mio, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no obstante, que se haga vuestra voluntad y no la mia: estas solas palabras encierran todo quanto las súplicas que se hallan en los libros de devocion para el tiempo de la afliccion puede tener de mas respetuoso y mas propio para atraer las gracias de Dios. Tampoco es necesario que mis labios las pronuncien, basta que hable mi corazon: el corazon es al que Dios escucha, solo al corazon es al que Dios oye, y así en esto como en todas las demas

cosas al corazon es al que únicamente se mira : *Dominus autem intuetur cor.* (1. *Reg.* 16.). Ana rogaba en su corazon, dice la Escritura, quando en la angustia de su esterilidad pedia á Dios un hijo, que en efecto la concedió, y fué el célebre Samuel : *Anna loquebatur in corde suo* (*Reg.* 1.).

Vos sois, Dios mio, un Señor bien diferente de los Señores de la tierra. Quando tengo alguna cosa que pedir á los grandes de este mundo es necesario tomar muchas precauciones; no todos los dias ni á todas las horas se les halla; es necesario arte y talento para hacer valer las razones de las súplicas que se les hace : las demandas reiteradas son para ellos importunaciones; pero vos, Señor, en todo tiempo y en cada momento estais pronto á escucharme; basta el que yo esté en necesidad para que no deba temer pediros alivio. Vos quereis y nos ordenais al mismo tiempo la perseverancia en nuestras súplicas. La

oracion mas corta, dirigida con rectitud y sencillez de corazon, una elevacion simple de nuestro corazon hácia vos, os hace conocer en un instante lo que deseamos de vuestra bondad, y ha conseguido muchas veces vuestros mas preciosos favores. El tesoro de vuestras gracias es infinito, y ninguna cosa puede ser para vos mas agradable que el que os pidamos que lo agoteis en nuestro favor. O Dios! Sí, yo veo cuanto mereceis vos el ser amado; conozco tambien que sois el solo grande, el solo poderoso, el solo en quien debo colocar toda mi confianza y mi apoyo.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Petite & accipietis. Joann. 16.
Omnis qui petit accipit. Luc. 11.

Pedid y recibireis.
Todo el que pide recibe.

He pedido y suplicado á Dios que me librase de la afliccion que des-

de algun tiempo á esta parte me hace derramar muchas lágrimas : le he pedido esta gracia con constancia, y nada he omitido, á mi parecer, para que mi súplica fuese acompañada de las qualidades necesarias ; y sin embargo no cesa de ninguna manera mi afliccion. Esto proviene, puede ser, de que si Dios me librase de ella, caeria bien pronto en otra afliccion aun mas grande. Muchos han deseado salir del estado obscuro en que Dios los tenia por llegar á los honores, y no los han conseguido sino para caer de ellos ignominiosamente : otros han gemido durante algun tiempo en un estado de indigencia, y despues no llegaron á ser ricos sino para su desdicha. Rachel no hubiera perdido la vida en la primavera de sus años, si siempre hubiera permanecido estéril ; y el hijo pródigo no se hubiera visto reducido á la mas triste esclavitud, si no hubiese tenido en otro tiempo grandes bienes á su disposicion.

Tambien puede ser que si Dios me librase de esta afliccion, me concediese al mismo tiempo bienes que dañasen al grande negocio de mi salud, ó á lo ménos á mi perfeccion. Hay cristianos, dice San Salviano, á quienes Dios aflige habitualmente con enfermedades corporales; porque ve que si gozasen de salud harian mal uso de ella: *Si sani erint, sancti non erit (de Provid.)* Permite que otros sean sin cesar el objeto de la contradiccion de los hombres, para que aprendan á no poner su confianza en la estimacion y favor de las criaturas, y que estén obligados á decir con el Profeta: En quién pondré yo al presente mi confianza? Solo en vos, Señor.

Pero á lo menos debo estar seguro de que si despues de haber suplicado á Dios con humildad y confianza; no me concede lo que le pido, me dará alguna otra cosa que me será mas útil que lo que yo deseo; porque al fin las promesas de aquel que es la misma verdad no pue-

den dexar de tener su efecto. El Señor tiene prometido dar á qualquiera que le pida. José pidió sin duda á Dios que le concediese el salir de la prision inmediatamente que le pusiéron en ella, y sin embargo Dios permitió que permaneciese alli largo tiempo, porque queria hacerle salir de ella con mucha mas gloria que hubiera salido al principio. Y diremos que no fué oido José? San Pablo fué atormentado con una tentacion de mucha humillacion para un Apóstol, pídele á Dios, y pídele muchas veces que le libre de ella, y no obstante la tentacion continua: pero porque rogó á Dios, y no cesa de pedirle, Dios le concede su gracia, con cuyo socorro logra contínuas victorias sobre el enemigo, y junta tesoros de méritos para el Cielo. Con lo que el Santo se contempla escuchado en su oracion.

Jamas olvidaré lo que en esta parte me ha sucedido á mí mismo, porque es un testimonio de la bondad de

Dios. Quántas súplicas no he hecho yo por obtener la victoria de un pleyto, del que dependia una gran parte de mi corta fortuna? A pesar de todas mis instancias le he perdido; pero no puedo negar que en medio de la angustia que me ha causado esta pérdida no se me ha escapado, gracias á Dios, ni una palabra de murmuracion contra la providencia, ni ninguna vivacidad contra mi próximo, antes bien me ha servido este sentimiento para desprenderme cada dia mas de las cosas de este mundo, sujetas á tantas vicisitudes, y de aficionarme á Dios, quien puede dar solamente el verdadero reposo. En lugar de estos pocos bienes que yo hubiera querido conservar, y que el pleyto me ha robado, mis súplicas me han obtenido el espíritu de paciencia, de dulzura, y aquel buen espíritu que hace á los hombres santos, y concede el Padre Celestial, como dice el Evangelio, á los que le piden (*Luc.* 11.): *Spiritum bonum.*

Supongo que me hallo al presente en qualquier otro estado de afliccion. Yo he rogado á Dios incesantemente, le he hecho ofrecer muchas súplicas para que se dignase libarme de él, ó á lo menos disminuirle ó suavizarle. Pero no, Dios parece insensible á mis llantos, mi afliccion parece aumentarse con mis instancias. Ay de mí! Dios mio, quándo pues me oireis vos? Ay de mí! Señor, quándo me consolareis (*Psalm* 118.)? Acordaos, yo os lo suplico, sé que vos sois mi Criador, y el mas compasivo de todos los padres, y dexaos mover á la vista de los males y gemidos de un hijo vuestro.

No obstante, ó alma mia! si lo que tú pides tan freqüentemente y con tanto ardor á tu Dios no es conforme á su gloria y tu salud, te atreverás tú á desear que él te oiga? Y si él te oye, te dará en esto una señal de misericordia y de amor? Y tú acaso amarás á tu Dios como debes, si deseas que te conceda lo que tú miras como una gra-

cia, quando no lo es á sus ojos?

Ah! Dios mio, ninguna cosa os pido sino el cumplimiento de vuestra voluntad; y la paciencia que me es necesatia para soportar esta dura y larga prueba, si vos quereis que continue. No me negareis, Señor, esta paciencia, porque vos sois un Dios fiel en guardar vuestra palabra. Vos habeis prometido oir á los que os invoquen en sus males, y si vos no me ois segun mis deseos, lo hareis á lo menos del modo que me sea mas saludable. Yo os digo, como en otro tiempo San Agustin, dignaos, Dios mio, de concederme lo que deseo, *da quod quæro.* Pero si esto no es conforme á vuestra voluntad, yo estaré siempre contento, con tal de que vos mismo seais toda mi felicidad y toda la vida de mi alma: *Si autem tu non vis, tu esto vita mea, quam semper quæro.*

DIA TREINTA.

Hæc mihi sit consolatio, ut affligens

me dolore non parcat. Job. 6.
Etiansi occiderit me, in ipso sperabo Idem 18.

Que el único consuelo en mi dolor consista en que Dios no dexe de afligirme.
Aunque el Señor me diere la muerte, no dexaria de esperar en él.

Lleno de confianza en la misericordía de Dios recurro á él, para que me dé algun consuelo en medio de mis penas. Suplico á este Padre de misericordias que haga sentir á mi alma afligida esta uncíon de su gracia, que facilita la práctica de la paciencia, y hace hallar placer en medio del sufrimiento. Señor, le digo yo algunas veces con el Profeta, tened compasion de mí, consolad un poco á vuestro siervo: *Miserere mei, Domine; lætifica animam servi tui* (*Psalm.* 85.). Pero qualquiera que sea la súplica que yo le haga, no tengo ningun motivo pa-

ra decir con el mismo Profeta, que Dios me consuele á proporcion de los dolores que padezco.

Pues en este estado, qué es lo que yo debo hacer? Debo continuar mis súplicas para alcanzar lo que deseo. Dios me lo permite, y debo esperar firmemente, que cuando el consuelo me sea necesario él me le dará. Si Dios quiere que yo esté en el sufrimiento como en un desierto en donde todo sea para mi tinieblas y objetos lúgubres, debo reiterar mis actos de sumision, sin cesar de tener mis ojos y mi corazon elevados al Cielo, en donde habita el Dios que me prueba tan rigurosamente, y á exemplo de Job, agobiado de males y de tristeza, poner únicamente mi consuelo en no tener consuelo alguno. Que Dios (dice este gran Santo) movido solamente de los intereses de su voluntad y de su gloria, que Dios aumente mis dolores, que sean bastante vivos para arrancarme la vida, sin que mi alma tenga jamas ni una sola gota de este

dulce rocío que hace llover algunas veces sobre las almas que sufren, él será siempre el objeto de mi esperanza y de mi amor, el mismo estado de desolacion en que me dejará será todo mi consuelo.

Dejemos pues á Dios la disposicion de sus dulzuras, que use de ellas, así en esto como en todas las demas cosas, segun fuere mas conforme á su voluntad: por mi parte, como dice el Autor de la Imitacion de Jesu-Christo (*lib.* 2. *cap.* 11.), es necesario disponerme á padecer muchas penas, y á mirarlas como los mas grandes consuelos. En nuestras aflicciones, nuestros méritos y adelantamientos espirituales no vienen de los gustos y consuelos que tenemos, sino de nuestra sumision y de nuestra paciencia; ademas de que se podria temer alguna vez que las dulzuras sensibles nos disminuyesen los méritos y los progresos. Nunca se puede adelantar mas en el camino de la perfeccion que quando uno está sobre su cruz en esta es-

pecie de desamparo que experimentó Jesus sobre el calvario de parte de su Padre.

Buscar consuelos y dulzuras en la afliccion, es buscar el placer para sí, en donde no debe buscarse sino el buen placer de Dios; es parecerse á los niños, que no toman voluntariamente algunos trabajos sino con la esperanza de que serán presto recompensados (1. *Cor.* 13). La verdadera caridad no busca sus propios intereses, sino el agradar á aquel á quien ella mira en todas las cosas, asi en el sufrimiento como en la accion. Querer consuelos en las afliciones, es querer, decia San Francisco de Sales (*Epist.* 4. *l.* 5.), que nuestras cruces sean hechas de una madera preciosa y de dulce olor, y que Dios no nos hable siempre en medio de las espinas, sino alguna vez entre las flores, lo que no se lee que haya hecho jamas.

No me desanimo hoy en la adversidad quando Dios me dexa sin

consuelos, sino porque apegué á ellos mi corazon quando me los concedió en otros tiempos de afliccion. Verdad es que yo me detenia en lo que ellos tenian de gustoso, y que yo les desearia para mi satisfaccion; pero este era un deseo reprehensible, y un desarreglo del amor propio, que Dios ha querido corregir. Por medio de la sequedad en que me dexa al presente quiere mis adelantamientos en la humildad y paciencia, y que sufriendo solamente por él, merezca sin cesar un mas grande acrecentamiento de gracias y gloria. Así, suframos por él, y por lo que hace á lo demas, no le pidamos nada, sino que su brazo invisible no cese de sostenerme; ó si yo le pido consuelos, que sea siempre con una plena y absoluta resignacion á su voluntad, y que sea á lo menos no por la dulzura que yo encuentre en ellos, sino porque son un refrigerio celestial que puede darme valor y fuerza para sufrir, y ayudarme a perseverar constantemente en la virtud,

á pesar de todas las desgracias y malos sucesos de esta vida.

Baxo el peso de la cruz de que me habeis cargado yo nó tengo, ó Dios mio, estas dulzuras, estos gustos espirituales, que muchas veces moderan sensiblemente las penas del espíritu, que endulzan las amarguras del corazon, y que derramándose en alguna manera hasta sobre el mismo cuerpo, adormecen como por un divino encanto la vivacidad de estos dolores. Tal es muchas veces el estado de sequedad y de aridez en que me encuentro, que no puedo menos de gritar prorrumpiendo en profundos suspiros, cómo en otro tiempo vuestro Hijo Jesus sobre su cruz: Dios mio, ó Dios mio! por qué me habeis desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me* (*Matth.* 27.)? Yo os bendigo, Señor, en vuestros rigores; yo los acepto, me resigno á ellos y los adoro; no cesaré jamas de esperar en vos, siempre os amaré, y vos siempre sereis mi Dios.

Pero por triste y dura que sea la situacion, yo tengo, Señor, muchas veces en mi adversidad un consuelo, de que os doy las gracias, y es el que me dexais los lábios y un corazon para ofreceros juntamente, así los males rigurosos que me enviais, como las negaciones que me haceis de las dulzuras que os pido. Sí, Dios justo, Dios siempre amable, consiento en no esperimentar jamas alguna calma que me suavice el rigor de las borrascas á que me veo expuesto. Consiento en que vuestro brazo dexe sentir todo su peso de tal suerte sobre mí, que el cuchillo con que me traspaseis me conduzca infaliblemente á la muerte. No necesitaré de otro consuelo, si vuestra gracia me sostiene, y si vuestro amor se aumenta á cada instante en mi corazon, que es á lo que limito únicamente mis deseos en esta vida.

EL ESPÍRITU CONSOLADOR.

PARTE SEGUNDA.

QUE CONTIENE LOS SENTIMIENTOS
AFECTUOSOS DE UNA ALMA
CON SU DIOS.

SENTIMIENTOS
DE UNA ALMA
DESENGAÑADA DEL MUNDO.

I.

Divertiré yo aun por mas tiempo las inquietudes secretas de mi alma con la frívola esperanza de hallar por último alguna cosa que la satisfaga?

Vanos placeres! os llamaré yo siempre inútilmente al socorro de este vacío espantoso que siento dentro de mí mismo? Ay de mí! quántas veces me he lisonjeado de que vosotros podriais llenarle? Frustrada mi esperanza, sin desengañarse por esto, quántas veces ha buscado en la variedad el remedio del engaño que padecia? Mí corazon, semejante á la arena, que es

el juguete de los vientos, se ha dexado llevar por el capricho de mil pasiones extravagantes. Errante de objetos en objetos, sin que ninguno haya podido fixarle, ha creido substituir, á lo ménos por la variedad, lo que faltaba á su satisfaccion; pero en vano se ofrecia alternativamente á todas las criaturas, porque le respondian por su insuficiencia como en otro tiempo á San Agustin: "No te engañes, poniendo en nosotros tu amor: »nosotros no somos la felicidad que »tú buscas, ni sabremos hacerte di»choso: élevate sobre todas las cosas »criadas, y ve á buscar en el Cielo »á aquel que nos ha hecho: ah! quán»to es mas grande y mas amable que »nosotros."

Ay de mí! Resistiré yo siempre? No me rendiré jamas á este llamamiento saludable? Seré siempre sordo á esta voz de mi experiencia? Qué he conseguido yo de mis apresuramientos por este mundo, á quien tenia consagrados mis principales respetos y de-

seos? Sus locas alegrías, es verdad, han lisonjeado por algun tiempo mis primeros excesos, y mi suerte me parecia deliciosa; pero bien presto, fastidiándome de mis propios ídolos, he hallado mi castigo en mis disgustos. Esta es la suerte de los placeres de los sentidos: al goce y posesion se sigue la saciedad, y ésta arrastra necesariamente tras de sí el enojo y la inconstancia.

II.

¡Ciego é insensato! Buscaba en el mundo la libertad, la alegría y la dulzura de la vida, y no he encontrado sino la turbacion, la servidumbre, la amargura y la desdicha de mis dias. Sus promesas han encendido mas mis deseos sin satisfacerlos; sus repulsas no han hecho sino irritar mis pasiones, y sus placeres no me han servido de otra cosa que de multiplicar mis disgustos; me he visto esclavo de mil señores desapiadados, que me han tiranizado

sin miramiento, y á quienes he obedecido sin mérito.

Estimulado del vivo sentimiento de mi miseria, me he vuelto de todos lados, y he tentado todos los caminos que parecian conducir á la felicidad; pero viendo que mis cuidados eran inútiles, he querido saber de otros mundanos si acaso serian ellos mas felices que yo: he preguntado sobre esto á los partidarios de las diferentes pasiones que el siglo inspira, y consultado alternativamente á los poseidos de la ambicion, del deleyte y del ócio: éste me ha manifestado el enojo que le devora, aquel los caprichos y las perfidias que padece, y el otro las agitaciones que le despedazan; todos se quejan de su destino; ninguno está contento.

O hombre! quál es pues tu suerte, si el Cielo imprimiendo en tí deseos de felicidad, te ha puesto en una imposibilidad absoluta de satisfacerlos? Serán acaso tus conocimientos un castigo ántes que un don del Criador? Y

la razon, esta luz divina que hermosea tu ser, no te distinguiria tan gloriosamente del bruto, sino para hacerte mil veces mas desdichado que á él? Lejos de nosotros una idea tan injuriosa á la bondad de Dios, y tan poco digna de su magnificencia. Si nosotros padecemos, es porque nos engañamos en la inquisicion de los verdaderos bienes.

III.

Sí, nuestro error es el que causa nuestra desdicha. Llamados á una felicidad proporcionada á nuestros deseos, que son infinitos, conocemos su necesidad, pero ignoramos su naturaleza y su orígen. Así como el viagero que camina en las tinieblas se entrega á la primera senda que encuentra debaxo de sus pies, seguimos nosotros á la ventura todo lo que se nos presenta baxo un vano fantasma de felicidad; pero bien pronto apercibimos, viendo desvanecerse entre nuestras manos,

que no era sino un falso resplandor, ó un humo ligero, porque tal es la condicion de los placeres de la tierra: un mismo momento los ve nacer y morir.

Quál es vuestra bondad para el hombre, ó gran Dios! atraerle continuamente á vos, sin permitirle que pueda ser feliz sin vos?

O alma mia! conoce en fin tu ceguedad; fixa aquí tu destino; reflexiona seriamente; examina qual ha podido ser el designio de aquel que te ha criado; porque tú no te has formado á tí misma.

Tiende la vista sobre todo lo que te rodea. El Criador de todas las cosas, que no ha debido hacer nada, ni lo ha hecho sino por su gloria, te hubiera criado para dexarte errar sola á la voluntad de tus deseos desarreglados, sin otro fin que el de satisfacerlos? Podemos nosotros de buena fe creernos en este mundo para nosotros mismos? El hombre sería para sí mismo su fin y su centro? El hombre,

el mas perfecto de las obras de Dios, sería solo el que no debiese caminar á un fin proporcionado á la nobleza de su ser, y á la soberanía de su Autor? Estaria él solo en derecho de disponer de sus acciones á su fantasía?

IV.

Es posible que solo el hombre tendria facultad para violar el órden inmutable que la sabiduría del Criador ha establecido en todo el universo, en donde cada ser llena su destino, cada criatura satisface aquellas funciones que le han sido encargadas, en donde el Sol alumbra, el fuego calienta y el ayre refrigera? Solo el hombre no viviria para aquel por quien solo él vive? El esclavo no sería de su Señor? La obra no perteneceria á su Artifice? Se podria concebir sin absurdidad una igual idea? O Cielo! Es posible que esta idea, este sentimiento tan monstruoso, y

tan contrario á las mas simples nociones de la razon, la haya yo tenido, ó á lo ménos me haya conducido como si la tuviese? En vano me han dado las criaturas mas insensibles lecciones de obediencia y de fidelidad; los gritos tumultuosos de mis pasiones me han hecho sordo á tantas voces como me daban el culto y la sumision que vos exigiais de nuestra dependencia. Yo, Señor, soy solo en toda la naturaleza el que he rehusado entrar en los designios de vuestra sabiduría. Engañado por unos vanos prestigios no he escuchado sino á los encantos de un mundo profano; he entregado mi corazon á injustos amores, que multiplicando mis deseos y mis crímenes, no han hecho sino multiplicar mis cadenas y trabajos. Quán justo sois, Dios mio, en castigar al hombre por sus mismas pasiones, y en obligarle por sus propias angustias á que rinda homenage á la santidad de esta ley suprema, y de esta sabia subordinacion que ha intentado trastornar!

El hombre os ha abandonado, ó Dios mio! solo por seguir sus pasiones; pero vos permitis por una consecuencia forzosa que gima despues en una dura esclavitud. Se lisonjeaba locamente de que sus pasiones le harian feliz; pues es necesario que ellas mismas causasen su desdicha, y que le den á conocer por una funesta experiencia, que todo lo que no pone en un corazon el bien soberano no son sino falsos bienes que le dejan vacio, ó males en realidad que le llenan de inquietud.

V.

Yo no dudo mas, Señor, esta injusta preferencia y esta rebeldía tan odiosa ha sido el orígen de todos mis males, despues de haber causado todos mis desórdenes.

Qué otra cosa es necesaria para acabar de determinarme á tomar un partido, sino que yo os vuelva lo que mi orgullo os ha negado hasta este

dia, para que al mismo tiempo se restituya á mi corazon la tranquilidad que ha perdido, y reuna de este modo todos sus intereses?

Pues por qué dudar, ó corazon humano! ó prodigio de contradiccion y de flaqueza!

No alma mia! hasta quándo no amareis vos en las criaturas sino vuestras iniquidades y vuestras penas? hasta quando arrastrareis vergonzosamente estas cadenas que os fatigan? os costaria por ventura mas romperlas, que llevarlas con tanto trabajo? os serian mas penosa la virtud y la inocencia, que los desarreglados deseos de que sois esclava? por qué comprar á tanto precio turbaciones, servidumbres y remordimientos? por qué obstinaros en llevar una carga, cuyo peso os abruma? qué perdereis vos, yo os pregunto, sacrificando unos placeres insípidos, ó mas bien unos cuidados tristes y crueles por hallar la paz y la libertad?

No ganareis mucho, haciendo

que no dependa vuestra suerte de la tiranía de un mundo pérfido, que baxo una bella apariencia no dá á sus adoradores sino angustias, negros furores zelos y disgustos.

Es necesario deliberar tanto para dexar estos caminos tristes y dificiles, y aseguraros una felicidad, por la que suspirais hace tiempo?

Pues que el mundo no ha tenido bastante poder para dárosla, volveos de parte de Dios; gustad y ved si no es mas dulce estar con él, y si él solo no basta á los que le poseen. El ha podido criarnos, y no podria satisfacernos? El solo ha puesto en nosotros estos deseos infinitos, como él, y él solo es el que puede llenarlos.

VI.

Ay de mí! quando la virtud no tuviese otra ventaja que ponernos al abrigo de todas las tempestades de las pasiones, quando no ganásemos, volviéndonos á Dios, sino sacudir

el yugo del mundo, colocarnos sobre sus esperanzas y vicisitudes, no depender mas de sus caprichos, ni sufrir sus desayres, librarnos de este vacío contínuo que nos sirve de carga, y no cansarnos mas, corriendo en vano tras de unas fastasmas, que se nos huyen sin cesar. Ah! quando no se consiguiese mas que esto, el destino de una alma justa no seria siempre digno de envidia?

En efecto, qué comparacion puede haber entre las violencias de una justa templanza, entre el pequeño trabajo de moderar unos deseos frívolos, y el furor de los zelos, la humillacion de las preferencias, las amarguras de las amistades profanas, y la desesperacion de los malos sucesos?

No, niguna cosa es mas triste que la condicion de un amador del mundo. Entregado á mil inclinaciones de que se avergüenza, vé toda la indignidad de esclavitud, se revuelca entre sus cadenas, y no tie-

ne fuerza para romperlas : todo le disgusta , ninguna cosa puede sosegarle , porque variando alternativamente de pasion en pasion, él mismo conoce que no consigue sino variar en sus amarguras : arrastrado por su flaqueza , y arrebatado por las mismas penas que padece , condena el propio crímen que él se permite y lleva consigo por todas partes unos remordimientos importunos, que no puede sofocar : el mismo delito, tras del que ha corrido con tanto gusto y apresuramiento , corre despues tras de él como una ave de rapiña, que se agarra á su corazon para despedazarle y castigarle del placer que él mismo le ha dado.

Pintura demasiado fiel , de cuya verdad podrian deponer mis lágrimas! Situacion espantosa , en que me he visto repetidas veces!

VII.

Mundó engañoso , pues que esta

es la recompensa que sabes dar á tus favoritos, quién habrá desde hoy que se apresure por una felicidad semejante? Por lo que á mí toca, despues de hallarme bien castigado por mi propia credulidad, y por la fe que he dado tan lijeramente á tus promesas, renuncio á tus felicidades para siempre, y á exemplo de la Magdalena voy á llevar á los pies de Jesucristo mis cadenas y mi confusion, los instrumentos de mis falsos placeres, las insignias de mi servidumbre, y la causa de todas mis penas.

Pero qué he dicho yo, Señor! Qué puedo yo prometerme de mis resoluciones, si vos mismo no fixais las incertidumbres de mi alma, y si vos no la librais de su propia instabilidad? Tengo mil motivos para desconfiar de mi flaqueza: he sentido demasiado hasta el presente las funestas impresiones que dexa el vicio: he experimentado bien á mi costa lo que pueden una larga costumbre y la ley

de los sentidos; y sé que un corazon disgustado del mundo, y persuadido de la vanidad de sus placeres, no siempre es un corazon mudado.

Razon humana, vana filosofiia! De que me ha servido hasta aquí el que me hayais hecho ver la profundidad de mis llagas, sino habeis podido curarlas? He tenido á bien llamaros á mi socorro, y léjos de haberme servido de algun recurso, habeis exásperado mis males, sin darles algún remedio. Quántas veces os he alargado la mano desde el fondo del abismo en que me hallaba? Pero los débiles esfuerzos que mi despecho y vuestros consejos me han hecho nacer para levantarme, no me han servido de otra cosa que de sepultarme mas en la sima, de que intentaba salir.

VIII.

O, y quán felices sois vosotros, los que pusisteis con tiempo un freno

á vuestro corazon , y le acostumbrásteis desde vuestros primeros años á llevar el yugo suave del Señor! Vosotros, los que habeis detenido en su nacimiento el ímpetu de las pasiones, que nos han hecho infelices en el delito, y hacen la amargura y la dificultad de nuestra conversion, quántas inquietudes y disgustos no os habeis ahorrado? quántas felicidades y consuelos no habeis conseguido?

Por lo que hace á mí, Señor, que me he perdido tan miserablemente en unos caminos torcidos y penosos, justo es que pase por medio de zarzas y espinas para volver á hallar el camino que conduce á la paz y á la libertad de vuestros hijos. Como al pródigo del Evangelio, me han llevado mis deseos á un pais bárbaro y lejano, y es justo que padezca á mi vuelta las incomodidades y fatigas de un largo viage. Pero, ó Dios mio, quán engañado estoy! Despues de haber sostenido hasta aquí la cruel tristeza del de-

lito, cómo pondré yo dificultad en padecer la santa tristeza de la penitencia? La molestia que pueda causar la uniformidad de una vida arreglada no puede ser dificil de sobrellevar á quien devora constantemente el enojo y disgusto de una vida inútil, cuya inquietud no ha podido curar ningun placer.

Sí, corazon mio; pues que habeis probado hasta este dia las conturbaciones, los disgustos y las agitaciones del desórden, no temais de ninguna manera las amarguras que creeis hallar en la práctica de la virtud: en las mismas penas y violencias que son inseparables del delito, habeis aprendido las que podeis encontrar en el camino de la piedad. Despues de haber tenido la fuerza y la constancia de ser el mártir de la mentira, podreis juzgaros demasiado flaco para abrazar el partido de la verdad?

IX.

Quál es pues, Señor, el hechizo que me detiene y que me encanta? me habeis acaso arrojado para siempre? no poneis vos en mi corazon estos deseos de mi salud, sino para hacerme mas criminal por las resistencias que yo haga?

No me hubierais llamado desde tan léjos, sino para dexarme perecer delante de vuestros ojos? Alargadme una mano valedora, arrancadme, Señor, de mí mismo. Mi alma cansada de derramar sobre sus cadenas, lágrimas inútiles, no puede hallar sino en vuestro corazon la fuerza que le falta, y la generosa resolucion de romper enteramente sus lazos.

Hombre ciego! no veis que todos los placeres que el mundo puede proporcionar á vuestro corazon, no son sino un poco de agua arrojada en un

horno, que le enciende mas que le apaga? no conoceis que todas las locas alegrías que os presenta, léjos de satisfaceros, no son sino un cúmulo de remordimientos y gusanos roedores que os devoran?

O gran Dios! por qué me detengo en entregaros un corazon convencido por la inquietud que le causan sus delitos, de que no es hecho sino para vos? por qué me obstino yo en buscar en las criaturas esta felicidad quimérica, que no he podido hallar hasta aquí?

X.

No permitais, ó Dios mio! que yo conserve mas largo tiempo la menor inclinacion á las infelicidades de que me avergüenzo: vuestra paciencia las sufre; pero vuestra santidad las condena. Haced que vuestra misericordia las haga desaparecer. No os contenteis con hacer que resplandezca la verdad á los ojos de mi en-

tendimiento, sino haced tambien que esta luz divina acalore é inflame mi corazon, y que ella misma reduzca á cenizas los lazos vergonzosos que aun me detienen.

Por qué mantendré yo mas largo tiempo los disgustos y remordimientos espantosos, que emponzoñan toda la dulzura de mi vida, miéntras no tengo que hacer, sino volverme á vos, ó Dios mio! para ver comenzar mi felicidad, y acabarse mi miseria?

Cómo he vivido yo hasta aquí desde que salí de vuestras manos? qué uso he hecho yo de mi corazon y de todo lo que no me habeis dado sino para glorificaros?

Pero, ó gran Dios! puedo yo esperar que vos aun echeis una ojeada de misericordia sobre mí? no os estremecereis á la vista de este conjunto de crímenes y podredumbre que mi alma ofrece á vuestros ojos, así como os estremecísteis en otro tiempo á la vista del sepulcro de Lázaro?

Ah! pues qué os dignais hoy hacerla entender vuestra voz con la misma ternura que os hizo llamar á grandes gritos á este discípulo sepultado ya de algunos dias, mi alma saldrá tambien como él del sepulcro en que la habia puesto el pecado, dexará en él todas sus ligaduras, y volará hácia vos. Reconoced, pues, ó alma mia! la voz de vuestro Dios: despojaos de estas vestiduras de muerte de que estais cubierta; y suplicad á ese Dios, cuya bondad os llama, el que se digne quitaros estas ligaduras, que hacen aun á vuestra voluntad perezosa y tardía, y la impiden obrar con la actividad y vigor de una nueva vida.

Qué es lo que podría detenerme en estos caminos tristes por donde voy hace tantos años! Engañado del mundo, en el que ninguna cosa ha correspondido jamas á mis deseos y vanas esperanzas, llevando por todas partes un corazon enfermo é inquieto, sin hallar ninguna cosa que le

sosiegue ó que le calme, huyendo todo lo que puede despertar los sentimientos de una conciencia turbada, llevándolos por todas partes conmigo, apartado todo pensamiento de la eternidad, y no pudiendo perderla de vista, no debo yo temer, ó Dios mio! el que os canseis al fin de todas mis resistencias, y que dexeis de correr tras de una oveja indócil, que merece tan poco vuestra diligencia y cuidado! Ah! Señor, dignáos fixar mis irresoluciones: quebrantad las cadenas, que yo no tengo fuerza para romper: escuchad mis deseos, y no repareis en mis flaquezas: acabad mis penas, curando mis llagas: poned fin al combate que siento dentro de mí mismo: volved á ser el dueño de mi alma, y haceos el mas fuerte en mi corazon. Vos veis, Señor, mi flaqueza: estoy como un hombre que ha sido largo tiempo combatido de las ondas y de la tempestad, que quando se levanta experimenta una misma turbacion, y se

encuentra fuera de estado de sostenerme, si una mano socorredora no le impide el que vuelva á caer.

Ya no soy yo el que os resiste, ó Dios mio! sino la fuerza de la corrupcion y de la costumbre. Arrancadme del mundo y de las criaturas, para quienes vos no me habeis hecho, y destruid para siempre en mí á este hombre de pecado que yo aborrezco, y que ha llegado á hacerse mas fuerte que yo: su resistencia ultraja vuestro poder; pero vengaos, Señor, sometiéndole para siempre.

Dios Todopoderoso! solo á vos pertenece inspirar el deseo de amaros y serviros, y hacer que al mismo tiempo se os sirva y se os ame. No sufrais que yo arrastre por mas tiempo el deseo estéril de poner fin á mis desórdenes, y la vergüenza de perseverar en ellos: vos me habeis manifestado lo peligroso, lo falso y lo frívolo de las criaturas: no permitais que mi corazon vuelva á hallar

jamas estos primeros hechizos de que no ha podido defenderse, y de que no se libraría mejor, si vos le abandonáseis á su flaqueza é inconstancia natural. Bien conozco, Señor, con confusion, que estos tímidos principios no son dignos de vuestras bondades, y me avergüenzo de mi lentitud en aceptar la mano misericordiosa que vos me extendeis, miéntras que he corrido con precipitacion á arrojarme en el hoyo cenagoso de que vos quereis sacarme; pero mirad mas á mi desgracia que á mis crimenes. O gran Dios! sufrid, pues, que para dexar por último los descarrios de una vida toda criminal, levanté yo en este dia mi voz hasta vos desde el fondo del abismo en que he caido. Estoy atado por tantas cadenas en la profundidad de esta sima espantosa, que á pesar de todos mis deseos permanezco siempre inmóvil: no me queda libre otra cosa sino la voz de mi corazon, mis suspiros y mis lágrimas. Sufrid que yo las

lleve á los pies de vuestro trono: haceos sensible á las tristes expresiones de mi dolor: sed mi refugio: permitid que yo derrame mi vergüenza y mis pesares en vuestro seno paterno, que implore vuestros consuelos contra el sentimiento de mi propia indignidad, y que recurra á vos quando estoy abandonado de mí mismo.

Ay de mí? no me entregueis á mis delitos, y á la desesperacion que se les seguiría; dignáos llamarme dentro de mí mismo, y haced que el atractivo de una dulce esperanza dé algun aliento á mi corazon abatido: volved la vida con vuestras bondadades á un desgraciado, que de ninguna manera las merece; pero que las reclama, y que se arroja á vuestros pies para regarlos con sus lágrimas. Yo siento toda mi miseria y toda mi flaqueza; pero la gracia no es por ventura mas fuerte que la naturaleza? El vaso de lodo en las manos del Obrero Todopoderoso no puede hacerse mas sólido que el cobre, mas

brillante y mas puro que el metal mas precioso?

Vos veis, ó Dios mio! vos veis mis deseos, y los gemidos de mi corazon no os son desconocidos: qué puedo yo deciros, que vos mismo no leais en el fondo de mi alma, y que pueda igualar lo que yo siento? Agitado de mil movimientos diferentes me aflixo, me avergüenzo, callo y espero: este silencio de mi vergüenza es la mas clara confesion de mis delitos, y os dexa percibir bien mis arrepentimientos. Sí, Señor, mi flaqueza y mi insuficencia os hablan por mí: haced que muevan vuestro corazon, y sean el motivo de vuestras misericordias. Yo no soy, como vos sabeis, sino un poco de polvo, un soplo agitado que casi no tiene consistencia; pero haced de modo que vuestra compasion crezca con los peligros, á que me expone la instabilidad de mi naturaleza. No desecheis mis deseos por mas que no sean hasta ahora sino gritos de un corazon

enfermo, á quien sus propios disgustos traen á vos como á pesar suyo. Perfeccionad, Señor, estos deseos, recibiéndolos; y acabad por vuestra operacion secreta, de dar á mi conversion el ardor y la generosidad que aun le faltan. Así sea.

SENTIMIENTOS

DE UNA ALMA

QUE LLORA SUS PECADOS.

I.

De qué me serviría, Señor, el conocer mi miseria y deplorarla, si no procuro finalmente dexar los caminos tristes de la iniquidad, y esta region estéril en donde me muero de hambre y de flaqueza, hace tanto tiempo? Como el Pródigo (porque esta imágen me acuerda la situacion en

que me hallo, y me enseña al mismo tiempo lo que debo hacer para salir de ella): como el hijo Pródigo me levantaré y me iré á mi Padre..... Pero me atrevo yo á llamar mi Padre al Dios santo, al Dios terrible, á quien he ultrajado? Hijo ingrato y rebelde, no he perdido yo por mi desobediencia y apartamiento el privilegio de mi gloriosa adopcion? No me honra bastante el título de siervo, despues de haber sido voluntariamente esclavo de mil pasiones vergonzosas? No hay duda, y mis deseos no deben ir mas léjos: tambien confieso que no merezco vuestra ternura, y que me basta ser objeto de vuestra compasion. Sí, yo me tendria por dichoso si os dignáseis recibirme entre los últimos de los que os sirven.

Vos me veis á vuestros pies, ó gran Dios! en una extrema confusion, sin osar levantar los ojos á vos, ni hablaros sino por mis lágrimas y mi abatimiento; este es el solo len-

guage que puedo hacer entender á vuestra misericordia en el estado en que estoy, y es el solo que conviene á la turbacion de mi alma. Ay de mí! De todos los bienes que habia recibido de vuestra liberalidad al entrar en el seno de vuestra Iglesia no me ha quedado otra cosa que la vergüenza de haberlos disipado.

II.

Me reconocereis vos, Señor, en medio de estos trapos viejos é inmundos que me cubren! La pobreza me ha despojado, la hambre me ha desfigurado, y yo no debo ser sino un objeto de horror á vuestros ojos: no tengo disculpa, ni bienes, ni méritos que presentaros; todo se reduce á lágrimas; he aquí todo mi recurso: pero en medio del vivo dolor que me atormenta, ellas os dirán lo que mis expresiones no podrian hacer sino imperfectamente: su-

frid sólo que yo las derrame en vuestro seno paterno ; permitid que toque las puntas de vuestra ropa con la misma fe y sentimiento que lo ejecutó aquella muger del Evangelio, que desfallecía en medio de una larga enfermedad.

Vos, Vos, Salvador Divino, convidais con una bondad compasiva á todos los que están en medio de la angustia y del dolor á que se acerquen á vos. Habeis prometido no desechar á nadie, y recibir aun mas particularmente á los mas pobres y abatidos; yo pues, me atrevo sobre la fe de vuestra palabra á buscar un asilo contra vuestra justa indignacion en las entrañas de vuestra divina misericordia. Soy indigno, es verdad, de levantar los ojos á vos, y de pediros mi perdon, pero la extremidad de mis males os habla por mí, y os lo pide. Haceos, Señor, sensible á esta voz de mi confusion y de mi dolor; y considerad, que ya no amo mas mis males, sino que únicamen-

te siento la vergüenza y el peligro de perderme. Ay de mí! Vos habeis corrido tras mí con una bondad constante quando yo mas os huia: no me abandoneis ahora que me vuelvo á vos; si son tantos y tan grandes mis delitos, que igualan á los que todos los pecadores han cometido contra vos, hacedme experimentar todas las gracias y misericordias que los han remitido y borrado en ellos.

III.

Bien sé, ó gran Dios! que si consultais solamente á vuestra justicia, no hallareis razones sino para desecharme y dexarme perecer; pero que las hallareis bien grandes para recibirme y salvarme, si mirais á vuestra clemencia; este arbitrio amable hace como el fondo de vuestra naturaleza: la cólera y los castigos os son, por decirlo así, extrangeros, y somos nosotros los que los hacemos na-

cer por nuestros propios crímenes, en lugar que vos no echais mano por vos mismo sino de la bondad que los perdona.

Considerad tambien, Señor, que los rigores de vuestra cólera, perdiendo á un flaco mortal, no harán resplandecer tanto vuestro poder como se admirará vuestra bondad si concediereis gratuitamente la gracia necesaria á un pecador. No ignoro, que para que os compadezcais de mí es menester que vos dexeis obrar toda vuestra bondad; pero tambien es cierto, que sobre su extension infinita es sobre lo que yo fundo mi esperanza. Ella es, segun el Profeta, la que hace levantar á los que están sepultados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y los conduce á los caminos de la paz: ella es la que os obligó á baxar del cielo para venir á visitarnos en nuestro destierro, y en el estado de obscuridad y de indigencia en que gemíamos hacia tanto tiempo. Ah! esta mi-

sericordia, la mas tierna y abundante que hubo jamas, es la que yo imploro contra el terror de vuestros juicios; me arrojo entre sus brazos como un niño, que sobrecogido de miedo, se precipita inmediatamente en el seno de su tierna madre.

IV.

Quando todos los horrores de mi vida pasada se presentan delante de mis ojos, no puedo sostener su vida sin ser penetrado del mas vivo temor, me parece oir á cada instante aquella sentencia espantosa que arrojará para siempre á los pecadores de vuestra presencia: se me figura que el infierno se abre debaxo de mis pies, y que hace resonar á mis orejas los gritos y alharidos de las infelices víctimas del pecado, que ha precipitado vuestra justicia á estas llamas eternas.

O cúmulo espantoso de todos los

males! ó suplicios sin fin y sin límites! ó infierno! Puedo yo pensar en tí sin estremecerme? Poco ha faltado para que yo no haya sido hecho tu presa. O pecado, que ha habierto este abismo espantoso! monstruo horrendo! quán grande es la estupidez de los que no te temen!

O alma mia! que denso velo era el que no os dexaba ver vuestro peligro? qué ceguera fatal os impedia el percibir este lugar horrible, en el que vos estabais al punto de caer? O Dios mio! de qué abismo no me habeis librado? En dónde estaría yo si vuestra misericordia no se hubiese dignado abrirme los ojos y romper esta venda funesta formada por mis pasiones?

Quál seria mi paradero si vuestra paciencia no me hubiese esperado en mis dilaciones? O gran Dios! lo digo temblando, el infierno seria ya mi habitacion; mi lugar estaba ya señalado allí, y pertenecia ya para siempre á este pueblo réprobo,

que debe sentir eternamente los tristes efectos de vuestra cólera: mi nombre parecia escrito con caractéres de fuego en el libro de la muerte entre estos desdichados que vuestra venganza precipita en esta morada de horror y desesperacion.

V.

Qué prodigio de clemencia, Señor! El abismo ha oido vuestra voz, y vos me habeis arrancado de él. O Cielo! es esto verdad? Puedo yo creer la admiracion en que estoy? Con que aun no estais vos perdido para mí! O Dios mio! es posible que puedo yo aun aspirar á la dicha de poseeros! Ah! siendo esto así, quemad, cortad, despedazadme aquí, no me perdoneis nada en el tiempo, con tal de que me perdoneis en la eternidad. Haced derramad sobre mí todos los males de este mundo, los dolores mas agudos, las aflicciones mas excesivas, los tormentos mas

crueles : qué se yo ! aun los mismos del infierno , con tal de que yo os posea , que esté con vos eternamente , y que yo os ame : solo esto me basta , con esto estoy contento y nada temo.

Pero , ó Divino libertador mio! para conseguir un bien tan grande, para expiar unas faltas que han merecido tan grandes castigos , y manifestaros dignamente mi reconocimiento , tendré yo bastante vida, serán bastantes mis extremos y mis lágrimas!

Misericordia inmensa y toda gratuita de mi Dios ! Vos sois la mas amable de sus perfecciones , y yo experimento bien en este dia lo que dice el Profeta , quando asegura que vos erais la mas amada de su corazon , complaciéndose en hacerla mas resplandecer. Vos sois este oceano sin fondo y sin márgenes , en el que todos los pecadores pueden purificarse de sus iniquidades , y blanquear sus vestidos. Ah! solo en vos colo-

caré yo en adelante los sentimientos de la confianzn mas viva, persuadido de que por grandes que sean mis deudas, no podrán exceder á las riquezas inmensas que yo descubro en vos, y de que quanto mas extremadas sean nuestras miserias, tanto son mas dignas de la liberalidad sin límites de nuestro Dios.

VI.

Pero, ó Señor, si vos sois el mas sólido apoyo de mi confianza, sereis tambien el motivo mas fuerte de mi dolor. Quánto mas bueno ha sido mi Dios para mí, tanto mas culpable me reconozco yo. Su paciencia y su generosidad aumentan el crímen de mi rebeldía, ponen el cúmulo á mis pesares, y serán en adelante su medida. Me reprehenderé sin cesar en medio de las amarguras de mi alma, triste y desconsolada, haber tenido atrevimiento para poner mis manos parricidas en el mas tierno de todos los

Padres; que he vendido vergonzosamente al mas fiel de todos los amigos, y que he ultrajado con indignidad al mas amable de todos los esposos; y estos cargos, hiriendo sensiblemente mi corazon, le harán experimentar todo el dolor que causa en los primeros momentos la pérdida de un padre, de un amigo y de un esposo amado.

O pecado! horrible mal! Se comprehende bien todo lo que es? Es una oposicion al solo y verdadero bien; es una rebelion contra el Soberano Señor, un desprecio del Rey de los Reyes, un trastorno del órden y de la sabiduría, una preferencia de la nada al todo, qué diré yo? Es un error, una flaqueza: no es una locura, un furor, una perfidia y un desarreglo total. Todo esto es el pecado en sí mismo, y aun mas que todo esto en sus conseqüencias. Es el orígen del ódio, de la cólera y de la venganza de Dios. El pecado es el que ha cavado los abismos del in-

fierno, el que ha inundado la tierra de calamidades y miserias, el que ha despoblado al Cielo de sus mas perfectos habitantes, el que ha puesto la desolacion en el universo. Sí, el pecado es el que ha hecho entrar la muerte en el mundo, la muerte del cuerpo, la muerte de la alma, la muerte del Hijo de Dios. Qué mal, exclamaré yo una y mil veces, qué mal tan horrible! quién podrá jamas formar de él una justa idea?

O vos, Príncipe y modelo de los penitentes, que regabais todas las noches vuestro lecho con vuestras lágrimas, que mojabais con ellas vuestro pan: y las mezclabais con el agua que bebiais, alcanzadme que yo aprenda á vuestra imitacion á no poner límites á mi arrepentimiento y á mis gemidos. Podré yo llorar bastante? me será fácil detestar demasiado mis pecados sin número? Ay de mí! cómo podré yo dexar de llorar unos pecados que casi han comenzado con mi vida? Oh! si desde las

aguas bautismales hubiese sido yo llevado á la sepultura! Infeliz de mí! quién dará á mis ojos un torrente de lágrimas? O gran Dios! la naturaleza no podrá subministrarme bastantes; pero lo que es superior á sus propias fuerzas, no excede las de vuestra gracia.

VII.

Vos, Señor, que sacasteis del seno de una roca las aguas mas abundantes, haced que mis lágrimas corran sin cesar. Vuestra misericordia ofreció una fuente de aguas vivas á la muger de Samaria, dignáos pues concederme el mismo favor. Estoy fatigado del cansancio, asi como un ciervo despues de una gran carrera; mi sed es tan grande como la separacion en que estoy de vos, y el dolor que ésta me causa, no me permite de ninguna manera moderar mis llantos, ni poner límites á los deseos de mi compuncion.

O vosotros, bienaventurados penitentes de la Tebaida, prestadme vuestros sentimientos, y los santos rigores que un dolor ingenioso os inspiraba; vosotros, que cubiertos de ceniza y cilicios pasabais las noches enteras en golpearos el pecho, negandoos al sueño, y que toda vuestra ocupacion se reducia á aplacar la ira divina, y hacer una santa violencia al Cielo por unos gemidos capaces de mover la insensibilidad de las piedras mismas. Vuestras lágrimas y vuestros suspiros eran casi todo vuestro alimento. Ay de mí! con qué arrepentimientos y sacrificios aplacaré yo, pues, á mi Dios; yo, cuyos pecados se han multiplicado mas que los granos de arena del mar. Qué ardor, ni que cuidados por vivos que sean podrán reparar la indiferencia criminal con que he vivido hasta el dia para un Bienhechor tan generoso! Qué lágrimas expiarán las locas alegrías á que mi corazon se ha dexado conducir! Ah, Señor! Yo sé que aun quando mis lá-

grimas fuesen mucho mas abundantes que lo que pudiesen ser, mi dolor mucho mas vivo, y los testimonios de mis sentimientos multiplicados hasta lo infinito, jamás serian proporcionados ni á vuestras bondades, ni á mis ofensas.

VIII.

O Salvador mio! no ignoro que una sola falta no puede ser llorada dignamente por las lágrimas de todos los hombres; bien sé que ninguno puede ser salvo sino á beneficio de vuestras grandes y grandísimas misericordias, y que no hay sino las lágrimas preciosas, que vos habeis derramado, que sean capaces de borrar los pecados. Acordaos de que habeis derramado tantas por mí particularmente, y que vuestro amor me ha permitido el que yo las mire como mis bienes propios. O amadas lágrimas! lágrimas de un precio infinito! Suplid á la flaqueza de las mias,

mezclaos con ellas. Haced, Señor Jesus, que yo llore con vos; unid á las vuestras mis lágrimas, para que de este modo no sean ya mas amargas; así correrán con tanta utilidad, como paz y dulzura; rescatarán las lágrimas continuas é infructuosas á á las que he merecido ser condenado; tendrán una fuerza y una virtud que lavarán bien presto todas las manchas de mi alma, y vuestra misericordia será su principio, su fin y su recompensa. Sí, Dios mio, vuestra misericordia producirá mis lágrimas por medio de estos gemidos inefables que vuestro espíritu forma en los corazones, las santificará y oirá algun dia, haciendo escuchar á mi alma esta palabra tan llena de consuelo, como la pecadora del Evangelio tuvo la dicha de oir de vuestra boca por precio de sus lágrimas y de su amor, quando vos la dixisteis que fuese en paz, porque sus pecados ya se la habian perdonado.

Dichosa seguridad, que no puede comprarse á ningun precio; don precioso de lágrimas, cuya dulzura desquita de las mas grandes austeridades; quién me facilitará el que yo os alcance? Ah! vos sereis en adelante el solo objeto de mi ambicion y de mis deseos.

IX.

O gran Dios! si los rigores de la penitencia pueden merecer estos favores de vuestra misericordia, yo me consagro á ellos enteramente; mi dolor tomará en adelante los intereses de vuestra justicia contra lo que ha podido irritarla contra mí; como un cuchillo afilado cortará hasta lo vivo todo lo que se incline aun á la tierra: todo lo que me rodea, y todas las criaturas, de las que he abusado, serán el objeto de mis sacrificios; todo lo que ha causado mis caidas, será para mí tan odioso como mis caidas mismas; todo lo que ha favorecido á

mis delitos, lo miraré como funesto y pernicioso; y todo lo que contribuya á que tomeis venganza de mí, me será querido y digno de estimacion, persuadido de que vos no podeis exîgir demasiado de una alma que os lo debe todo, y que ha pasado una gran parte de su vida en despreciaros y ultrajaros, y de que no podreis prohibirla bastante el uso de las cosas, aun de las mas legítimas, de las que no ha usado hasta aquí, sino para olvidar, y aun para insultar á su divino Bienhechor de quien las habia recibido. Rigores saludablès de la penitencia! vosotros sois el único camino de una alma criminal; vosotros sois toda su ocupacion y su mas grande consuelo; así como una sal divina, vosotros solos podeis preservarla de la corrupcion del pecado.

X.

Puedo yo en efecto hacer demasiado? podré tener por muy grandes los golpes que yo sufra, destruyendo este muro de separacion que me ha apartado tan largo tiempo de mi Dios? Puedo yo encerrarme demasiado estrechamente en mi corazon, despues de haber errado con tanta libertad en los caminos tristes del mundo? Se me podrá hacer demasiado cara la dicha de servir por último á un Señor fiel y benéfico, despues de haber llevado tan constantemente el yugo de mil pasiones injustas? Y sobre todo, podré yo apresurarme bastante despues de haber perdido en la ociosidad y en el crímen lo mas florido de mis dias? Podré yo detenerme ni un momento, quando debo resarcir estos dias de indiferencia por un santo apresuramiento de ternura? Ah! no se quiere sino friamente, ó mas bien, no se quiere lo que se

quiere dilatar. Sí, Señor, léjos de volver atras, y de diferir mi penitencia para otro tiempo, quisiera poder volver á nacer, para comenzar á amaros desde el principio de mi vida. Mi dolor mas amargo consiste en haberos conocido tarde. Lo que me resta de vida no puede consolarme de lo que he perdido. Lo pasado no depende mas de mí; ningun derecho tengo sobre lo venidero; lo presente es solo de lo que puedo disponer: y qué es esto? un momento, un punto..... Y no será justo que le consagre todo á manifestaros mi amor, mi reconocimiento, mi zelo por vuestra gloria, mi sumision á vuestras órdenes, y mis pesares de haberos desagradado?

Sí, los momentos que aun me permite vuestra misericordia los consagro todos á vuestra gloria. Es verdad que se me escapan con rapidez, pero los veré huir con satisfaccion, si os llevan, dirigiéndose hácia vos, unas pruebas continuas de mi amor y de mi zelo.

Estos son, Señor, los deseos de mi justo dolor; vuestra misericordia los ha formado, solo vuestra misericordia puede verificarlos y hacerlos constantes.

Pues que no ha habido hasta este dia momento de mi vida que no haya sido señalado por alguna falta, justo es que no haya ninguno en adelante en el que no esté ocupado en expiarlos. Haced que todo lo que está y depende de mí, concurra, y me sirva para mitigar vuestra cólera; y que mis ocupaciones, mis súplicas, mis lágrimas y mi silencio sean otras tantas voces que suban sin cesar hasta vuestro trono.

Sí, Dios mio, haced de modo que estos caractéres, á los que confio mis suspiros, os los dirijan, aun quando yo no pueda hacerlo por mí mismo; que os hablen á mi favor quando me encuentre en el silencio del sepulcro; y que conservando, quando yo no exista, los ocultos sentimientos de mi corazon, y las expresiones de mi do-

lòr, suplan de alguna manera al poco tiempo que aun me queda para manifestaros toda la amargura y toda la sinceridad de mi arrepentimiento. Así sea.

SENTIMIENTOS

DE RECONOCIMIENTO Y DE DOLOR Á VISTA DE LOS SUFRIMIENTOS DE JESU-CHRISTO EN SU PASION.

I.

Vuestra misericordia, Señor, me sirve de asilo, y me he ocultado en su seno paternal, para libertarme de los tiros de vuestra justa cólera. Ah! no quiero salir mas de esta feliz morada, ni puedo cansarme de considerar con vuestro Apóstol toda su profundidad. Y quién es el que me descubre de una manera mas sensible es-

te fondo tan amable de vuestra caridad, sino estas llagas que vos habeis recibido para expiar mis culpas, y que habeis conservado para animar mi confianza.

Por doloroso que pueda ser á mi corazon este lastimoso expectáculo, él no puede rehusarlo. Ay de mí! esta es la historia de vuestro amor, y una alma reconocida no debe hallar mas dulce consuelo que el de representárselo á todas horas, entregándose á los mas vivos excesos del dolor.

Angeles de paz, que habeis dado tantas lágrimas á este mismo expectáculo, inspiradme los sentimientos que tuvisteis entónces. No fué por vosotros por quienes padeció este amable Salvador, y sin embargo participasteis de sus sufrimientos: y seré yo tan insensible, yo que he dado lugar á ello por mis infidelidades?

O la mas tierna y la mas afligida de todas las madres, que os sacrificais con este Hijo querido sobre el mismo Altar! los dolores que no padecisteis

quando le disteis al mundo, los sentis vivamente viéndole morir: los clavos que le fixan á la cruz os traspasan profundamente el corazon. Ah! oxalá que ellos gravasen en caractéres de sangre al mismo tiempo en el mio unos sentimientos dignos de este misterio doloroso!

Ay de mí! los tormentos que os oprimen son obra mia: qué no pueda yo solo llevar todo su rigor! Y si vuestra generosidad y vuestro amor se oponen á ello, permitid que una tierna compasion me haga á lo ménos participar de un dolor que han causado únicamente mis delitos; y haced pasar á mi corazon, tan largo tiempo insensible á tanto amor, una gota de este mar de amargura que inunda vuestra alma.

II.

El primer teatro de vuestros dolores, ó Salvador mio! es este jardin en que yo os veo postrado en tierra, y

en un abatimiento que hace conocer el exceso de vuestra tristeza. Os estremeceis; vuestra alma se turba; la tierra se riega con vuestras lágrimas; pero no son lágrimas de sangre? Ah, Señor! han venido ya vuestros verdugos? Yo no los percibo, y sin embargo veo correr vuestra sangre. Pues quién puede derramarla? "Pecado»res! vosotros: sí, vosotros sois, des»de aquel momento funesto en que »os ví manchar vuestra alma. Ay »de mí! ninguna cosa se me oculta »de todos los horrores de vuestra vi»da criminal, y estos son los que »adelantando, y aun excediendo la »crueldad de los verdugos, me hacen »mil sangrientas llagas. Qué digo »yo? los tormentos que se me pre»paran, por grandes que puedan ser, »al fin tendrán límites, y no caerán »sobre mí todos de una vez, sino »que se sucederán unos á otros; en »lugar que en este instante los crí»menes de todos los hombres y los »vuestros particularmente vienen co-

»mo de tropel á cargar todos sobre »mí, como otros tantos toros indó»mitos y furiosos.

„Ah! hijo mio, vos, á quien he »regenerado á la gracia con tanto »dolor, sereis insensible á lo que pa»dezco por vos? No aborrecereis en »adelante la culpa que me ha puesto »en este estado, y que puede preci»pitaros á vos mismo á una situa»cion aun mucho mas espantosa, a»partándoos de mí para siempre! »Ah! no la sigais mas; evitad las pe»nas que os amenazan, y esta es »la sola cosa que os pido por pre»cio de lo que padezco. Si tengo »la satisfaccion de ver que corres»pondeis á mis deseos, voy á la »muerte con alegría, y no difiero un »momento presentarme á los que me »buscan."

III.

Ah, Señor! mis lágrimas os dicen lo que pasa dentro de mi corazon al

oir estos cargos llenos de ternura, y ellas os manifiestan el horror que concibo á todo lo que pueda desagradaros. Sufrid que mi reconocimiento recoja con ardor las preciosas gotas de una sangre que debe serme tanto mas querida, quanto es el amor solo el que la hace derramar. O hombre! si tu corazon sabe ser sensible, ahora sí que debe manifestarlo, pues que tiene deudas que pagar.

Ay de mi! adónde vais, Señor? He aquí al discípulo pérfido que ha prometido entregaros á vuestros enemigos; vos estais instruido de su traycion, y sin embargo le recibis con dulzura, le hablais con bondad; pero nada mueve á este traidor, y hace la señal á los ministros que le siguen de que se apoderen de vos.

Se os ata, ó Cielo! se os ata como á un criminal. O Rey de gloria! cómo se os puede tratar con tanta indignidad? Puede acaso ser ligado el poder de Dios por unos flacos mortales? No, sin duda; y si no fuera por los la-

zos invisibles que vos llevais, nada podria aprisionaros; pero el amor que os une á mí de la manera mas estrecha, os hace recibir con alegría unas cadenas que á mí me dan la libertad.

Que no pueda yo robaros á las humillaciones que padeceis, siguiendoos á los diferentes tribunales á que sois llevado, y en los que cada uno de vuestros pasos está señalado por alguna ignominia! Vuestra Divinidad es deshonrada en el consejo de los Judíos; vuestra sabiduría es tratada de locura en la Corte de Herodes, y esta confusion y oprobios no eran debidos sino á mí; la gloria y la grandeza os convenia naturalmente; por qué os habeis despojado de ellas? Ah! ya lo comprendo; el deseo de curar y de expiar un mal tan grande como es mi orgullo, es el que os ha hecho aceptar un remedio tan amargo. Médico Divino! despues de haberos visto beber este cáliz hasta las heces rehusaré

yo gustar con vos de esta amargura saludable?

IV.

La flaqueza del Discípulo que os desconoce tan indignamente es aun para vos, Señor, un nuevo motivo de confusion bien rigurosa para un corazon tierno; pero no por esto se cansa vuestra misericordia, ántes bien arroja sobre este Discípulo una mirada, que le penetra vivamente, dirigida á sacar de sus ojos las lágrimas mas amargas; dignaos pues de mirarme del mismo modo en las diferentes tentaciones en que puedo caer, y mi corazon no resistirá jamás á este lenguage.

A todas las afrentas que se os hacen por todas partes, á las calumnias que se levantan contra vos, Señor, no respondeis sino por un humilde silencio. La Sinagoga ciega y furiosa, despues de haberos condenado, solicita que el Juez Romano confirme

al decreto sanguinario que acaba de dar contra vos, y este Magistrado, no obstante estar convencido de vuestra inocencia, por saciar la rabia de vuestros acusadores, os prepara el tormento mas horrible. O el mas dulce de todos los hombres! Vos os someteis á él con un silencio humilde, y así como un cordero entre las manos del que le trasquila, permaneceis sin defensa y sin voz.

Se os despoja de vuestras vestiduras, se os ata á una columna, se os despedaza á crueles golpes, y se os cubre de sangre: en medio de todos estos tormentos sufris los mas vivos dolores, y no se os escapa ni un suspiro, contento con recibir sobre vuestra carne sagrada todas las venganzas del Cielo, solo por libertarme á mí.

Bárbaros, deteneos; descargad vuestros golpes sobre mí, y conservad á esta Victima inocente. Ay de mí! ellos no me escuchan, y nada puede calmar su furor.

V.

Espectáculo inhumano! capaz de enternecer al corazon mas duro, qué impresion debeis hacer sobre una alma cristiana, á quien enseña la fe que ella es la causa principal de una execucion tan sangrienta?

Sí, Señor, no hay ni una sola de vuestras llagas que no me haga mil cargos llenos de ternura. Cruel! Así es como he correspondido yo á vuestro amor? O Salvador mio! yo reconozco, y mis suspiros os lo dicen aun mas que mis palabras; reconozco que son mis culpas las que subministran nuevas armas á vuestros verdugos para continuar con tanto encarnizamiento un suplicio tan doloroso.

Placeres sensuales! criminales deleytes! vosotros sois los que haceis de mi Salvador un hombre de dolores, que desde los pies hasta la cabeza no tiene una parte de su cuerpo que no

esté cubierta de heridas: en fin, falta la fuerza á estos executores sangrientos, su furor se irrita, é inventan un nuevo tormento: clavan sobre vuestra sagrada cabeza, ó Rey de Reyes! una corona de espinas, cubren vuestro adorable rostro con un velo ignominioso, y se postran, ó sacrílegos! para rendiros homenages de escarnio y de insulto; así es como vos quereis expiar mi ambicion, mi delicadeza, mi sensibilidad, y mi horror á las humillaciones y sufrimientos.

Hijo único de Dios, igual en todo á Dios mismo, no os habiais humillado bastante tomando un cuerpo mortal? era aun necesario que los mas terribles tormentos os desfigurasen hasta el punto de dudar, si erais hombre? Si el Magistrado Romano quando os presentó al pueblo no asegurára que lo fueseis, habria dificultad en creerlo; tan desfigurado estabais como todo esto.

VI.

Pero qué es lo que oygo, tropa desapiadada? Es posible que no os muevan á compasion estas llagas, esta sangre, este rostro abatido, que manifiesta un dolor extremado, pero generoso, sometido y modesto? Aun no está satisfecha vuestra crueldad, sino que pedis que Jesus sea crucificado? Un homicida halla gracia delante de vosotros, y el Autor de la vida es condenado á muerte?

O vosotros á quienes este Salvador benéfico ha curado de vuestras enfermedades? vosotros á quienes ha arrancado del sepulcro? cómo no os presentais para arrebatarle á estos impios? No veis que la injusta Sinagoga conjurada contra vuestro divino Bienhechor, y ansiosa de su sangre, se apresura por derramarla, y que ya se le arrastra al suplicio cargado de su cruz?

Víctima adorable! vos caminais

hácia el altar, llevando como el jóven Isaac la leña de vuestro sacrificio; pero vuestro desfallecimiento es tan grande, que caeis bajo de este peso. Concededme, ó Salvador mio! que mientras se os apresura con una inhumanidad sin igual, tenga yo el consuelo de ayudaros á llevar vuestra cruz, y que divida á lo ménos este honor con aquel dichoso Cirineo. No negueis esta gracia á mis deseos, vos que os entregasteis á los de aquellos crueles que han pedido vuestra muerte.

VII.

Yo os abrazo, Cruz augusta, teñida de la sangre de mi Salvador. Ay de mí! Por quántos títulos me sois querida! Vos sois el lecho sobre que este divino Redentor nos ha engendrado á la gracia; vos sois el Altar sobre que se ha sacrificado por nosotros.

Testigo fiel de los mas excesivos

dolores que hubo jamás, Cruz sagrada ! dime cómo el Cordero divino luego que llegó al Calvario se puso entre las manos de sus verdugos? con qué dulzura no alargó las suyas para que se las clavasen? La sangre corre de sus llagas, los golpes se redoblan. Ay de mí! estas manos liberales que han derramado tantos beneficios; estos pies sagrados, que nos han abierto el camino de la soberana dicha, eran hechos por ventura para ser traspasados tan cruelmente! Que no me sea permitido cubrirlos con mi cuerpo, y libertarlos con mis abrazos! Pero estos hombres desapiadados levantan la Cruz, la dexan caer de golpe, y esta violenta sacudida, ó Salvador Divino! vuelve á abrir todas vuestras llagas, y renueva todos vuestros tormentos.

Veisme aquí privado del consuelo de abrazar vuestras rodillas, y de bañarlas con mis lágrimas: dignaos pues de suplir á este deseo, ó Jesus mio! atrayéndome á vos, segun vues-

tras promesas: haced que mi amor me una con vos sobre este leño, cuya dureza no temeré desde el punto que sea clavado en él con vos; y si teneis á bien el recibirme en vuestro seno y entre vuestros brazos, no tendrá la Cruz para mí sino dulzuras, por rigurosa que parezca á la naturaleza. Es verdad, Señor, que la gracia que me atrevo á pediros es muy grande, y mi indignidad extremada; pero qué no podré yo esperar de vos, cuando os oygo interceder por vuestros verdugos, y pedir á vuestro Padre que mire este cruel expectáculo con ménos indignacion contra su crueldad, que de compasion por su ignorancia? Súplica tierna y digna de la generosidad de un Dios! súplica capaz de sufocar los mas grandes resentimientos en un corazon christiano!

VIII.

Despues de esta leccion admirable de una caridad sin límites, vuestros primeros cuidados, ó amable Salvador! se dirigen hácia la mas afligida de todas las Madres. Qué no le dicen aquellas tiernas miradas que vos echais sobre ella? Pero qué despedida para un corazon de madre? La dais un hijo y un apoyo en la persona de vuestro Discípulo; pero este hijo llenará jamás el lugar de aquel que pierde! Qué dichoso es este Discípulo! Le dexais la mas digna de todas las Madres, y este don inestimable me le haceis tambien á mí. Qué adopcion tan honrosa para mí! quán preciosa y querida es á mi corazon!

Pero miéntras que vuestras tiernas atenciones se extienden á todas partes, vos mismo estais, Señor, en el último desamparo. Abandonado de los hombres mostrais estarlo tambien

del Padre Celestial, y este es sin duda el mas riguroso de vuestros tormentos.

Una sed ardiente os consume, y se os presenta hiel. Ay de mí! así es como yo he correspondido frecuentemente al ardiente deseo que vos teniais de mi salud.

En fin, ninguna cosa mas falta á vuestras penas, ó adorable Redentor! La malicia de los hombres y vuestra bondad han llegado ya hasta lo sumo. Las profecías cumplidas, el Infierno vencido, salvado el mundo, reparada la gloria de Dios, ninguna cosa mas piden que la consumacion de este grande Sacrificio. Ya hacia largo tiempo que el exceso de vuestros dolores le hubiera concluido, pero vuestro amor le dilataba solo por aumentar su mérito, y hacerme recoger todos sus frutos.

Una gota de vuestra sangre hubiera bastado para restituir á la gracia á todos los pecadores; pero vos la habeis derramado toda, y vuestra

generosidad no ha podido consentir en la menor reserva. En fin, Redentor Soberano, satisfecho con dexarme á un precio tan grande los dones mas preciosos, dueño de retener la vida ó de dexarla, entregais vuestra Alma santa en las manos de vuestro Padre.

IX.

O alma mia! cómo podrás á vista de esto prescribir límites á tu dolor, á tu ternura y á tu reconocimiento? Tu Salvador, tu Libertador muere por tí y en tu lugar! Muere para que tú no mueras; muere porque te ama; muere porque no le amas. Ah! muere con él, muere de amor por él; síguele hasta el sepulcro, para que te se entierre allí con él.

Allí, separada y distante de cualquier otro objeto, insensible á todas las demas cosas, podrás contemplar sin cesar á tu generoso Libertador: tu

amor se alimentará del expectáculo del suyo, y se dirá á sí misma á todas horas, entregándose á los mas vivos extremos: Sí, por mí, por mi amor un Dios ha sido despojado de su gloria, ha tomado un cuerpo mortal, se ha hecho hombre, y el último de los hombres; por mí ha sufrido los tormentos mas espantosos, y últimamente por mí ha muerto de la muerte mas ignominiosa.

Este Divino Bienhechor ha puesto en mí todos sus cuidados, me ha abierto todos sus tesoros, me ha hecho pasar de la ignominia á la gloria, y de una extrema indigencia á riquezas inesperadas. Ah, Señor! los deseos mas ambiciosos hubieran llegado jamás hasta el extremo á que vuestra ternura, pródiga de todos sus favores, ha llevado nuestra dicha?

Hacedme participar de vuestros sufrimientos, ó Salvador Divino! coronadme con vuestras espinas, porque yo no puedo reynar con vos sino por esta semejanza.

O Rey de gloria! vos os humillasteis hasta la muerte de cruz; para enseñarme la humildad: Señor de todos los bienes, habeis querido estar falto de todo para santificar la pobreza: fuente de delicias inefables, habeis padecido toda suerte de tormentos para hacerme conocer el mérito de las aflicciones. Ah, yo consagro el resto de mis dias á llorar al mas tierno de los amigos. El pecado, que le ha costado la vida, podrá en adelante volver á entrar en mi corazon? No; por grandes que sean los sacrificios que tenga que hacer, seré demasiado feliz, si me cuesta bastante el expiar lo que este monstruo horrible ha hecho sufrir á mi querido.

O Cruz rigurosa! clavos penetrantes! vosotros despedazais mi corazon, pero quán amadas me son las heridas que le haceis! Montañas del Gelboe, figura del Calvario, mi dolor no se valdrá de las imprecaciones del Profeta: vos habeis visto

morir (es verdad) la gloria y la esperanza de Israél; pero el Infierno encadenado, la muerte desarmada, y los hombres redimidos honrarán bastante vuestro triunfo.

Corazon mio! haz todos tus esfuerzos; potencias todas, unios para dar gracias á un Bienhechor tan generoso. Pero qué digo yo? Señor, uno solo de vuestros favores agota todos los sentimientos del reconocimiento mas vivo; cómo pues podré yo manifestaros lo que debo á este número infinito de beneficios tan preciosos de que me habeis colmado?

Haced, Señor, que todas las criaturas se junten conmigo, y que suplan con todo su poder á mi insuficiencia. Osemos tambien, alma mia, á fin de dar gracias mas dignamente á nuestro Dios, osemos valernos de los extremos y acciones de gracias de todos los Santos: osemos mezclar nuestra débil voz á la de los Querubines, Serafines, y de todas las Ce-

lestiales inteligencias: aumentémos mas fuerza y calor á nuestro amor, uniéndonos á estos Espíritus, que no son sino ardor y fuego: supliquémosles que favorezcan nuestros esfuerzos, y que nos permitan entrar para siempre en los sentimientos de gratitud, ternura y respeto que les animan y animarán eternameate. Así sea.

SENTIMIENTOS

DE AMOR Y DE ADMIRACION SOBRE EL AUGUSTO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

I.

O alma mia, penetrada del expectáculo lastimoso de un Dios crucificado por vos, y estimulada por los sentimientos de la gratitud mas viva, habeis convidado á todos los

seres criados á que juntasen sus alabanzas y reconocimientos á vuestros cánticos y acciones de gracias. Los santos extremos de los Querubines y de los Serafines, los sentimientos reunidos de todos los Bienaventurados han suplido á nuestra insuficiencia: ah! suplicadles de nuevo; conjurad á todos que os presten ahora y os inspiren todo el fuego de su caridad, porque el Dios que llevó su generosidad hasta morir en los tormentos por libraros de la muerte, lleva tambien su liberalidad hasta darse á nosotros para alimentaros de su propia carne, y comunicaros una vida divina; y esta es la ocasion en que podeis decir con el Profeta, que un abismo llama á otro abismo. El amor de vuestro Salvador es efectivamente un abismo, que cuanto mas se profundiza ménos fondo se le encuentra. Qué ventajoso sería para mí el verme sepultado en este abismo! Quán dulce y agradable es extenderse en la meditacion sobre este tierno mis-

terio y dexarse embriagar de este torrente de delicias!

O Señor! cuando estabais al punto de dexar la tierra para ir á reynar á lo mas alto de los Cielos, vuestro amor, este amor extremado, Todopoderoso y adorable, no pudo acomodarse á esta separacion, y encontró el medio de no apartarse de nosotros por la invencion mas admirable que hubo jamás. El Profeta lo habia predicho quando dixo: el Señor por un efecto incomprehensible de su misericordia y de su bondad ha renovado la memoria de todas las maravillas que han salido de sus manos, dando á los que le temen un alimento celestial.

Qué don tan inefable! qué nuevo prodigio, que sobrepuja á todos los otros, que encierra todos los favores, y reune todos los misterios!

II.

Es posible, Señor, que para uni-

ros mas estrechamente con nosotros nos dais á comer vuestro propio Cuerpo, y á beber vuestra preciosa Sangre! Mil veces mas tierno y mas generoso en vuestro amor, que la madre mas tierna, que no dá á sus hijos sino su leche, nos alimentais vos con vuestra propia substancia, y despues de haber amado á los hombres hasta haceros semejante á ellos, les amais aun hasta alimentarlos de vos mismo para hacerlos semejantes á vos.

Despues de haberos humillado hasta tomar un cuerpo mortal en el casto seno de una Vírgen, para poder sacrificarle por nosotros, renovais mil veces al dia este sacrificio en este Sacramento de amor. Pues qué, Señor! no era bastante el haber dado una vez vuestra vida? Era aun necesario que vuestra ternura tan poderosa como sábia, buscase el medio de prodigar esta vida tantas veces quantas se celebren los sagrados misterios de nuestros Altares.

O fondo inagotable de satisfacciones y de méritos! vínculo sagrado que une al hombre á Dios! Vos sois nuestra única esperanza, el mas tierno alivio de nuestras penas, el remedio diario de nuestras flaquezas; y el recurso universal de todas nuestras necesidades.

Quán magnífico es, Señor, este festin á que vuestro amor nos convida! Hay para la virtud una recompensa mas digna de sus diligencias? Y este don no llena todos sus deseos? Los enfermos encuentran en él salud, los pobres hallan abundantemente con que enriquecerse, y los afligidos experimentan los mas dulces consuelos.

III.

"Venid á mí, vosotros todos los
» que os hallais cansados y fatigados
» con el peso de vuestras miserias, ve-
» nid á mi que yo os aliviaré. „

Palabras consoladoras! ofrecimiento digno de una generosidad infinita!

Habrá quién pueda negarse á un convite tan amable? Y si despues de esto aun se encuentra alguno que gima baxo el peso de sus miserias, no merece por cierto su desdicha? Pero qué, ¡Señor! vos á quien no puede contener la vasta extension de los Cielos; vos á quien tributan los Arcángeles la mas profunda veneracion y respeto, os dignais llamar á unos flacos mortales, quereis que se acerquen á vos, les animais por un mandamiento expreso, y aun llevais vuestra bondad hasta excitar su indiferencia con amenazas, diciéndoles: *Sino comeis la carne del hijo del hombre, no tendreis la vida en vos!*

Los excesos del amor humano llegan algunas veces hasta desear comer, digámoslo así, lo que se ama; y el exceso del amor divino nos permite en adelante este deseo. Nuestro Dios se entrega á nuestra ternura, su amor llena el intervalo inmenso que se halla entre él y nosotros; y la tierra se hace un nuevo Cielo, en donde el

Señor habita y se dá á nosotros, para que podamos poseerle y vivir con él de una manera íntima é inefable.

Justos de la antigua ley! no digais mas á los cielos que se abaxen, y que nos envien á un Salvador. Nosotros gozamos de esta dicha, que ha hecho durante quatro mil años el objeto de vuestros mas vivos deseos. Este divino rocío que pediais vosotros con tantas instancias previene hoy nuestros deseos; los Cielos se han abierto, se han abaxado, ó, por mejor decir, el mismo Señor, el Redentor de Israél, el Rey del Cielo se ha abaxado; qué digo yo? se ha anonadado hasta darse á nosotros, baxo la figura del alimento mas ordinario, y algunas cortas palabras obran en un instante esta maravilla.

IV.

Ah, Señor! vos os dexásteis ver en otro tiempo sobre el monte Sinaí en una situacion bien diferente. Mil

rayos y relámpagos anunciaron vuestra presencia á los Israelitas, y os manifestásteis á su Conductor con todo el aparato de vuestra Magestad.

Aquí parece esta Magestad enteramente escondida: ninguna cosa la anuncia, y allí se dexa ver en un estado qual conviene al Soberano Señor del Universo? Admiremos y adoremos este misterio tan digno del amor de un Dios que hace resplandecer su poder ocultando su gloria á nuestros ojos por un milagro aun mas admirable que todos los que pudo hacer para descubrirla.

Este Dios supremo no está aquí ménos con nosotros, y está al mismo tiempo de una manera mas tierna y familiar que si conservase las señales exteriores de aquella gloria inaccesible de que está siempre rodeado.

Sí, el Altísmo quiere permanecer con nosotros hasta la consumacion de los siglos: todos los momentos que pasarán hasta entónces deben

ser señalados con mil homenages.

La gracia de Dios nuestro Salvador se ha manifestado á todos los hombres. Nosotros hemos tenido la dicha de ver lo que tantos Profetas habian predicho ; lo que el Cielo habia prometido hacia tantos siglos á la tierra , y lo que tantas naciones habian esperado. Ninguna cosa mas falta á la felicidad de los hombres; ya no quieren otra ocupacion que la de considerar toda su grandeza. Desapareced vanos placeres , honores frívolos, bienes perecederos ; qué sois vos en comparacion de lo que poseemos ? El gozo del mismo Dios llenará para siempre nuestros deseos. El mas vivo reconocimiento arrebatará en adelante todos los corazones.

V.

Qué es lo que he dicho yo , Señor ? debo creer á mis deseos ? son acaso estos los sentimientos de unos

hombres tan favorecidos? O vergüenza de la humanidad! Una negra ingratitud, una insensibilidad monstruosa, indignas profanaciones son el precio de tanto amor.

Ay de mí! Señor, quánto no debió costar á este amor, quando al punto de dexarnos el sagrado depósito de vuestro Cuerpo se os presentó lo futuro con todos nuestros crímenes?

Movido sensiblemente á vista de estos horrores, vos no pudisteis resolveros de una vez á abandonar los ingratos, y vos no podeis aun determinaros hoy á castigar los culpables. Ah! Quién es el que sabe amar como vos? El amor mas constante fué puesto jamas á la prueba de una frialdad continúa, y de unos resentimientos que inspiran siempre la pérfidia y la traicion?

Vos solo habeis llevado la generosidad á este exceso, que debe hacer la admiracion de los Angeles que os rodean, y que procuran con sus

adoraciones desquitaros de nuestra indiferencia.

Lloremos con estos Angeles de Paz: neguémonos á todo consuelo, y hagamos de modo que un vivo dolor sea hoy el único sentimiento que nos ocupe. Si el amor de un Dios solicita todos nuestros extremos, este amor ultrajado pide todas nuestras lágrimas.

Christiano, profanador del Templo santo! cómo puedes tú olvidar la magestad del Soberano que le habita? Cómo los mas dulces testimonios del amor mas tierno que hubo jamas, te dexan aliento para ultrajar á un Salvador tan amable?

Ah, Señor! nosotros sentimos tan poco los ultrajes que se os hacen, porque os amamos poco; el amor es la medida del dolor, y quando somos tan sensibles á nuestros propios intereses, á nuestra gloria y á nuestros placeres, miramos sin lágrimas las profanaciones mas horribles del Sacramento mas augusto. Ah! el

amor que no siente vivamente lo que ofende al objeto amado, no es sino una indiferencia criminal, que tiene mas semejanza con el ódio que con el amor.

VI.

Deteneós, sacrílegos profanadores, que sin ningun respeto al Santo de los Santos no temeis acercaros á la sagrada Mesa con unas disposiciones criminales. Si la dulzura de este divino Cordero que se entrega sin quejarse á todo vuestro furor, nada puede sobre la dureza de vuestro corazon, sabed que la profanacion de la carne impasible y gloriosa de este Dios Redentor, es un crímen mas espantoso que la destruccion de su carne pasible y mortal, y que sois mil veces mas crueles y mas culpables que los Judíos, pues que vosotros manchais vuestras manos homicidas con una sangre que solo el amor hace correr hoy.

Ay de mí! vuestros verdugos no os conocian; pero los que os ultrajan hoy tan indignamente saben que vos sois el Señor de la Gloria, el Rey inmortal de los siglos, el resplandor del Padre, y el Hijo del Altísimo. Los velos sagrados que os cubren no roban á los ojos de su fé estas qualidades augustas, y los pérfidos con todas estas luces os hacen espirar dentro de su cuerpo, como sobre una cruz, mil veces sin comparacion mas dolorosa y mas infame que la primera. Los golpes que descargan sobre vos se dirigen contra todo un Dios, y ninguna cosa puede disculparlos.

Era esto lo que nuestra barbarie os reservaba? la hiel que se os presentó en vuestra pasion pudo ser mas amarga para vos?

Ay de mí! Vos no fuisteis crucificado sino una vez sobre el Calvario. O dolores! vos lo sois todos los dias en vuestro Santuario, no ya sobre un leño inanimado, sino den-

tro de unas almas, á que vos quisisteis uniros con los vínculos mas estrechos, y que quisisteis elevar por la virtud de esta union al mas alto punto de gloria. Las lágrimas de todos los hombres podrán expiar jamas el crímen de una ingratitud tan excesiva?

O alma mia! qué adoraciones y homenages rendiriais vos á vuestro Salvador, para reparar un procedimiento tan feo y tan odioso? qué amor y que anhelo le ofrecereis para satisfacerle de una indiferencia tan monstruosa? Que no sea yo señor de todos los corazones, ó Dios mio! con qué ardor no los someteria á vuestro amable imperio, abrasándolos con este fuego sagrado que vos mismo traxistis sobre la tierra!

VII.

Pero no hay mucha presuncion en este deseo que mi zelo me inspira? O dulce Jesus! tiene mi corazon bas-

tantes llamas para amaros como debe? está mi alma bastante adornada para recibiros dignamente? Ah! Señor, no tiene que presentaros sino el vivo sentimiento de confusion que la dan su pobreza y vuestra misericordia; nada mas tiene que esto; dignáos pues contentaros con ello, y en medio de su insuficiencia haced que os sean agradables sus deseos: ninguna cosa tiene, Señor; pero mi alma quisiera tenerlo todo para ofrecéroslo todo: no permitais que su desnudez la prive de un huesped tan magnifico, venid, y vos mismo hareis todo su ornamento.

Podrá ser que vos encontreis aun en ella enemigos secretos é invisibles, que se han escapado á su ódio y á sus diligencias; pero vos sois mas fuerte que el fuerte armado; vuestra presencia sola los disipará, y vos la restituireis la paz tomando posesion de ella.

Ay de mí! Vos descubrireis aun en mi alma faltas y arrugas capaces de afearla á vuestra vista; pero haced

que por su fealdad no sea desechada de vuestra ternura; venid solamente, Señor, y no tardeis, que yo lo tendré todo si os poseo: vuestro cuerpo adorable traerá consigo á mi corazon las inclinaciones del vuestro; vuestra Sangre preciosa borrará todas las manchas que aun pueda haber en ella, me inspiraréis sentimientos dignos de una union tan perfecta, y haciéndome una misma cosa con vos, vendré á ser semejante á vos.

Ah! no os detengais, Señor: mi alma impaciente cuenta todos los momentos. Ella se arroja á vos, Salvador amable, con todo el ardor de sus deseos.... Mis votos han sido por último escuchados; mi Dios se acerca; mil fuegos que le preceden me lo manifiestan; mi corazon me lo dice: llamado por el amor, conducido por la esperanza, no, yo no conozco el temor, ya no sé sino amar.

VIII.

O favor precioso! mi Amado es para mí, y yo para él; le tengo tiernamente estrechado entre los brazos de mi amor: no le dexaré ir: hijas de Jerusalen! tomad parte en mi alegría, celebrad mi dicha.

O amor Vida del alma, ven á sostener la mia, pronta á desfallecer baxo el peso de sus extremos. O Cielo! todos los tesoros del amor se me han abierto en este feliz instante; siento una alegría deliciosa con la que mi alma se embriaga. Oh! cómo se pueden sostener estos fuegos que me penetran y me abrasan? cómo es posible no ceder al torrente que me arrastra?

O dulce Jesus! delicias de mi alma, el Cielo y la Tierra desaparecen delante de vuestra hermosura. Ah! mi espíritu no puede ser bastante para contemplar sus encantos. Deslumbrado, arrebatado de admiracion, se

pierde en este abismo de dulzura y de luz: no me queda otra cosa que mi corazon para sentir, gozar y amar..... Deteneos...... dulces momentos....

O Sacramento de amor! vos sois la bienaventuranza de esta vida; no quiero gustar sino á vos; no quiero respirar sino el olor de vuestros perfumes. Podré yo vivir ni un momento, ni sostener mi alma, próxima á desfaliecer sin este Pan de fuertes, sin este alimento divino! O Manná Celestial! vos sois el recurso universal de todas mis necesidades, el único consuelo en mi destierro, el remedio diario á mi flaqueza, y el alivio mas tierno de mis penas. No, el Cielo y la Tierra no tienen nada de mas dulce, de mas ventajoso, ni mas digno de desearse que á vos.

O Dios de mi corazon! levantad este velo, disipad esta nube que os roba á mi vista deseosa de veros. Es por vetura para despertar en mi alma el deseo de veros al descubierto por lo que os ocultais baxo ese

sagrado velo ? No sería esto un artificio de vuestro amor ? Pero á qué extremos no me llevan mis deseos! Podria yo sufrir el resplandor de vuestro adorable rostro ? Bástame pues, Señor, el veros con los ojos de una fé viva, y el saber que aunque vos ocultais á nuestra vista, demasiado flaco para no ser deslumbrada, esta magestad y estos tesoros de perfeccion, que arrebatan á los Bienaventurados, y admiran siempre mas, vos no nos haceis ménos estos presentes tan preciosos, porque uniéndoos á nosotros en el estado de gloria que os es propio, nos elevais al mas alto punto de grandeza á que nosotros podemos subir; en una palabra, nos haceis Dioses.

IX.

No permitais, Salvador Divino! que yo degenere jamas, ni manche una qualidad tan gloriosa, por unos sentimientos que no correspondan á la no-

bleza de esta adopcion augusta : destruid en mí todo lo que hay aun de humano , aniquilad todo lo que no es digno de un Dios.

Haced , Señor , que yo no arrastre mas en este destierro sino la menor parte de mí mismo , y que todo lo que hay de vivo en mí , permanezca sin cesar cerca de vos. Vuestros favores excusan mis deseos , y yo no debo temer el formarlos demasiado grandes. Rey magnífico qué puedo yo pediros en efecto , y qué cosa podeis vos concederme en adelante , que no sea inferior al rico presente que vos me habeis hecho , haciéndome en alguna manera participante de vuestra divinidad , dandoos á vos mismo á mí.

Conoces bien , ó alma mia , toda la grandeza de este presente ? sientes todo su peso ? El maná , este pan de los Angeles ? que fué dado en otro tiempo á los Israelitas , no hubiera sido para tí un favor bien grande ? Pues aun ha querido excederse mas la magnificencia de tu Salvador , así como

su caridad. Habiendo llegado á ser, en virtud de este amor la esposa del Rey de Gloria, y siendo destinada á sus mas íntimas comunicaciones, tú no debes ya vivir sino en él y como él. Este alimento celestial será en adelante el solo que te convenga. O corazon mio! te queda alguna cosa que desear, despues de un don que es superior á los deseos mas ambiciosos? Lleno de un objeto tan grande, la tierra no podria sino envilecerte, y qualquier otro fuego que el que un Dios acaba de encender en tí, profanaria el altar á que se ha dignado baxar.

Como la Esposa de los Cánticos, ó amado de mi alma! os he hecho entender mis suspiros, os he llamado, y os he buscado con un tierno apresuramiento. Vos os habeis rendido á mis deseos: qué digo yo? vuestro amor no se ha quedado en esto, sino que ha querido que la union mas íntima colmase todas mis ansias.

Ah! dignaos de consumar enteramente esta union preciosa, fixándome para siempre en el estado sublime á que vuestro Sacramento me ha elevado. O amor! que no poneis límites á vuestra generosidad, sed mi regla y guia.

X.

Mi dulce, mi amable Salvador! no me dexeis: quanto mas querido sois á mi corazon, mas cortos me parecen los instantes que me dais. Por qué no puedo yo reteneros mas largo tiempo? Ay de mí! por qué sucederá inmediatamente una ausencia tan penosa á la ventaja de poseeros? Union llena de embelesos, por qué no sois durable? Perdonad este deseo á mi corazon, Señor. Ah! yo sé bien que una dicha tan grande es muy superior á la condicion humana.

El alma fiel se da á vos, y recibe vuestra fe aquí baxo; pero no es sino en el Cielo donde se cele-

bran las bodas por medio de la union mas tierna y mas indisoluble.

Permitid, Señor, que mis ansias y deseos hagan venir quanto ántes este tiempo dichoso; y que al mismo tiempo sea concedido á mi corazon gustar anticipadamente alguna cosa de él en la prenda preciosa que vos habeis querido darme.

O prodigio de bondad! nosotros recibimos en este convite sagrado vuestra propia substancia; pero vos nos comunicareis en aquel festin eterno, por una conseqüencia de este mismo prodigio, vuestra divina esencia. Así sea.

SENTIMIENTOS

DE UNA ALMA QUE SE ELEVA Á DIOS POR EL EXERCICIO DE SU PRESENCIA Y Á LA VISTA DE SUS OBRAS.

I.

Alimentado á vuestra sagrada Mesa, ó Dios mio! llamado á la posesion de vuestro Reyno, elevado al mas alto grado de gloria por la union que vos habeis querido contraer conmigo, con qué vista debo yo mirar al mundo y sus honores? Sus bienes y sus placeres, cuya vanidad he experimentado tantas veces, no me parecerán aun mas frívolos y mas insípidos; desde que he gustado quán dulce es el Señor, quán fiel en sus promesas, magnífico en sus dones, amable en sus atenciones, y constante en su ternura? Cesad, pues,

cunspeccion digna de la presencia de un Dios, cuya vista penetra las mas densas tinieblas, y cuya santidad juzga á las justicias mismas.

Haced, Señor, que el sentimiento de vuestra presencia anime mi confianza, calme mis inquietudes, disipe mis temores, suavice mis penas, y asegure á mi timidez. El Dios de los exércitos, diré yo con el Real Profeta, es el defensor de mi vida, y los mas grandes peligros no me pueden hacer temer.

El Dios, cuya providencia se extiende sobre los menores insectos, y cuya bondad pródiga provee á todas sus necesidades, me dexaria á mí sin socorro? No, no, ninguna cosa puede faltar á una alma que se abandona enteramente á la conducta de este Divino Pastor, y se dexa llevar por todas partes adonde él quiere, baxo las alas de su misericordia. En qualquiera situacion en que esta alma se encuentre, ó Dios mio! está siempre igualmente contenta, por-

que su voluntad es en todo conforme á vuestra voluntad santa : ella hace vuestro beneplácito en esta vida, y vos haceis el suyo en la eterna.

III.

Colocado por el órden de vuestra providencia en un estado que no me permite separarme de las criaturas, dignaos, Señor, de manifestarme el uso que yo debo hacer de ellas, enseñándome á caminar sobre la superficie del siglo, sin internarme en él á que pase por él, sin detenerme, y á que me sirva de su figura, segun la expresion de vuestro Apóstol, sin apegarme á él. Instruidme de los medios de que me valdré para libertarme de sus ilusiones, despreciar sus promesas, detestar sus máxîmas, llorar sobre sus vanas alegrías, y consolarme de sus frívolos disgustos.

Levantaos en mi corazon, Sol divino! disipad todas las sombras

que vuestra ausencia ha formado en él. Haced que á la claridad de vuestros rayos no parezca el mundo á mis ojos, ya desengañados, sino lo que es, quiero decir, un vano fantasma; las grandezas, un relámpago que al punto se desvanece; los siglos, un solo instante, justa estimacion de las cosas de la tierra, que la luz, Señor, que os rodea enseña á hacer á los que os miran continuamente. Así es como las criaturas, en lugar de servir de impedimento á mi flaqueza, llegarán á ser, por vuestra gracia, como escalas para elevarme hasta vos. Así es como yo llenaré el fin que os propusisteis quando las formasteis, porque vuestra gloria y mis necesidades fueron las que os movieron á darlas el ser. Es pues necesario que mi reconocimiento y el deseo de glorificaros las haga volver á vos, como á su principio. Todo es para vos, Señor; todo ha salido de vos como de un oceano, y sería sin duda una injusticia y una ingratitud en

el hombre el retener alguno de vuestros bienes, reservándole para sí, sin hacerle subir, y sin dirigirle á vos solo.

IV.

Vos sois, ó gran Dios! el que lo dais todo; á los astros la luz, á las fuentes las aguas; á la tierra sus plantas; á las frutas su sabor; á las flores sus vivos colores y sus perfumes, y á toda la naturaleza su esplendor y su hermosura. Vos solo, vuestra providencia, vuestro amor es el que produce en las criaturas todos los socorros que yo recibo de ellas: vos me alumbrais en el Sol, me calentais en el fuego, me refrigerais en el ayre, me mitigais la sed en el agua, me alimentais en las viandas, me curais en los simples, y vos sois el que me enriqueceis en las diferentes producciones de la naturaleza. Vos sois el principio y el origen de todos los

placeres y de todos los bienes ; vos sois la esencia , la plenitud y la realidad ; pero las criaturas no son sino un ligero rasgo y una sombra : no permitais , Dios mio , que yo cierre los ojos á la verdad y á la luz por correr tras de una sombra vana é imperfecta.

Tampoco permitais , Señor , que vuestros mas dulces dones me hagan cesar un momento de mirar el oceano inmenso de donde dimanan , ni que aquello mismo que vos derramais sobre mí con tanta bondad y profusion , en lugar de inflamarme en vuestro amor me divierta y me distraiga , porque no tendria yo justo motivo de quejarme si la luz , que sirve de esclarecerme , no sirviese sino para quitarme la vista , y si los rayos del Sol me impidiesen el mirarle ; quiero decir , si los rasgos de belleza que derramais sobre vuestras obras fixasen mi corazon en lugar de llenarle de amor á vuestra hermosura eterna ? Preservadme de una desdicha

tan grande, ó Dios mio! Ocupad, arrebatad todos mis sentidos. Haced, Señor, que yo penetre por medio de una fé viva entre los velos que pudieran robarme vuestras perfecciones adorables, y que sin detenerme en la figura aparente de las cosas que podrian agradarme, me aficione únicamente á la mano tierna y paternal de donde me vienen.

V.

Ya que no puedo, ó gran Dios! contemplaros en vuestra esencia, haced que os considere á lo menos en vuestras obras, y que lo sienta todo dentro de mi corazon. El universo entero no le ofrece sino motivos de ternura y de gratitud, pues que yo veo por todas partes vuestra mano benéfica; que vivo de sus dones, y que me duermo baxo su poderosa proteccion. Las desgracias que vos me enviais, son lecciones útiles; los placeres que me permitis, alivios á las

penas diarias, inseparables de esta vida, y estas mismas penas un beneficio de vuestra misericordia.

Teniendo siempre fixa la vista en vos, y no viendo sino á vos en vuestras obras, es como yo encontraré esta felicidad tan deseada y tan poco conocida. Ay de mí! se la busca bien léjos, mientras está cerca de nosotros, con nosotros, y aun dentro de nosotros mismos. Hablad á mi corazon, y hacedle conocer este tesoro precioso que está en medio de él.

Haced, Señor, que el expectáculo de las criaturas me eleve hasta la magestad del Criador. Así es, en alguna manera como los Angeles de la escala misteriosa que vió Jacob subian continuamente desde la tierra al Cielo. Felices los hombres que los imitan, y que en lugar de andar arrastrando aqui baxo, se abanzan hácia vos, ó Dios mio! con todo el ardor de sus deseos, y se mantienen constantemente en vuestra presencia por una atencion santa.

Comienzan estos en el tiempo el dulce exercicio que continuará en la eternidad ; dividen , por decirlo así , el empleo glorioso de estos Espíritus bienaventurados , que están siempre en pie delante de vuestro trono , y como ellos no ven ni quieren ver sino á vos , ó el único principio de todas las cosas! felíz el alma que se coloca en vuestro seno por el dulce exercicio de la contemplacion. Aquí es donde ella considera las cosas humanas con los ojos de la fe , y en donde se la descubren sus verdaderas consecuencias. El universo muda de semblante para ella , y se reviste de un caracter y de un destino divino. Mientras que el Filósofo no ve la tierra sino sobre la tierra misma , que no observa sino su altura , que es limitado continuamente por mil objetos á que no encuentra encadenamiento ni designio , que lo ve todo confusamente , y que se pierde en sus vanos discursos ; el cristiano , iluminado por los rayos de vuestra pre-

sencia, juzga de todas las cosas sanamente, ve todas sus relaciones, el principio y su fin, la causa y sus efectos; á todo le da la estimacion que merece, y no es engañado por vanas apariencias.

VI.

Sagrado compendio! que haceis hallar el Paraiso sobre la tierra, y que se puede llamar un suplemento de la vista de Dios, y el consuelo de nuestro destierro, quándo fixareis vos la ligereza de mi espíritu, y me elevareis sobre todo lo que me rodea?

Pues que yo no veo sino por vos, Señor, haced que yo no vea sino á vos, y que no sienta sino á vos en todas mis acciones.

Pues que vos sois el que dais á los manjares su sabor, aced que en el uso que yo haga de ellos no guste sino á vos, para que por la dulzura de este sentimiento mi alma se alimente de vuestro amor, mientras que mi

cuerpo usará con reconocimiento de los dones de vuestra liberalidad.

Concededme, Señor, que el sueño, este dulce presente que vuestra misericordia nos ha hecho para restablecer nuestras fuerzas debilitadas, y hacernos olvidar nuestras penas, sea para mí un nuevo motivo de elevarme á vos: el sueño, segun el pensamiento de uno de vuestros siervos (San Agustin), así como una madre cerca de la cuna de su hijo querido se halla todas las noches cerca de nosotros para recibirnos entre sus brazos; él sabe como hechizar nuestras angustias, apartar nuestros cuidados, y suspender nuestros males.

Los bienes que vuestra liberalidad me prodiga, pueden dexar de ser vuestros? y nuestro reconocimiento no debe volverlos á enviar á vos continuamente? Los rayos de la luz no pertenecen al sol, por mas que estén derramados sobre la tierra?

No, nosotros no concebimos bastante la necesidad y la dulzura de la

presencia de Dios. O Rey de Gloria! si yo pudiera no perderos jamás de vista! Porque en vos, como en un espejo fiel, es en donde se conoce uno tal como es. El que cesa de miraros, cesa de ver, y se pierde infaliblemente.

Vos solo reunis todas las perfecciones; quisiera juntar dentro de mi corazon todos los sentimientos de ternura y admiracion que les son debidos. No viviré en realidad sino miéntras vuestra memoria y mi ternura me ocuparen enteramente.

Si la presencia de lo que se ama parece un bien tan grande, qué reposo puede gustar en adelante mi corazon léjos del objeto dentro del qual solo él vive, y por el qual respira?

VII.

Dignaos, Señor, por una gracia especial de vuestra ternura, dignaos hacerme llegar al grado de union y de

presencia íntima en que el alma tiene la dicha de veros en todas las cosas de la manera con que vos podeis ser visto en esta vida.

Ay de mí! cómo podré yo ver qualquiera otra cosa que á vos, ó Dios mio! Todo desaparece en vuestra presencia, porque como vos os llamais vos mismo, vos sois solo aquel que es, y todo lo que es no existe sino por la comunicacion de vuestro ser infinito.

Vos sois el que lo haceis todo en todos; vos sois la respiracion que nos hace vivir, el movimiento que nos hace obrar, la luz que nos hace ver, la inteligencia que nos hace entender y el alma de nuestra alma.

Vos estais siempre conmigo; vos estais dentro de mí mas que yo mismo: á qualquiera lugar que yo me vaya, vos ya estais allí, y aunque yo os dexe en el lugar de que me voy, os hallo no obstante por todas partes por donde paso! y vos me esperais aun en el lugar adonde llego.

Adónde iré yo, Señor, exclamaba el Profeta Rey? adónde huiré para evitar vuestra presencia? Si subo al Cielo, allí estais vos; si penetro hasta el centro de la tierra, os hallaré tambien allí. Los mares mas distantes, y las mas densas tinieblas no sabrán robarme á vuestros ojos; porque las tinieblas nada tienen de obscuro para vos, y la distancia mas grande no es nada delante de vuestra inmensidad: los mismos Cielos, cuya altura y vasta extension nos parece tan digna de admirarse, no son sino un átomo á los ojos de esta inmensidad. O inmensidad!.... O Dios mio! podré yo en adelante no veros por todas partes? Mi corazon no sentirá vuestra presencia delante de la suya, pues que vos estais mas cerca de él que él mismo.

VIII.

Pero á la inmensidad que os hace mas presente en todos los luga-

res que las mismas cosas que nosotros vemos, juntais un poder infinito, y una magnificencia que os hace aun mas visible que los objetos que hieren á nuestra vista y que nos rodean.

Los Cielos, dice el Profeta, anuncian la gloria del Señor, y todas las luces que brillan en el firmamento descubren á aquel que es su Autor: este número prodigioso de estrellas, cuyo resplandor, grandeza y movimiento presentan de todos lados á nuestros ojos un expectáculo tan brillante y tan magnífico, la variedad, el órden, la exâctitud del curso de tantas estrellas, todo esto publica en un lenguage inteligible á todos los pueblos de la tierra el poder y la gloria del Criador.

Y en efecto: se puede considerar sin sentirse arrebatado de admiracion, la puntualidad y medida con que el sol, este occeano, este agregado inmenso de fuegos, hace desde tan largo tiempo su carrera, y la obediencia

con que vuelve sobre sus mismos pasos, luego que ha tocado el término que vos le teneis prescrito? Se puede mirar sin asombro la proporcion con que los dias se aumentan ó disminuyen, y la regularidad con que el dia que acaba pone un órden nuevo al dia que debe seguir? Quién dudará de vuestra providencia, ó Dios mio! considerando un tal órden?

Quién osará desobedecer á una soberania y una virtud á quien todo obedece? Vos mandais á los vientos y á las llamas, á los torbellinos y á los rayos: los relámpagos, tan súbitos y precipitados, esperan su comision de vos, y despues de haberla executado, vuelven instantaneamente para deciros: aquí estamos.

IX.

Quando quisisteis, ó gran Dios! criar este vasto universo, vos hablasteis, y la nada obedeció á vuestra voz:

dixisteis que fuese el mundo, y fué en el mismo instante: no tuvisteis que hacer sino decirlo, y todo fué hecho: el Cielo y la Tierra, y todas las riquezas que ostentan á nuestra vista, fuéron el efecto de una sola de vuestras palabras.

O Señor! quál será vuestra hermosura, pues que tan poco os cuesta comunicarla tan grande á vuestras obras?

Quál será la luz con que brillais vos mismo, pues que sois la causa de tantas otras? Y quando prodigais tanto resplandor á los astros, de qué gloria y magestad no debeis vos estar rodeado?

En fin, quál será vuestro poder, quando con solo un aliento de vuestra voluntad sosteneis toda la extension inmensa del Cielo y el peso enorme de la tierra? El mar entero no es á vuestra vista sino una gota de agua; y sin embargo inundaria y sumergiria todo, si vuestra defensa no le tuviese en respeto, y si vos no hu-

bieseis escrito sobre su ribera, que se le prohibia ir mas adelante; pero habeis permitido á los arroyos el que extiendan su curso por las campiñas esmaltadas de flores y cubiertas de árboles, que vuestra liberalidad ha cargado de todas suertes de frutos, diversificados abundantemente segun nuestras necesidades. La tierra, que ántes de vuestra palabra no tenia sino su aridez, ha llegado á ser para nosotros como una mesa servida magnificamente; la habeis llenado de toda clase de bienes para nuestro uso; la habeis poblado de una infinidad de animales, cuya figura, astucia, servicios é inclinaciones diferentes, son otros tantos testimonios de vuestra providencia y de vuestro poder como objetos de admiracion para nosotros; y motivos de un reconocimiento eterno.

X.

Podria yo, pues, ó gran Dios! dexar un momento de pensar en vos, entre tantas razones como me recuerdan de una manera tan eficaz y continua vuestra bondad, vuestra grandeza, vuestra magnificencia y vuestro poder infinito?

Tendria yo alguna disculpa si os tuviese siempre presente por vuestros beneficios, y os olvidase absolutamente por la ingratitud?

Mis ojos permanecerian cerrados miéntras que mis manos están abiertas para recibir, y quando están tan freqüentemente llenas de vuestros dones estaria mi corazon vacio de reconocimiento? Ah! Criador magnífico, ántes perder la vida y el sentimiento, ántes olvidarme de mí mismo que olvidaros jamás. Sí: auxiliado de vuestra gracia, me atrevo á clamar con el Profeta: Que mi mano derecha me quede inútil, y se pegue mi len-

pegua á mi paladar sino tengo presente al espíritu de Dios, cuya soberanía y poder resplandecen tan visiblemente en todo este vasto universo: si la memoria de sus perfecciones adorables, y el cuidado de celebrar su gloria no son en adelante mi ocupacion mas dulce.

O Dios mio! abrumado baxo el peso de esta mortalidad, en medio de las miserias de este destierro, y no pudiendo ser dichoso por mi propia felicidad, yo lo seré por la vuestra: si mis penas me entristecen, vuestra dicha me consolará, vuestra grandeza me hará ver con placer mi humillacion; me alegraré de todas las maravillas y perfecciones que hay en vos; os veré por todas partes, y os seguiré á todos los lugares. Unas veces me elevaré hasta los Cielos, y contemplaré en ellos el resplandor de vuestra gloria; otras veces descenderé hasta los abismos, y descubriré allí la profundidad de vuestra sabiduría: montaré sobre las alas de los vientos, a-

travesaré los mares, y veré vuestro poder por todas partes, y en todas partes os hallaré.

O insensibilidad! ó ingratitud monstruosa de los hijos de Adan! Ay de mí! nuestras acciones de gracias no son ni tan vivas, ni tan freqüentes como debieran ser.

Perdonad, Señor, á nuestra estupidez: hacednos atentos: añadid á todos vuestros favores el de que hagamos un santo uso de ellos. Nosotros estamos todos compuestos de vuestros dones; cómo es esto que todo lo que hay en nosotros no nos serviria, ni os glorificaria únicamente?

Abrid nuestros labios, ó por mejor decir nuestros entendimientos y nuestros corazones, para que nuestras bocas y nuestras acciones anuncien vuestras alabanzas: no se os alaba como se debe, porque no se os ama; y un corazon es mudo quando no está animado del fuego de vuestro amor.

Abrasadnos de este fuego hermo-

so: haced que á la claridad de esta divina antorcha os consideremos sin cesar en la admirable sabiduría que brilla en todas vuestras obras, hasta que en fin podamos verla al descubierto, y contemplarla tal como está en vos en la eternidad. Así sea.

SENTIMIENTOS

DE UNA ALMA DISGUSTADA DE LA VIDA, Y QUE SE PREPARA Á LA MUERTE POR LOS DESEOS MAS VIVOS DE VER Á DIOS.

I.

Fuente de todos los bienes! occeano de delicias! hermosura siempre nueva! quándo mis ojos se desquitarán de las lágrimas que el deseo de veros les hace derramar? Quándo se saciarán á todo su placer contemplando de cerca todas vuestras amabilidades, y

estos atractivos arrebatadores que causan los extremos de los Angeles y de los Santos?

Estais aun muy distante, momento feliz, en el que despues de mi destierro pareceré delante de Dios en su santo tabernáculo.

Dulce y lisonjera esperanza de una felicidad perfecta, qué sentimientos haceis nacer en mi corazon? mil transportamientos y deseos; pero deseos mezclados con temores é inquietudes.

"Quán amables son vuestros ta-»bernáculos, Dios de las virtudes! Mi »alma no puede mas sostener el ar-»dor con que suspira por la mora-»da del Señor. Ella enferma, y se »olvida de sí misma pensando en »la Celestial Jerusalen." Desfallece de sentimiento por no haber ya llegado allá, y por el temor de no llegar jamás; y mis suspiros os dicen á todas horas: Despues de haber tenido, Señor, el privilegio de comer aquí á vuestra sagrada mesa, tendré en

sin la dicha de ser admitida á ella eternamente?

Qué haré yo en adelante en este lugar de destierro, en este valle de lágrimas en donde todo pasa, en donde todo engaña, entre viles criaturas, que importunan, ó que no me ofrecen sino vanas figuras que deslumbran, y sombras que desaparecen? En esta morada de dolor y de tristeza, obscurecido siempre por espesas nubes que roban á mis ojos el Sol de Justicia, qué quiero ver?

O Señor! Quién puede aun deteneros con los habitantes de Cedar en una tierra en que vos sois tan poco conocido y poco amado? Ay de mí! puedo yo ser tocado de los hechizos de Babilonia, despues de haber recibido tantas veces la prenda preciosa de las delicias de Jerusalen?

Mi alma, disgustada del mundo y de ella misma, suspira por vos, ó Dios mio! quién otro que vos podria apagar la sed que la abrasa, y que los

bienes perecederos no han hecho sino irritar? Ay de mí! quándo vendré yo, quándo pareceré delante de vos? quándo mis ojos podrán saciarse del placer de contemplaros? quándo mi corazon saldrá de sí, se mezclará y se identificará con el vuestro? Os busco por todas partes, y no puedo encontrar algun reposo en donde no os veo: no me sostengo sino por mis lágrimas, que ya han llegado á ser mi principal alimento de noche y de dia en esta tierra estéril y desierta, en donde no se puede hacer otra cosa sino padecer.

Mi alma desfallece pensando en vuestros atractivos: mi corazon parece querer salirse, arrancarse y apartarse de mí, para volar, para arrojarse á vos, y para unirse con vos para siempre. Vos sois, sí, vos sois solo á quien yo deseo, y el único objeto de mi amor; todo lo demás me es indiferente. O vosotros que me hablais de la hermosura de esta morada brillante que habitan los Bienaventurados! no,

no son los encantos de esta habitacion amable los que me mueven: no es el Paraiso al que yo busco, sino al que ha hecho el Paraiso.

II.

Yo he nacido ménos para vivir que para morir. La mas grande de todas las gracias es la de una santa muerte: yo no sabria merecerla, pero puedo conseguirla. Haced, ó Dios mio! que yo no espere para ponerme en disposicion de ir á vos á que la enfermedad me imposibilite de poderlo hacer: la mejor preparacion para la muerte es una buena vida.

La muerte pierde todos sus horrores para el verdadero christiano; ántes bien le parece llena de dulzuras, porque es la que acaba su destierro, la que le abre las puertas de su amada patria, y la que le vuelve á su querido.

No, no tiene necesidad de asegurarse contra la muerte el que está lle-

no de amor : él la espera , la desea, la llama , desfallece en el ardor de sus deseos , se consume y se agita por el momento de su libertad : feliz disposicion , mas preciosa y mas digna de desearse que quanto se puede explicar.

Quién me dará este amor , que es mas fuerte , que la muerte , que triunfa , que muda , y que la quita todo lo que tiene de espanto , y la presta todo lo que él tiene de dulce?

Recibid , Salvador Divino, los últimos sentimientos de mi corazon : no quiere vivir sino para vos; muere lleno de deseos de reunirse á lo que ama, y vuela á vuestros brazos : un torrente de alegría se derrama dentro de mi alma , mi destierro cesa , y se acaban mis desdichas. Jesus! dulce esperanza mia , veré yo vuestro adorable rostro? Hay por ventura algunas penas y trabajos que una esperanza tan dulce no haga llevaderas , y que la vista de una tal dicha no cambie en delicias?

III.

Tal es el lenguage de la alma fiel sobre la tierra : distante de su Esposo, que aun le ocultan las nubes de la mortalidad, no hallando nada aquí baxo que pueda consolarla de esta separacion , sino la esperanza de verla acabar bien presto, suspirando sin cesar por este feliz momento que debe abrirle los Cielos, manifestarle su amado , haciendo de la duracion y de la amargura de su destierro el exercicio de su amor, y el mérito de su fé y de su paciencia , exclama sin cesar como la Esposa de los Cánticos: Ay de mi! quién me conducirá á estos pastos eternos , á estos lugares dichosos en donde reposa el querido de mi alma! ó como el Profeta Rey: Ah! quán larga es mi peregrinacion! quándo iré, Señor, á vuestra morada eterna! quándo pareceré delante del rostro de mi Dios!

IV.

En qué consiste, Señor, que vos no despedazais este saco, quiero decir, esta carne vil mortal de que estoy cubierto? Ninguna cosa espero en este mundo, y una fatal experiencia no me anuncia sino aflicciones y asechanzas. Es vivir hallarse rodeado de tantas miserias y peligros, de tantas enfermedades del espíritu y del cuerpo, en medio de tantos males, y de tantos temores aun mas grandes que nuestros mismos males?

Ó alma mia! quándo cerraremos finalmente los ojos á los escándalos que nos afligen, á la vanidad que nos seduce, á los exemplos que nos arrastran, á las amistades que nos distraen, y á las agitaciones que nos disipan?

Ay de mí! quién calmará los justos recelos que me causan mi fragilidad, y la incertidumbre de mi suerte? en dónde hallaré una respuesta

de vida? Ó amor! ó muerte! vos solos podeis dármela; vos solos podeis asegurarme un lugar en la morada de la paz, y librarme de la dura contingencia de desagradar aun á mi Dios, y del peligro continuo de perderle!

Apartémonos, alma mia, apartémonos de las riberas del rio de Babilonia, en donde no sabríamos cantar cánticos dignos de Sion, y en donde no nos es permitido dar testimonios de una santa alegría.

Salgamos de una casa que está cerca de venir á tierra, cuyas ruinas podrian abrumanos.

Apresurémonos á salir de este desierto árido, en donde no crecen sino espinas: huyamos de una tierra que devora á sus habitantes.

Ó muerte! ven, no te detengas: ó muerte!...... Pero á esta palabra, qué secreto horror se apodera de mis sentidos? qué imágen lúgubre se ofrece á mis ojos? un sepulcro tenebroso, que se abre, gusanos, una infeccion espantosa!

V.

O cuerpo mio! te estremeces? pues qué ignoras que reposarás ménos en el sepulcro que en el seno de tu Dios, cuya inmensidad contiene y llena todas las cosas? Ah! esta verdad consoladora debe asegurarte enteramente.

Repugnancia natural, sentimientos de tristeza y de horror! desapareced pues; vos no sois dignos de la esperanza christiana ni de los consuelos de la fé.

Venid, Señor Jesus, venid y libradme de este cuerpo de pecados; destruidle, aniquiladle, consumidle enteramente por el fuego de vuestra caridad: haced que yo os ame; pero con un amor tan tierno que destierre de mí todo temor.

Permitid que yo me esfuerce á manifestaros mas particularmente en las últimas horas del dia lo poco que he hecho durante todas las otras, para desquitarme, si puede ser, de la in-

diferencia pasada, é igualar por mi ardor al trabajo de aquellos que han sido ocupados desde la mañana.

La timidez y el abatimiento no podrian cubrir las faltas; solo el amor y la confianza tienen este privilegio: concededme, Salvador Divino, esta confianza tan digna de vuestras promesas, y de todo lo que habeis hecho, para hacerla llena y entera. Haced que el mérito del pecador crucificado cerca de vos, llegue á ser el mio; él espera, y el Paraíso le es prometido: ninguna cosa veo, como él en mi vida, que pueda consolarme; pero puedo yo ver vuestra muerte, ó Divino Libertador mio! sin consuelo? He tenido, como él, la desgracia de ser infiel casi todo el tiempo de mi vida; pero concededme, Señor, la gracia de que á su exemplo, sea fiel á lo menos en la muerte.

Salvador amable! en dónde hallaré yo esta viva confianza, este amor tierno y eficaz, que hace marchar á largos pasos hácia vos, y caminar

mucho en poco tiempo, este amor que disipa todo temor, excepto el de no veros?

VI.

Ah! si para adquirir esta perla preciosa es necesario deshacerse de todo, aun de la misma vida, consiento en ello con gusto; derramad pues á éste precio en mi corazon este amor; hacedle correr de las fuentes queridas de donde esperó mi salud; abridme vuestras sagradas llagas. Ay de mí! Vos me las manifestais en este crucifixo para asegurarme, son otras tantas puertas abiertas en donde puedo refugiarme para ponerme al abrigo de las venganzas del Cielo. Ellas mismas me dan á entender que vos habeis adquirido el derecho de perdonar á costa de toda vuestra Sangre. Y en efecto, esta Sangre de la que una sola gota basta para lavar todo el mundo, esta Sangre, de la que todo el mundo ha sido inunda-

do, no será bastante copiosa para purificar á una alma que coloca en ella toda su esperanza? No podrá ella suplir lo que la falte por otra parte? Sí, Señor, no hay duda que puede, vuestro amor me lo dice, y estos brazos que vos me alargais con ternura son la prenda preciosa de esta seguridad. Ah! sufrid que los mios se atrevan á estrecharos con extremo; que yo riegue con mis lágrimas vuestros pies traspasados cruelmente por mi amor; que yo ponga mi boca sobre vuestro costado abierto, para que me recibais dentro de vuestro corazon. En dónde hallaré yo un asilo mas seguro que en el seno de la misma misericordia? Ah! en este corazon adorable es en donde yo quiero exalar el último suspiro.

Victima santa, que moris por mí, permitid que yo muera con vos para ennoblecer mi muerte, uniéndola á la vuestra. Permitid, Divino Isaac, que me sacrifique con vos sobre el mismo altar, para no hacer, si es

posible, sino un solo sacrificio de los dos: permitid que me oculte en vos, para que el Padre Celestial no mire á aquel que ha irritado su justicia, viendo aquel que la ha satisfecho.

VII.

Cubierto así de la abundancia de vuestros méritos, ó Salvador mio! me atrevo á clamar con el Profeta, lleno de la mayor confianza: El Señor está conmigo: él me protege; pues qué tengo yo que temer?

O muerte! bien puedes venir y despojarme de esta carne mortal, de esta parte terrestre y material de mí mismo. Ya no temo mas el verme entre tus brazos; ellos deben llevarme y entregarme á mi Divino Libertador, que en lugar de este vestido de ignominia que me quitas, y que yo he manchado tantas veces, me dará uno, cuya gloria será una imitacion del resplandor y de la magestad del suyo. Cómo pues no veré yo con ale-

gría el momento que me despojará, para procurarme la ventaja de ser revestido tan magníficamente?

Por qué no me regocijaré yo con el Apóstol, pensando en que mi salud está cerca, y que no me falta sino un momento para llegar á ella?

Los justos me esperan, dice el Profeta, para recibir con ellos la recompensa debida á los méritos del Redentor. Por qué no me apresuraré yo á salir de esta caterva impura y corrompida para juntarme con aquella tropa divina y bienaventurada?

Ay de mí! Un caminante teme por ventura llegar al lugar que se propone por término de su viage? No se alegra por el contrario luego que llega, porque se encuentra libre de sus fatigas?

Un desterrado á quien se levanta el destierro, se aflige acaso por este decreto? causa disgusto á un prisionero el que se le abran las puertas de su prision? El mundo es un destierro, y una prision de la que la

muerte nos libra ; pues por qué no la miraré yo como un bien ?

VIII.

O muerte! ven pues, no te detengas! O cenizas! ó gusanos! ó podredumbre! yo os recibo voluntariamente, os abrazo con alegría por grande que sea el horror que inspirais á la medrosa naturaleza.

Vengad los intereses de mi Dios; destruid este cuerpo que he conservado tan cuidadosamente : despedazad, consumid esta carne en donde la concupiscencia ha reynado con tanto imperio ; esta carne, á la que yo he tratado con tanta delicadeza : yo me entrego á vuestro rigor. Quanto mas culpable me reconozco, mas justo y dulce me es el decreto dado por mi Criador.

Sí, Dios mio, yo hago de todo mi corazon á vuestra Soberana Justicia el sacrificio de todas mis repugnancias, aceptando con sumision

todo lo que la muerte tiene de mas espantoso á los sentidos y á la naturaleza, para expiar, en quanto esté de mi parte, por medio de estas penas tantos pecados como he cometido, y que yo no podré jamas llorar bastante.

Hago á vuestra inmortalidad el sacrificio de mis dias, de estos dias que yo he recibido de vos, y que os debieran haber sido consagrados enteramente, que deberian estar llenos de buenas obras, y han sido consumidos inútilmente; recibid mis sentimientos y mis pesares mas amargos.

O gran Dios! cuyos años son eternos, y que solo permaneceis siempre el mismo, recibid el homenage que rindo á la eternidad y á la grandeza de vuestro ser, por el aniquilamiento del mio.

Nosotros semejantes á estos fuegos fátuos que se dexan ver por los ayres en una noche obscura, nosotros no nos dexamos ver sino para

desaparecer en un abrir y cerrar de ojos ; pero vuestra inmutabilidad y vuestra existencia eterna me consuelan de la brevedad de mis dias.

IX.

Flaco mortal , compuesto de tierra y lodo , justo es que yo vuelva á entrar en el polvo de que he salido.

Justo es , Señor , que yo sea privado del uso de mis sentidos , de estos sentidos que hubiera debido emplear de una manera mas conforme á vuestros designios , consagrándolos á vuestra gloria , en lugar de hacerlos servir á mi satisfaccion.

Justo es que mi alma que ha osado separarse tan frecuentemente de vos , ó el único y solo bien á quien debia estar unida ! sea separada de su cuerpo , y este mismo cuerpo llegue á ser un objeto de horror á todas las criaturas , en compensacion del gus-

to y de la vanidad que ha tenido de ser amado.

Justo es que sea cubierto de tierra, aniquilado, olvidado, en castigo de los vanos deseos que le han llevado á distinguirse.

Que sea hollado entre los pies y reducido á polvo, por haber querido elevarse. Oxalá que este estado de humillacion pueda expiar mi orgullo; que la soledad y el horror del sepulcro sirvan para reparar mis disipaciones y pasatiempos; y finalmente que la aceptacion síncera y voluntaria que yo hago, ó Dios mio! de todas las circunstancias de que mi muerte debe ser precedida y acompañada, puede hacerla preciosa á vuestros ojos, y semejante á la muerte de los justos!

Dignaos, Señor, de concederme en este momento crítico esta fuerza que vos habeis dado á vuestros Mártires, y que los elevaba sobre los mas crueles y dilatados tormentos: haced que la memoria de vuestra pacien-

cia y de la suya me fortalezca contra todos mis males, y me haga reprimir tan perfectamente los movimientos de la naturaleza (que mi voluntad resiste y desaprueba desde ahora), que en lugar de quejarme, os dé gracias, como de un favor señalado, porque me permitis el beber con vos en vuestro cáliz.

X.

Salvador Divino, concededme en mi extrema debilidad y en el crecimiento de mis males el consuelo y refrigerio que vos me habeis merecido por toda la amargura de este brevage que os fue presentado en vuestra pasion!

En fin, quando se acerque el último momento, tomadme como por la mano para sostenerme en este tránsito peligroso del tiempo á la eternidad; ó mas bien, llevadme entre vuestros brazos, como una madre

tierna lleva entre los suyos á su hijo aun de poca edad. Vuestro amor excesivo excusa este deseo ; él me hace esperar su cumplimiento , quando él mismo os hace olvidar vuestra grandeza infinita , y os lleva hasta venir á visitarme para servirme de viático y de guia en el viage de la eternidad. Sí , este pan milagroso ; que vos acabais de traerme , me dará, como en otro tiempo al Profeta , la fuerza necesaria para caminar á paso firme y seguro hasta la montaña del Señor.

No es verdad , ó Dios mio ! que quando todo lo demas esté pronto á abandonarme , vos solo os dignais venir á mi socorro , me prodigais los cuidados mas tiernos , y defendeis á mi alma contra las aguas que parecen querer sumergirla? Ah ! yo estaré desde hoy sin temor en medio de los mas grandes peligros. Pastor Divino ! vos conducireis á mi alma hácia el término feliz á que ella aspira. Vuestra vigilancia asegurará su reposo , vues-

tro socorro la sostendrá en este penoso camino; el alimento celestial que vos me presentais va á reanimar mi flaqueza: este vino delicioso que me ofreceis, excita ya en mi corazon los mas dulces extremos. Así como un atleta impaciente por entrar en la carrera, yo encuentro en la uncion santa, que voy á recibir, la seguridad de la victoria.

XI.

Qué exceso de ternura de vuestra parte, ó gran Dios! olvidando lo que vos sois, olvidais tambien mi indignidad y mis pecados. Ah! una generosidad semejante aumenta mi dolor y mi confusion; inflama mi reconocimiento, mi amor y mis deseos.

O Cielo! qué dicha! mi Dios está conmigo: él ha llegado á ser mi sustento y mi fortaleza, y me ayudará en adelante como á una parte de sí mismo. Dolor, temor, flaqueza! voso-

tros no teneis ya ningun derecho sobre mi alma.

Se puede temer algun mal quando se posee la causa de todos los bienes? se puede temer la muerte quando se tiene consigo al Autor de la vida? Sí, tales eran vuestros sentimientos, Mártires de Jesu-Christo: despues de haber sido fortalecidos por esta Vianda celestial desafiabais la crueldad de los verdugos y el rigor de los tormentos mas espantosos; perdiais la vida sin pesar, porque estabais unidos al Dios que la da. Este Dios, este mismo Dios acaba de contraer conmigo la misma union, y me atrevo á esperar los mismos efectos.

XII.

Prenda admirable de una inmortalidad gloriosa! Pan de vida! sí, vos me apartareis para siempre del imperio de la muerte. O cuerpo mio! podras tú oir sin los mas vivos extremos

de alegría y de confianza esta promesa solemne: "El que come mi car- »ne y bebe mi Sangre tiene la vida »eterna, y yo le resucitaré en el úl- »timo dia." O muerte! Escucha y respeta á este amable decreto; y tú, ó alma mia, haz de modo que todo el peso de tu amor te arrastre hácia un Libertador tan generoso; pero que esto sea sin dudar, sin balancear, y con el ardor mas tierno: quéjate amorosamente con la Esposa de los Cánticos, porque te dexa penar tan largo tiempo en un desierto sin camino y sin salida: escucha con una mocion secreta, si acaso no llama aun á la puerta. Venid, Señor Jesus, venid, no hay medio de sostener vuestra ausencia y vuestras demoras; venid, y que todos los que oyen mis suspiros, os digan conmigo: Venid... Que todos los habitantes de la Celestial Jerusalen tomen parte en mis instancias, se junten á mí para apresurar este feliz momento, y me concedan todos sus sufragios. Haced, Se-

ñor, que los Angeles me presten el mérito de sus adoraciones y de sus servicios, los Patriarcas, y los Profetas el de su fe y de su esperanza, los Apóstoles sus trabajos, los Mártires sus tormentos, los Confesores su zelo, y las Vírgenes sus tiernos sentimientos. Adornada con todas estas virtudes, que la caridad de los Santos consentirá en que te apropies en defecto de las tuyas, ó alma mia! ve delante del divino Esposo por tus deseos: toma los sentimientos de esta amante de Jesus (Santa Teresa), que no podia sufrir mas hallarse distante de él: el amor es tan fuerte como la muerte: él puede hacer sus funciones, y corregir su lentitud. Ah! qué júbilo, ó alma mia! qué gozo! Si tu amor tiene bastante fuerza para romper las cadenas que te sujetan á este cuerpo mortal, y para desembarazarte de este triste peso, bien puedes ir y arrojarte de un vuelo rápido al seno de tu amable Salvador, en el Rey-

no eterno del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea.

SENTIMIENTOS

DE UNA ALMA SOBRE LAS DULZURAS DEL AMOR DIVINO, Y LA UNION ÍNTIMA CON DIOS.

I.

Ilustre amante (Santa Teresa) de Jesu-Christo: vos, cuyo corazon herido por los tiros del amor mas tierno, suspiraba sin cesar por el momento que debia volveros á vuestro querido: vos, que en medio de vuestros éxtasis os quejabais continuamente de la necesidad que os detenia en esta vida, y os impedia volar hácia el único objeto de vuestros deseos! manifestadme quáles deben ser las qualidades de un amor fuerte para rom-

per las cadenas que le detienen en un cuerpo mortal; enseñadme qual debe ser su violencia, su vivacidad y su ardor, porque vos las habeis experimentado felizmente, quando vuestro corazon, no pudiendo bastar á todo el amor que le abrasaba, el exceso de este mismo amor os reunió en fin para siempre á vuestro divino Esposo.

Ay de mí! Quién me conducirá sobre vuestras huellas á la fuente del amor, de este amor generoso, vencedor de los sentidos, y mas fuerte que la muerte?

Quién me dará á lo ménos este amor tierno, humilde, cariñoso y desinteresado que sabe atraerse las comunicaciones divinas, que bebe con reconocimiento en este torrente de santas delicias, de las que está embriagada el alma justa, y que de tal suerte la arrebata por su dulzura inefable, que le hace insípidos los vanos placeres del siglo, y no le dexa otro deseo que el de poseer á su Dios,

de tener la gloria de agradarle, y la dicha de permanecer con él?

Quién me conducirá á esta agua pura, cuya virtud lava las manchas, calma el ardor de las pasiones, y apaga el fuego de la concupiscencia; á esta agua viva, que resalta hasta la vida eterna, para que yo beba en ella quanta necesite para extinguir la sed que me atormenta? Qué digo yo extinguir? No, Señor, no; haced mas bien que á medida que yo beba de esta agua sagrada, mi sed se aumente cada dia mas; porque es propio de vuestro amor el aumentar los deseos, cumpliéndolos.

O Dios! quán dichoso es el que os ama! porque vuestro amor lo cubre todo, lo cura todo, lo da todo, y todo lo hermosea: él es el que reparte el agrado en los lugares mas tristes, el que ilumina los mas obscuros, y presta su gracia á todos los objetos que nos cercan. El hechizo inexplicable que está unido á las acciones que él inspira las hace mas fáciles y amables.

O amor! que triunfais del mismo Dios, que le quitais sus rayos, y le haceis olvidar hasta sus derechos: ó amor! vos sois mi asilo, mi esperanza y toda mi ambicion: conozco todo lo que vos encerrais, y no puedo desearos bastante: ah! un tesoro de tanto valor con qué sacrificios no debe ser comprado? Feliz, y mil veces feliz el que puede poseeros! con él lo tiene todo. Las lágrimas, las humillaciones y las cruces pueden acaso pagarlo demasiado? No, no; y quando fuese necesario darlo todo por un bien tan precioso, no se daria jamas bastante.

II.

El temor es el principio de la sabiduria: pero el amor es la consumacion de la virtud: él es su alma y sus delicias. El amor es el que decide de todo el hombre: él es el que comete los crimenes quando es desordenado, así como es causa de sus

virtudes y de sus méritos quando es bien dirigido: es decir, quando se encamina hácia el solo bien verdadero é infinito.

El amor verdadero se horroriza del menor pecado. Sí, Dios mio, Dios de mi corazon; reconozco que si os amara verdaderamente, seria inconsolable por la falta mas pequeña: yo no podria evitarla bastante, castigarla bastante, ni llorarla bastante; perderia de dolor el reposo y el sueño; pensaria haber faltado al amor y á la fidelidad, y moriria de pesar; y sin embargo yo respiro. Culpable por mil infidelidades, mi corazon se abre aun al placer y á la alegría! Ah! es verdad, por mi desgracia, que yo no os he amado hasta aquí. En vano os he hecho mil veces las protestaciones mas tiernas, que no eran hijas sino de un amor de palabras, aun mas frívolo y pasagero que las palabras mismas.

O amor! hasta dónde se extiende vuestro poder, y quál es vuestra vir-

tud! Vos sois el que haceis los justos y purificais los pecadores: en vano es que ellos lloren, si vos no dais el precio á sus lágrimas; en vano es que ellos repartan sus riquezas, sino sois vos el que las repartís; en vano es que yo hable el lenguage de los Angeles, como dice el Apóstol; en vano entregaria yo mi cuerpo á las llamas, y emplearia todos los bienes en aliviar la indigencia: si no es el amor el que lo da, el que sufre ó el que habla, no hago nada, y soy como el metal, cuyo sonido se pierde en el ayre.

Amor divino, sentimiento vivo y puro, qué discursos son dignos de tí? qué lengua será tu intérprete? Todo quanto se pueda decir equivaldrá jamas á lo que se siente? Todo llega á ser sentimiento en un corazon que tú animas; el universo entero no le ofrece sino objetos de ternura y de gratitud: por todas partes descubre la mano adorable de su amado: él la ve y la siente en todos los luga-

res: en todas partes le ruega, le adora y se une á él. O sentimiento, dulce vida del alma! ven á hacerte el dueño de mi corazon: yo le entrego á todas tus impresiones.

III.

No es esto en lo que consiste la verdadera dicha? Y en dónde hallaria yo por otra parte esta felicidad que mis deseos llaman sin cesar? Yo no puedo encontrarla sino en la posesion del objeto mas perfecto, y el solo capaz de satisfacerme, que sois vos, ó Dios mio! Sí, vos sois la fuente y el cúmulo de todas las perfecciones. Yo no puedo ser feliz sino poseyendoos, y no puedo poseeros, sino os amo. Cómo no os amaria yo, hermosura siempre antigua y siempre nueva? No, yo no quiero hacer otra cosa. Amar tiernamente, amar únicamente, amar sin límites y sin fin: he aquí en adelante el solo deseo y

la sola ocupacion de mi espíritu. O Dios mio! Apartad de mí todo lo que pueda dividir mi atencion. Triste necesidad la del sueño y del alimento, necesidades que deberian humillarme! vosotras me haceis gemir. Ah! por qué venis á distraer y á interrumpir mi amor? Señor! quándo hareis vos cesar esta penosa servidumbre? quándo mi alma, libre de todas sus cadenas, podrá avalanzarse para siempre al seno de su bienaventuranza? Esperando este feliz momento, yo no conservaré las fuerzas de mi cuerpo por medio de la comida, sino para dar un nuevo alimento al ardor que me inflama: el sueño no adormecerá el sentimiento de mi amor; yo dormiré, sí, pero mi corazon velará, y yo os amaré.

IV.

Pero los deseos que yo formo, no son indiscretos y presuntuosos? Quién

es, Señor, el hombre, para que vos os digneis permitirle amaros? Ay de mí! El hombre, no, no es sino polvo y ceniza; sus dias pasan como una sombra; y él mismo desaparece como una flor, que se abre por la mañana, y á la noche se marchita: pues cómo se atreverá á llevar él sus deseos hasta vos, que sois el Altísimo, el Rey de los siglos, el Dios inmortal é inefable? Por qué consideracion su corazon, sus deseos pueden merecer agradaros. El hombre no es sino miseria, nada y corrupcion; y vos sois el Santo de los Santos, el soberano Bien, el Criador y el Señor de todas las cosas. Los Principados del Cielo obedecen á la menor de vuestras señales; las Virtudes, las Dominaciones y las potestades os adoran con un santo temor; vos estais sentado sobre los Querubines; los Tronos tienen á mucha gloria executar vuestros mandatos; y sin embargo, vos os abaxais hasta mirar los flacos mortales, hasta sufrir que ellos os dirijan

sus suspiros, que os comuniquen sus designios, sus esperanzas, y sus temores: vos les escuchais, les consolais, y haceis vuestras delicias de conversar con ellos. Quién lo creyera, ó gran Dios! si vos mismo no os dignaseis asegurarlo? Pues aun es mas lo que haceis; porque no observando ninguna medida vuestro amor, os olvidais en alguna manera de vuestra grandeza, para representaros á nosotros unas veces como un Padre que no sabe perder de vista á un hijo querido; otras veces como una madre tierna, que estrecha á un hijo suyo entre su seno, que le acaricia, le abraza, y parece no vivir sino para él; otras como un amigo fiel, que no se cansa de llamar á la puerta de nuestro corazon, que nos da en cambio el suyo y todo el ardor de que es capaz; que nos solicita, nos halaga, y que emplea para llevarnos á sí todos los cuidados que puede excitar un amor tan ingenioso como el suyo. O Cielos! qué conducta de parte de un

Dios! qué bondad! Se puede pensar en esto sin salir fuera de sí? Se puede añadir alguna cosa al consuelo y á la dulzura de estos testimonios?

V.

No es verdad que vos no podeis sufrir que yo sea de otro que de vos, ó Dios mio! y que sois zeloso de poseerme solo? Ah! qué gracia! que vos os dignais mirarme como vuestra conquista. Queriendo que yo sea de vos, no quereis para vos sino un bien muy ligero, y que no añade ninguna cosa á vuestra soberana felicidad; y vos quereis para mí la union de todos los bienes, que solo puede hacer mi dicha. Esto mismo da á entender que obrais ménos por vos que por mí; y que vos me buscais mas á mí que no á vos mismo. Vos solo, ó Dios mio! sabeis amar, y de vos es de quien yo quiero aprender.

O vos, que me habeis amado quando yo era tan poco digno de vuestro amor, y aun cuanno do yo no existia, podré yo mientras que exìsta cesar de amaros! O amor! quál es vuestra fuerza, pues que habeis hecho descender á un Dios del Cielo! O Dios hecho hombre! vos os habeis acercado á mí para abrasar mas facilmente á mi corazon, y elevarme hasta vos por el amor que vos haceis nacer en él. O hombres! tendreis vosotros corazon sino amais á un Dios hecho hombre por vosotros, á un Dios que se entrega á vosotros, y que no vive ni muere sino por vosotros? No, ó el mas amable de los hijos de los hombres! yo no puedo dexar de amaros. Ay de mí! si es necesario amar como vos, puedo yo decir que os amo? Qué es lo que hasta aquí he hecho yo por vos? Y quando vos habeis muerto por mí, puedo yo lisonjearme de vivir por vos?

Si las inquietudes del amor prueban mejor que ninguna otra cosa su vivacidad y su ternura, en dónde hallaremos, Señor, nosotros una delicadeza de sentimientos mas grande que aquella cuya pintura nos hicisteis vos mismo por uno de vuestros Profetas? Hay alguna cosa de que vos no os valgais para haceros sensible á nosotros? Vos os dirigis á todas las criaturas, las poneis por testigos de vuestros vivos cuidados, les confiais vuestras penas, y os quejais amorosamente á ellas del poco suceso de vuestro amor y de nuestra indiferencia. Quiénes somos, Señor, nosotros para merecer tan tiernos favores? Os contentais con quejaros, quando podriais fulminar rayos. Oh! es necesario que sea grande vuestro amor. Oh! quán amable es vuestra condescendencia!

Pero el alma que corresponde á vuestros sentimientos, ah! qué no experimenta ella de vuestra generosidad y de vuestra ternura? Vos os communi-

cais á ella sin reserva; vos la hablais, no ya por sueños durante la noche, como á José, sino como á una esposa querida, por palabras pronunciadas inmediatamente sobre su corazon, y formadas no por el sonido de las voces, sino por las inspiraciones é impresiones mas tiernas: y aunque no ignorais ninguna cosa de lo que pasa dentro de esta alma, vos quereis saberlo de su propia boca, porque vos la amais; y no hay ninguna cosa de todas las que puedan tener alguna relacion con ella, que no sea asunto de vuestro amor.

Favoritos de los Reyes de la tierra! hallais vosotros estos sentimientos, experimentais estas atenciones, estos cuidados amables de parte de los Principes que os honran con su amistad? Hombres del siglo! admirad, envidiad los privilegios de una alma fiel en las íntimas familiaridades y secretas comunicaciones que tiene con su Dios.

VI.

Si, este Dios de bondad está en esta alma querida como en su santuario: ella es esta Jerusalén pura y sin mancha, en donde habita con el mayor placer, porque solo allí es sólo conocido y adorado: y esta alma en recompensa está en Dios como en su centro; en él encuentra el reposo que el mundo no conoce, lo reune todo en él, él es su luz, su consuelo y toda su esperanza: verle y poseerle eternamente es su único deseo, y el amor su único sentimiento. Ella lo posee todo, porque le posee, y le posee, porque no posee ninguna cosa con él: él solo hace todo su tesoro y todas sus delicias.

Los deberes que esta alma se impone los recibe de su Dios; por él se encarga de ellos; y él mismo es el que le ayuda á cumplirlos y el que los corona.

Elevada por la fé sobre las leyes

de la naturaleza, todo la es sometido, porque ella no está sometida sino á Dios solo; señora del mundo, despreciándole; y mas fuerte que la misma muerte deseándola: tal es, Señor, la sublimidad del alma que os está consagrada.

Es pues necesario, sí, yo lo repito, es necesario que vuestro amor sea grande, para haber llevado á este punto de poder y de grandeza la flaqueza humana. Bienes de la tierra, quán viles y despreciables sois á vista de estos rasgos preciosos de la liberalidad de un Dios!

Qué cosa mas admirable, Señor, ni mas propia para inflamar á los que os aman, que experimentar, como ellos hacen, que por violento que sea su amor por vos, no podria de ninguna manera igualar al que vos manifestais! No, por mas que ellos puedan hacer, no podrán excederos en generosidad: su diligencia y sus esfuerzos no podrán igualar á los sentimientos que vos teneis por ellos, y

á las pruebas que vos le dais. Si su reconocimiento los lleva á levantarse en la noche para buscaros, si su ardor les obliga á adelantar las primeras vigilias, ó el mas tierno, el mas fiel, y el mas fino de los amantes! vos les prevenis, y os hallan siempre el primero que ya les esperais: vos les llamais, les dais amorosamente la mano, y la delicadeza de vuestra ternura excede siempre infinitamente á la suya, qualquiera que pueda ser.

Si el deseo de agradaros les hace despreciar el tomar alimento, vos se lo recompensais abundantemente, proveyéndoles de un pan celestial y milagroso.

Si se encierran por vos en las cuevas mas profundas, vos sabeis pagarles este sacrificio, recibiéndolos y ocultándolos en vuestro seno.

Les abris vuestro corazon, ó el mas síncero de los amigos! les confiais todos vuestros secretos, en recompensa de que se niegan por vuestro amor á conversar con los hom-

bres: les haceis gustar todas las dulzuras de la contemplacion, y les mostrais todas las riquezas de vuestra misericordia.

En fin, porque ellos lo han dexado todo por estar con vos, os entregais todo entero y para siempre á ellos: oh, y qué cámbio!

O suerte deliciosa y digna de envidia! O vosotros que no conoceis esta dicha! Mundanos! que ignorais los consuelos del amor sagrado, acercaos, y ved, ya que no quereis creer sino á vosotros mismos, y no juzgar sino por vuestros ojos: ved lo que pasa entre los amigos de Dios; sed testigos de su alegría, de su tranquilidad, y de las dulzuras que gustan en el servicio del mejor de todos los Señores, del mas tierno de todos los Padres; y del mas magnífico de todos los Bienhechores: exâminad, entrad en estos lugares que habita el amor sagrado, en estos lugares, cuya sequedad aparente y cuya soledad os espantan, en este

desierto que os parece árido, y vereis con admiracion que el maná cubre allí la tierra, y que las rocas mas duras se convierten allí en fuentes deliciosas.

VII.

Sí, tal es el carácter del amor divino, quando él es el señor de un corazon, ó suavizar las penas que causa, ó cambiarlas en santos placeres. En este estado todo quanto se emprende en favor de su querido, por riguroso que sea, ninguna cosa cuesta al corazon, sino que ántes bien le sirve del mas dulce placer: las cruces, que parecen rodeadas de espinas á los que las miran de lejos, ó que no ven sino su exterior, la uncion sagrada de la gracia las convierte en rosas amables para los que las llevan amorosamente.

La abstinencia de los vanos placeres es para una alma que sirve á

Dios un gusto delicioso. Los que os aman verdaderamente, Señor, son felices aun en medio de sus sufrimientos. No, las penas mas crueles no podrian quitarles la dulzura de un sentimiento que vos les habeis hecho tan querido. Bebiendo en la copa del dolor y de la ignominia, ellos no ven sino la mano del amor que se la presenta, y que los embriaga con sus delicias.

En efecto: qué consuelo no encuentra el amor en hacerse conocer por unos testimonios nada sospechosos? Ah! si el amor profano ha sabido hallar placer en sufrir y morir por el objeto que le arrebata; un corazon poseido del amor divino no lo tendrá en sacrificarse por su Dios, pues que por medio de los sufrimientos le da la prueba mas fuerte y menos equívoca de que le ama mas que á todas las cosas, y mas que á sí mismo?

Pongo por testigos á vuestros sentimientos, Mártires de Jesucristo! San-

to Pontífice de Antioquia (San Ignacio) ; con qué ardor no deseabais vos llegar á ser la presa de aquellos leones hambrientos? con qué alegría, con qué extremos no recibisteis el decreto que os entregaba á estas bestias crueles?

Y vos, Ilustre Levíta de Roma (San Lorenzo), el fuego del amor de que estaba abrasado vuestro corazon, no tuvo el poder de haceros despreciar el fuego exterior y material que abrasaba vuestro cuerpo?

Vírgenes de Jesucristo, hasta dónde os elevó este amor? Semejantes á los Angeles, se puede en alguna manera decir que vosotras no teniais cuerpo; ó hablando mas propiamente, mas privilegiadas que estos Espíritus inmortales; si vosotras estabais sujetas á la muerte, era por tener la ventaja de morir por vuestro divino Esposo.

Así es, ó Dios mio! como tantos héroes de todos sexôs y edades, animados, sostenidos por el amor,

conducidos por esta luz celestial, han caminado hácia vos por medio de mil picas y mil fuegos: así es como el mismo amor hace aun hallar al alma que ha herido profundamente, dulzuras inexplicables en medio de las mas grandes penas.

Sí, este amor hace dulces las mas grandes amarguras; no siente las cargas mas pesadas, él no camina, sino que vuela: el trabajo mas grande es para él un dulce reposo. Ninguna cosa le turba, nada le detiene: él tiene el ardor y la actividad del fuego: se eleva siempre como él hácia el Cielo. No se le pueden oponer obstáculos; no se le pueden prescribir límites. Un corazon que está poseido de este amor se abrasa por seguir á todas partes á su amado: las cruces, los peligros, los tormentos mas espantosos los acomete con alegría, los sufre con delicias; no ve ni siente sino al objeto de sus deseos, y todo lo que no es él es nada para él: su mismo ser se pierde y se confunde con el suyo: no exîste sino

para él y en él , y encuentra en él todo lo que le falta y todo lo que desea , como que es la causa de todos sus bienes , y el remedio de todos sus males. Qué es lo que puede faltar á una alma que os posee , ó Dios mio! siendo vos la fuente de todos los bienes? No tiene ella con vos todo lo que puede desear? con qué profusion y abundancia no la dais vos , entregandoos á ella con la plenitud de vuestros dones? Arrebatada y admirada de hallarse como transformada en el Señor su Dios , si conversa con los hombres, ni oye ni siente sino á él ; á él escucha únicamente , se une á él , y se abisma con él : este Señor divino la habla continuamente , manifestándola unos amables zelos , porque no quiere que otros la posean , ó que puedan distraerla. Puede haber alguna cosa que se acerque á la dulzura de este comercio? No , Señor , no ; este es el unánime testimonio que dan de la vivacidad de vuestros sentimientos todos los que han hecho de ellos

una experiencia felíz ; y aun añaden: que la palabra no puede explicar , que el entendimiento no puede concebir, y que solo el amor puede experimentar todos los encantos de esta union.

VIII.

Amor , divino amor , vos nos dais un nuevo ser infinitamente mas noble, mas sublime y mas delicioso que el primero. No se puede contar la vida sino desde el momento en que vos la animais. El corazon que no siente la impresion de vuestros fuegos , es muerto. Es morir , no amar sino friamente: es no vivir , no amar ; pero el amor de las criaturas es un amor desordenado , que está distante de su centro. Vos no nos habeis hecho , ó Dios mio ! sino para vivir de vuestro amor: nosotros hemos nacido para ser abrasados y alimentados juntamente de este amor : así como una candela es hecha para consumirse delante de aquel á quien alumbra.

Yo lo encuentro todo en vos : vos reunis todas las qualidades amables, y todo sin vos es insípido y enfermo. No puedo soportar el enojo de una conversacion quando vos no sois su objeto. Todo lo que no os representa á mi corazon, me fatiga y me desagrada, y yo no puedo vivir sino en vos.

A vuestra bondad y á vuestros favores debo estos sentimientos que me animan. Quando prorumpo en suspiros, quando mi corazon se arroja hácia vos, no es sino un arroyo que retrocede, y vuelve á buscar su origen.

Fatiguense enhorabuena los mundanos por unos bienes terrenos y de corta duracion, pero el alma fiel no podrá menos de desdeñarlos. El amor de su Dios la adorna y hermosea mas que podrian hacerlo todas las riquezas y todos los honores.

IX.

Mi corazon ha bebido largos tra-

gos en los depósitos del amor, y tengo la dulce satisfaccion de ser todo entero para el objeto que yo amo, de seguirle continuamente con mis deseos, y de deberle todo lo que soy.

Pero, Señor, si vos me amais, y yo os amo, por qué estoy yo en la esclavitud? Poniendo los ojos sobre mil defectos, por los que mi corazon gime, siento desaparecer mi confianza: un secreto horror se apodera de mi, mis temores se renuevan, y mi alma está despedazada. Libertador divino, bienhechor generoso, me dexareis vos en este triste estado? Haced que yo no viva mas en mí ni para mí; que en cada uno de los instantes que se me han concedido por vuestra misericordia renueve los testimonios de mi reconocimiento: porque qué otro uso podria yo hacer de estos momentos que os pertenecen? Mi alma anegada en un abismo de obscuridad podria sin peligro apartar sus pensamientos de la luz de su vida? Vos sois el Sol de mis dias, vos los

alumbrais, y vos los dilatais: ellos son de vos, y no deben ser empleados sino para vos.

Objeto divino! quándo reuniréis vos solo todos mis pensamientos? quándo mi corazon lleno de vuestra imágen lo dirigirá todo á vos, y no se interesará en cosa ninguna, sino á proporcion de las relaciones que encontrare con vos?

Luz de mis dias! quándo disipareis para siempre las nubes que me rodean? quándo hareis vos solo todo mi bien y todos mis placeres?

Jesus! mi único libertador, quándo os rendireis á mis llantos? quándo vuestro amor romperá la cadena de mi esclavitud?

Ay de mi! una disipacion involuntaria me arranca freqüentemente y contra mi voluntad de estos tiernos sentimientos que me inspira vuestro amor. Razon humana! luz impotente, por qué teneis vos menos fuerza y poder sobre nuestros corazones, que el fuego secreto de la imagina-

cion, que nos domina como á pe-
sar de nosotros? Pero, ó mi amado!
haced á lo menos que si yo pierdo
mas que lo que quisiera, esta aten-
cion viva que uniria sin cesar mi al-
ma á vos, tenga la dicha de vol-
veros á encontrar bien presto en la
comparacion que haré de vuestros a-
tractivos con todo lo que me rodea;
y que las distracciones que me oca-
sionen los objetos exteriores no sir-
van sino para unirme mas estrecha-
mente á vos, por el vacío que ellas
mismas dexan dentro de mi espíritu.

O Dios! por quántos rasgos no os
grabais en un corazon atento? Y para
volveros á hallar es necesario otra co-
sa que volver á entrar dentro de sí
mismo?

X.

Almas fieles, que desfalleceis es-
perando al Esposo Celestial, dadme á
conocer el ardor de vuestros deseos; ó
haced mas bien que una chispa de es-

te divino amor de que estais abrasadas, descienda dentro mi corazon y venga á animarle : haced parecer á mis ojos vuestros santos ardores, y hacedme testigo de vuestros suspiros. Pero ay de mí! qual es vuestro dolor de no verle aun sino en esperanza, de no poseerle sino en deseo, y de no poder gozar aun de los placeres inefables de una posesion íntima?

Pero qué digo yo? pertenece acaso á un pecador levantar el velo sagrado que oculta estas puras delicias? Ah! es necesario el corazon de los Santos y el lenguage de los Angeles, para gustar como conviene de estas dulzuras divinas, que son tan superiores á nuestros sentidos, y hablando mas dignamente, sobre todas nuestras expresiones.

O vos, que sois el querido de mi corazon! exclama la Esposa de los Cánticos en medio de un exceso de sus sentimientos, mostradme quál es la dulzura de vuestros divinos atrac-

tivos? Enseñadme en dónde está el lugar de vuestra morada y de vuestros pastos sagrados: objeto divino! estad siempre presente á mi espíritu: haced que todo os represente á mi memoria; que encuentre por todas partes los efectos preciosos de vuestra misericordia, y que su impresion amable regle todos los movimientos de mi alma. Como una viva luz pondreis al rededor de mí un nuevo dia. Un embeleso poco conocido se repartirá sobre todo lo que me rodea; todo parecerá á mis ojos con nuevos rasgos y nuevos colores, y vendré á ser todo mas maravilloso y mas amable.

Qué gusto se puede comparar á la dulzura de amar á un objeto tan digno de los mas tiernos afectos de nuestros corazones, de decirle, de repetirle á cada instante, y de confundir todos nuestros deseos con los suyos? Si la perfeccion del objeto amado causa el entusiasmo del amor, qué sublimidad, qué delicadeza de sentimientos no deberia producir en noso-

tros la idea de las perfecciones infinitas de un Dios?

No hallando aquí abaxo ninguna cosa que la baste, ansiosa mi alma busca en vos de que llenarse. Elevándose á la fuente del sentimiento y del ser, pierde allí su sequedad y su flaqueza; renace allí, se reanima, halla un nuevo vigor, saca de allí una nueva vida, y toma otra existencia que nada tiene que ver con las pasiones del cuerpo, ó por mejor decir, mi alma no está ya mas en mí mismo, sino que está toda en el Ser inmenso que contempla y libre por un momento de sus cadenas, se consuela con ensayarse de un estado mas sublíme, que debe ser algun dia el suyo.

El amor es el alimento del corazon, como los manjares lo son del cuerpo, mas ya que se ame, amemos al solo objeto verdaderamente amable, y llenaremos juntamente el anhelo de la naturaleza que se explica por deseos, y el de la gracia que

nos convida por sus atractivos.

O alma mia ! qué es lo que tú buscas sobre la tierra ? qué solicitan estos deseos siempre nuevos ? qué es lo que puede aficionarte ? es acaso la bondad ? pues ella está en Dios sin flaqueza. Es la hermosura ? pues en Dios está sin mancha. La sabiduría ? en Dios está sin error. La perfeccion ? en Dios está sin defecto. La gloria ? pues en Dios está sin nubes y sin fin. Es acaso el placer el que te embelesa y te arrastra ? pues en Dios está, y solo en él le hallarás sin disgusto, sin enojo y sin remordimiento. Procuremos pues sacar y aprovecharnos de este oceano que encierra todos los tesoros de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Aneguémonos en este abismo de dulzuras, sin amargura y sin fondo.

XI.

Ay de mí! quién no suspirará por una condicion tan amable? quién no clamará con el Profeta Rey, á vista de una suerte tan digna de envidia? Hasta qué punto, Señor, no habeis honrado á vuestros amigos? Vos les habeis elevado al mas alto grado de gloria, y les habeis colmado de todos los favores con una especie de prodigalidad. Todo lo que hay mas digno de desearse en el mundo, la paz del corazon, las delicias de la contemplacion, el gusto de la sabiduría, el conocimiento de la verdad, la alegría de la caridad, y los consuelos de la esperanza son la herencia feliz de una alma que os está intimamente unida.

Ah! ya no me admira ver á los Reyes dexar sus coronas y hallar todas sus grandezas, pues que los encantos mas seductores de la dignidad Real no son sino insípidos en com-

paracion de los que vuestras comunicaciones divinas hacen gustar á una alma querida, quando vos os dignais de admitirla á su participacion. Ay de mí! quién me procurará este bien de tanto precio?

Madre del mas bello amor! vos podeis introducirme en este santuario sagrado, en donde vuestro corazon reposa entre los lirios, y en donde se une continuamente al corazon adorable del amor increado con unos ardores que los mismos Serafines no pueden comprehender. Por grande que sea el favor que yo oso pediros, vos sois tambien la Madre de la santa esperanza; pues qué no tengo yo derecho para esperar de un título tan propio para animar mi confianza? Pero quál será mi dicha, si puedo llegar baxo vuestros auspicios á este grado de union que hace el objeto de mis deseos? Este amable estado es el que ofrece los placeres mas puros: los cánticos de alegría, los gritos de júbilo y contento, y las aclamaciones

de aquellos á quienes arrebata el consuelo resuenan por todas partes entre los felices mortales que gozan de las familiaridades de su Dios : allí se oye la voz de la esposa , que vuelve á hallar á su esposo , y la voz del esposo , que se complace en su esposa. Venid , amada mia , la dice el esposo : venid , que ya es tiempo de que la vuelta mas tierna , y la mas dulce union coronen vuestra fidelidad y vuestra constancia : venid , no pongais límites á vuestros deseos, que yo no los pongo á mis favores ni á mi amor. Vosotros todos que sois testigos de mi dicha , exclama despues la esposa , en medio del arrebatamiento mas dulce , coronadme de flores , celebrad mi gloria , venid apriesa , me acompañareis en medio de mis trabajos.

XII.

Situacion deliciosa! alegría inefable! sagrado comercio de que el co-

razon no se cansa! atractivos divinos de los que no se defiende! gozo santo y puro, que en vez de hartar los deseos, no hace sino acrecentarlos, porque vos sois, ó Dios mio! un bien infinito, cuya posesion es siempre nueva, y nos hace descubrir en cada momento nuevos hechizos, que producen en nosotros nuevos ardores, deseos contínuos, siempre llenos y siempre tan vivos, ansias que os hallan siempre, y sin embargo siempre os buscan.

Vosotros todos los que aspirais á la verdadera dicha, no la busqueis en otra parte, aquí la teneis; daos priesa á llegar á este grado de union y de comunicacion íntima, que es un rasgo de la felicidad del Cielo; vuestra alma es hecha para amar: qué digo yo? ella es todo amor; no hay sino un amor sin límites que sea digno de ella: está llena de deseos infinitos, y no hay sino un bien infinito que pueda satisfacerla. Si quereis pues entrar en la alegría del Señor, y ser

inundados de un torrente de delicias, abalanzaros hácia este Bien supremo con todo el ímpetu de la ternura mas viva. Así como una flecha disparaba con fuerza, ó como un peso que desciende hácia su centro con la rapidez mas grande, así os debe llevar vuestro amor al seno del amor increado: este divino objeto elevará, ensanchará vuestro corazon, y le hará capaz de recibir este rio de consuelo, en el que los verdaderos amantes se embriagan, y el fuego de este amor, que la posesion hará feliz, producirá en vosotros arrebatamientos inefables.

XIII.

Amor! celestial amor! fuente de todas las dulzuras! yo me entrego á vuestros fuegos, yo me abandono á los extremos que me inspirais. Pero pues que vos quereis dexar llegar hasta mí el olor de vuestros perfumes, poned el cúmulo á vuestros favores; enseñadme en dónde encontraré á mi

amado, único deseo de mi corazòn, mostradme el lugar en donde se complace en permanecer durante el calor del dia. Como la Esposa de los Cánticos he recorrido todos los lugares en donde he creido poderle encontrar, y me he dirigido á todos aquellos que podrian decirme de él alguna cosa. No habeis visto á quien adora mi corazon? Ay de mí! en qué recelos é inquietudes no ha puesto él á mi amor, dilatando entregarse á mis deseos? Quién podrá explicarle toda mi pena? quién le dirá por mí el ardor con que suspiro por aquel feliz momento en que hará entender su voz, esta voz amable que atrae la primavera, que hace huir al invierno, y que cubre á la tierra de flores?

Compararé yo la presteza con que he buscado á mi amado, á la ligereza de los ciervos? No, el ardor con que ellos corren hácia la aguas de las fuentes no podria igualar á la vivacidad de mis sentimientos: los gemidos de la tortolilla no son sino una

imperfecta imágen de aquellos en que la ausencia me ha hecho prorrumpir.

En dónde estais vos, divino objeto de mi ternura, en dónde estais? Ay de mi! si fuesen montañas escarpadas, mares incógnitos los que os robasen á mis diligencias, las montañas mas altas, los mares mas distantes serian cortos obstáculos para mi amor; pero pues que la dicha de hallaros depende principalmente de nuestros vivos cuidados, no me hagais penar mas largo tiempo, rendios en fin á mis deseos, y mostradme todas vuestras amabilidades en una íntima comunicacion. En medio del dulce arrebatamiento que mi alma experimentará entónces, volará hácia vos con una santa impaciencia; el amor la prestará sus alas, y vos os dexareis tocar, deteniéndoos para recibirla: entónces ella se abrazará de vuestras rodillas con extremos que vencerán todo temor, ó le convertirán en adoracion, en acciones de gracias, y en un exceso de alegría.

Asi como á un ramillete de mirra, os diré yo en medio de mi ardor, ó amable Jesus! asi como á un ramo de mirra, colocadme sobre vuestro seno; dexadme reposar allí por un favor semejante á aquel que hicisteis á vuestro Discípulo amado.

Yo no puedo explicar todo lo que mi corazon desea; pero vos lo sabeis, Señor, pues que vos sois el que poneis en mí estos deseos: llenadlos, pues que vos podeis, que mi amor lo pide, y que tambien el vuestro os convida á que lo hagais.

Ay de mi! hasta qué punto no desearia yo multiplicar las pruebas de mi ternura? Quisiera grabar sobre el metal mas duro, y expresar en todas las lenguas estos caractéres á quienes hago intérpretes de mi amor: quisiera dar el sentimiento que me anima toda suerte de existencias, y toda la extension de que es capaz. Quántas veces no ha deseado mi corazon en medio de sus éxtasis, y á vista de vuestras perfecciones y de su

insuficiencia, reunir en él todo el amor que los Angeles y los hombres han experimentado en todo tiempo, y aun exceder á quantos homenages, cuidados y deberes habeis recibido de ellos? Quantas veces os he suplicado que engrandecieseis mi corazon, y extendieseis su capacidad? Ah! se os podrá jamas amar bastante? Todos los Bienaventurados juntos, en el seno mismo de vuestra gloria y en el centro de la eternidad, por mas poseidos que estén de vuestro amor, en el que encuentran su felicidad soberana, podrán ellos amaros jamas tanto como sois amable! O Dios mio! si una chispa de vuestro amor causa tales arrebatamientos, qué será el amaros sin límites y sin fin? Elevadme sobre mi flaqueza; decid una sola palabra, y mi alma dilatada hasta lo infinito, abrazará en su inmensidad todos los mundos posibles: y los obligará á todos á que os amen.

O Cielo! no es verdad (debo yo creer al fuego que me anima!) no es

verdad que vos concedeis por último á mi corazon esta union tan deseada, estas familiaridades tan tiernas! Y qué? podrá él sostener tanta gloria! podrá bastar á tanto amor! podrá contener estas efusiones divinas, estos torrentes de consuelos! O dulzura de mi vida! poned el cúmulo á tantas gracias: arrebatad enteramente á este corazon que vos quereis llenar; colocadme para siempre en medio del vuestro, y cerradle tan estrecha y tiernamente, que se mezclen, que se unan y se confundan juntos por el tiempo y toda la eternidad. Así sea.

FIN.

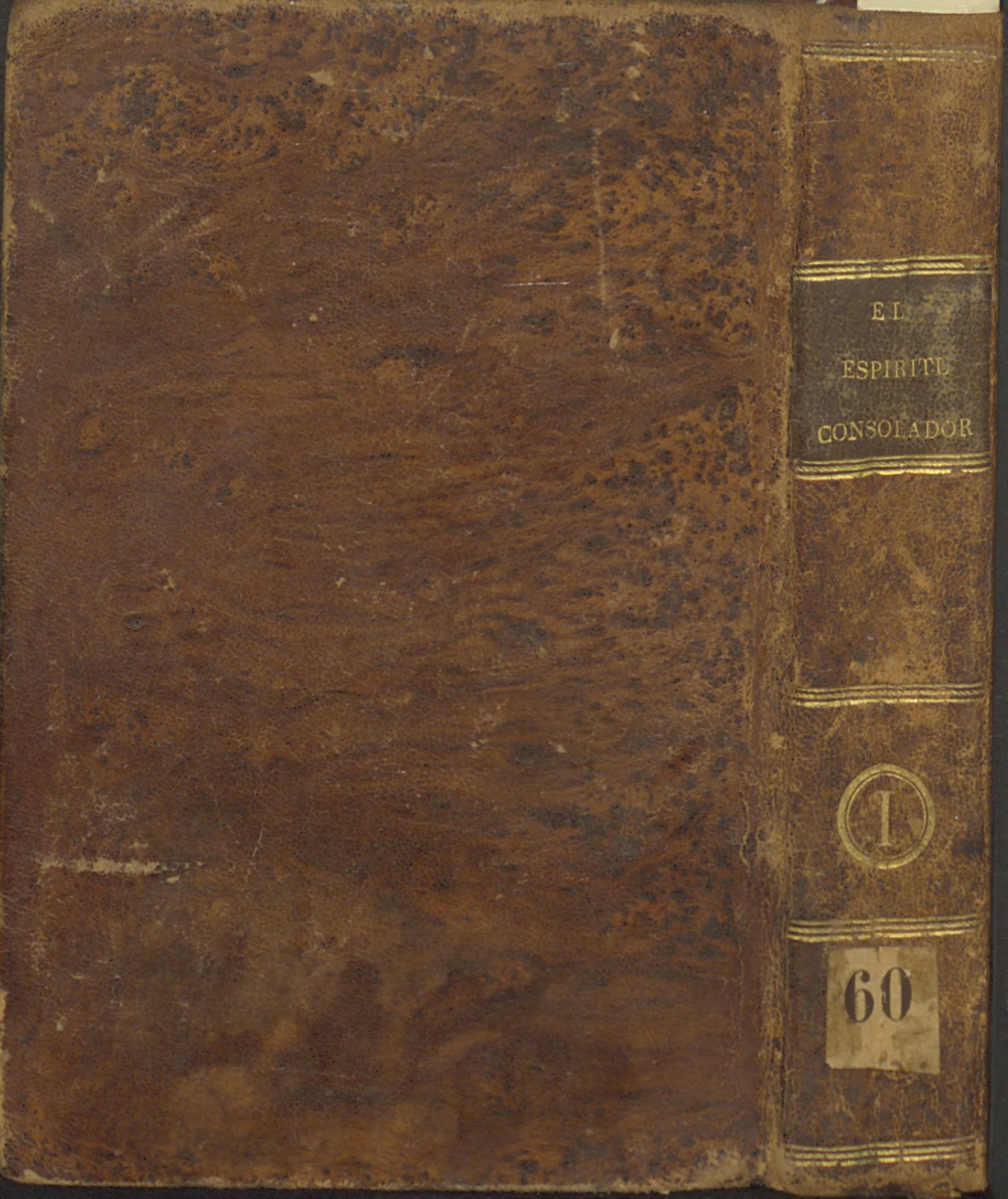
TABLA

EN DONDE SE INDICA EL OBJETO DE LAS REFLEXIONES DE CADA DIA.

INDICE DE LOS TRATADOS contenidos en la segunda Parte.






EL
ESPIRITU
CONSOLADOR
I
60


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm